

CARMEN NARANJO



MUJER Y CULTURA



educa

EDITORIAL UNIVERSITARIA CENTROAMERICANA

01

C.R.
301.412
7218m2

Segunda Edición

EDUCA, Centroamérica, 1990

587115



14 NOV. 1991

305.01 Naranjo Coto, Carmen
N218m - Mujer y cultura / Carmen Naranjo. --2.ed.--
San José, C.R.: EDUCA, 1990

ISBN 9977-30-121-7

- 1. Feminismo. 2. Liberación de la mujer.
- 3. Mujer - Condiciones sociales
- 4. Mujer en la historia. I. Título.

67270

© EDITORIAL UNIVERSITARIA CENTROAMERICANA
EDUCA

Organismo de la Confederación Universitaria Centroamericana que forman la Universidad de San Carlos de Guatemala; la Universidad de El Salvador; la Universidad Nacional Autónoma de Honduras; la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua; la Universidad de Costa Rica; la Universidad Nacional de Costa Rica; y la Universidad de Panamá.

Apartado 64, 2060 Ciudad Universitaria Rodrigo Facio

PARTE I

**MITOS CULTURALES DE LA
MUJER**

INTRODUCCION

Todo ser humano está rodeado de conflictos. La dimensión de los conflictos depende de la fuerza individual para resolverlos y de las facilidades que la sociedad ofrezca a cada persona.

La cultura ha sido el fruto permanente, siempre enriquecedor, del patrimonio de la humanidad. En muchas ocasiones alienta al ser humano hacia increíbles desarrollos y en otras lo ata a tradiciones y prejuicios, que encarecen su vida y dificultan su realización.

En esta última situación ha estado la mujer.

Se han hecho esfuerzos, se han ganado batallas, se han establecido derechos, se ha arribado a la igualdad legal y a una situación bastante cercana a una equivalencia de derechos, oportunidades y responsabilidades. La labor ha sido de siglos y han contribuido a la consecución de los logros hombres y mujeres de avanzada, de gran inteligencia y sensibilidad.

Si aun ahora se vuelve la mirada hacia atrás, indiscutiblemente sobresale el siglo veinte como un siglo en que la mujer logra relevantes reivindicaciones y se acerca a un estado de relativa justicia.

Por otra parte, es fácil observar que con algunas excepciones de instrumentos legales obsoletos que todavía discriminan derechos, el principal problema de la mujer reside en las actividades de la sociedad misma, que por tradiciones, costumbres, reglas de observancia corriente, no admiten aún los principios legales que la igualan.

Los problemas económicos de nuestras sociedades, exigen la contribución de toda la mano de obra disponible. Hay un cambio real en la incorporación económica de la mujer, a través de su gestión empresarial, de su trabajo asalariado y de su múltiple desempeño utilitario. Sin embargo, la gran masa de mujeres se incorpora a puestos subordinados y resulta esporádica la participación femenina en la alta posición política, en la gerencia de una empresa, en la dirección de una institución.

En este campo de exigencias reales del mundo actual, en que la participación utilitaria de la mujer es vitalmente necesaria, también se nota la reserva con que se mira su actuación y la falta de estímulos verdaderos para que el trabajo productivo se propicie dentro de la mejor realización femenina. Hay marcada una tendencia a la explotación, que tampoco es ajena al hombre, cuando está sometido a una realización de mayor productividad y de menor beneficio. Además sobre esa tendencia hay un prejuicio social, in-

discutiblemente de tipo cultural, que encierra a la mujer en el campo de menores posibilidades de creatividad y de participación.

La cultura que facilita el desarrollo del ser humano, que se traslada de una generación a otra con un aliento de estímulo y de nuevos horizontes, no resulta igualmente estimulante para las mujeres. También se ha trasladado con esa cultura todos los factores que tradicionalmente la han limitado en su desarrollo y en su plena realización.

Cabe afirmar que la cultura no sólo define la personalidad de los pueblos, sino que también perfila comportamientos individuales y sociales. El residuo fundamental que implica, sobre el que se levanta la creatividad y el requerimiento, conlleva anclas que detienen y parcializan la utilización plena de los mejores valores culturales.

En la vida cotidiana se presenta el problema de que el sustento cultural produce todo el camino a la superación en el hombre y todo el determinismo real de la mujer, enclaustrada en actitudes tradicionales que le han confiado un papel secundario dentro de la escena que enfoca la existencia completa de los grupos humanos. Por supuesto, siempre ha habido mujeres que rompen las tradiciones y logran un desenvolvimiento protagónico en la ciencia, en la política, en el arte o en la vida social. Sin embargo, esas mujeres son los casos de excepción y no han abierto tradición cultural. En su historia los sacrificios del rompimiento son notables y, muy heridas en su afán de realización propia, han podido situarse en esos lugares de casi connotado heroísmo.

Sin embargo, no son estas mujeres las que nos han servido de patrones culturales, no sólo por ser casos de excepción, sino también porque su trascendencia se ha mirado como una especie de negación al papel tradicional que la mujer ha tenido en la sociedad. La excepción y la especialidad no les ha permitido abrir puertas a las demás mujeres. Sucede lo mismo todavía en nuestros días, en que mujeres sobresalientes adquieren posiciones sobresalientes, sin que por ello se generalicen las oportunidades para el sector femenino, ni cambien las tradiciones culturales.

Por esa razón para adentrarnos en el medio cultural en que está envuelta la mujer, es necesario desentrañar los mitos creados por personajes históricos, religiosos o literarios, que han venido a representar patrones culturales y que son básicamente contruidos por el hombre y por la sociedad en que han vivido. Estos personajes reflejan, como todo ente de ficción, una sólida síntesis de la estructura social, es decir sintetizan lo que son o se espera que sean muchas mujeres, pues sus cualidades, sus defectos, sus virtudes o sus limitaciones resultan el filtro de la observación humana o el resumen de la perspectiva con que se han mirado o tratado las mujeres en una época o en todas las épocas, según sea la trascendencia del mito. Los buscados en este trabajo son los que más influencia y permanencia han tenido en nuestra civilización. A ellos están ligados muchas de las condiciones culturales actuales en que se desenvuelve la mujer.

Los mitos analizados son los siguientes: el de Eva, con su mensaje permanente de dependencia. El de Penélope, con la limitación de la expe-

riencia. El de la virginidad, con su significado dentro de la instrumentación religiosa. El de Beatriz y el de Dulcinea, con la esclavitud del idealismo. El de la maternidad, desvirtuado ahora por la propaganda comercial con sus envolturas de sacrificio y de sadismo. El de Nora, el personaje de Casa de Muñecas de Ibsen, con su enfrentamiento al juego mutilante de la propiedad. El de nuestros días, con la discusión cotidiana de qué es la mujer liberarla y la que se quiere liberar.

Se ha pretendido agotar los significados de estos mitos, con sus más relevantes interpretaciones en busca de que un mejor conocimiento del mundo femenino, en que no haya nada oculto a su propio entendimiento, contribuya a propiciar un marco cultural más adecuado a su completa realización.

EL MITO DE EVA

Dice la Biblia que Dios después de crear el mundo y el hombre, para dar una ayuda idónea a Adán lo durmió, tomó una de sus costillas e hizo de ella la mujer. Le puso nombre, dijo que se llamaría hembra, porque del hombre fue ella tomada, hueso de sus huesos, carne de su carne.

¿Qué era, según la Biblia, esa ayuda idónea? Aun cuando el libro sagrado no da explicación alguna, la interpretación más válida parece ser la de que Adán se sentía solo, a pesar de la imagen exaltada que tenemos del paraíso. La mujer es entonces creada para dar compañía. Dios crea a la mujer del hombre mismo, para que fuera su com-

plemento. Desde la aparición de la mujer ya no hay más creación alrededor del hombre, todo parece estar perfecto.

La concepción de la mujer como un ser derivado de otro, ha gravado sustancialmente la relación humana. La mujer es el ser que se crea para servir, para entretener, para acompañar en alegrías y en pesares.

El mito de Eva ha lanzado al tiempo esa imagen de dependencia, de subordinación, de ser al servicio de otro. No fue hecha libremente, fue hecha en función del hombre. Por supuesto que en el conocimiento, en la comunicación y en la relación hay una verdad sustantiva de dependencia que balancea la independencia. Sin embargo, en la simbología mítica de la mujer el peso de la subordinación priva, pues es el ser que no alcanza soberanía sobre su cuerpo, sobre su alma, sobre sus decisiones. La mujer ha venido siendo lo que otros quieren que ella sea. El fondo y la forma de su estado es una derivación de la dependencia absoluta, como si no hubiera encontrado voz propia en el coro humano.

La figura bíblica de Eva ha traspasado el tiempo en esa dimensión de dependencia y en otras más. Es un mito creciente conforme vive el papel protagónico que se le ha adjudicado en la historia.

Definido el destino de la pareja humana por obra de Dios iniciaron su vida en Edén, ambos desnudos, sin avergonzarse de su desnudez. La serpiente, el más astuto de los animales del campo, interroga a la mujer sobre la prohibición de comer frutos del árbol del conocimiento. El curso de la dialéctica es asombroso e inductivo. El

árbol del conocimiento los puede hacer como Dios, sabedores del bien y del mal entonces no podrán morir. El tiempo y la muerte representan la gran ganancia, cuando lógicamente no se podría tener sensación de tiempo y angustia de muerte. Apenas se iniciaba la vida. No dice la Biblia cuánto duró la conversación, ni cuán largo fue el período de la tentación. El árbol del conocimiento se volvió un imán para la mujer, lo encontró delicioso y probó su fruto. Comió de él y dio de comer al hombre.

Los ojos de ambos se abrieron, se dieron cuenta de su desnudez, cosieron hojas de higuera y ceñidores que los cubrieran.

La desnudez, su desnudez original, asombra al hombre y a la mujer, a aquellos seres que habían visto el principio del mundo, los primeros animales, el crecer tranquilo y natural de los frutos de la tierra. Esa desnudez mitifica una visión descarnada de la realidad del mundo. Parece una visión profética de la historia, de la calamidad humana. Es el corte brusco del sueño bueno.

Sienten vergüenza y se esconden de su Creador. Dios los llama y los juzga. A Adán lo condena a comer con trabajo durante todos los días de su vida, con sudor de su rostro ha de comer el pan hasta que vuelva a la tierra, de donde fue tomado, porque polvo es y polvo volverá a ser. A la mujer la condena a que muchos sean los trabajos de sus preñeces, con dolor parirá a sus hijos, y la sujeta a la voluntad del marido, quien será su señor.

Hay ya una definición de posesión. Frente al problema de la dependencia hay siempre la esperanza de la independencia. Sobre la posesión,

el hecho no sólo de provenir de otro sino de ser de otro, hay un dominio del cual es difícil librarse. La figura exacta de la esclavitud. El mito de Eva es el relato de la esclavitud como castigo divino.

En esta explicación del origen del mundo, del génesis, Eva es sin duda más inquieta que Adán. Ella es, por lo tanto, la que desencadena la tragedia del exilio, la protagonista de la pérdida del paraíso. Y cuando de reconocer la culpa se trata, ya ante Dios, ella dice simplemente: "la serpiente me engañó, y comí". Esa hábil serpiente que habita tal vez en el gusano inquisitivo de la curiosidad, ese pretexto de debilidad que se ampara en la debilidad y que es la fuerza motriz de tantas fortalezas. La serpiente quizás sea el símbolo del monólogo, la contraparte que mueve la curiosidad, el instinto de saber a riesgo de perder.

Adán, al ser interrogado por Dios, dice la verdad: "*La mujer que pusiste aquí conmigo me dio del árbol y comí*". La voluntad de él, aun ante las prohibiciones divinas, era la voluntad de su mujer. El también es débil. La vida en el Paraíso era de compañerismo, unión de voluntades, compartimiento de gestos complementarios. La dependencia de la mujer es un llamado a la independencia. Eva, curiosa, con una voluntad alerta, lista a saltar sobre lo convencional, lo llevó a trasgredir las normas. El mito de Eva tiene una nueva variación y viene a representar eso que llaman "eterno femenino", la veleidad, el capricho, la espontaneidad o sea la dispersión de la voluntad. Es decir, nacida dependiente, ligada a la subordinación, puesta al servicio, la mujer se defiende. En su propia defensa inclina al hombre hacia lo desconocido. Eva rompe las normas y el

hombre es responsable de los pecados de su esclava. ¡Cuidado con la mujer!, parece alertar lo relatado. Cuidado con Eva y las Evas, llevan hacia el castigo, hacia el trabajo, hacia el sufrimiento, si no se manejan duro, si no se subordinan completamente, si no se vigila con constancia su dependencia.

El mito, además de revelar, también advierte. No sólo configura a la mujer dentro de la más absoluta subordinación, dentro de la más concreta esclavitud, sino que anuncia los peligros de una rebelión, de un gesto independiente. La Eva es peligrosa, consigo trae desventura. Encanta, pero debe manejarse con cuidado, no hay que dejarse cautivar por ella, hay que tratarla con las riendas cortas y con el látigo en la mano.

Cruel personaje es la Eva de la Biblia, la coprotagonista del Génesis. Pero, lo humano no es ajeno al relato. La transgresión está cometida y la pareja se vuelve solidaria en su destino. No reclaman, no lloran, no piden clemencia. La unidad de Adán y Eva es ejemplo de convivencia. Ya sin fortuna, con el gravamen del trabajo, con el anuncio de los dolores, juntos van al enfrentamiento de la vida. Ayer, en el paraíso, ese paraíso que todavía se pasea en las frentes de los seres con dejo de nostalgias, mañana en la tierra, con la incertidumbre de frutos y cosechas, con seguridad implacable de dolores y penas.

Casi todos los personajes de la Biblia son conductores. A unos les corresponde llevar al pueblo hacia el exilio, a otros hacia el retorno a la tierra, muchos de ellos adelantan las imágenes de lo que va a suceder, algunos gobiernan durante períodos de conquista o de tregua o de paz.

Todos van hacia una etapa en la historia del pueblo.

Adán y Eva son los personajes del primer exilio, el del Paraíso, el lugar cuyo retorno será el ansia de la mayoría de los seres humanos, figurado en la imaginación por deseos, sueños, ideales. Adán fue directamente creado por Dios, para dar sentido a la creación. Eva derivada del hombre, mientras dormía, y también quizás soñaba con aquella "ayuda idónea", que lo arraigara por siempre en el jardín del Edén. El curso de los días y el espíritu de la curiosidad, que todavía nos lleva por tantos rumbos desconocidos, produjo el exilio. Más allá de lo paradisiaco siguieron compañeros, ya sin el río que bañaba el jardín ni los árboles con frutas deliciosas, con la desgracia puertas adentro de su casa, con el conocimiento pleno de las debilidades humanas. Adán y Eva siguieron juntos para cumplir el primer episodio del devenir humano. Esa unidad que viene de un ayer esplendoroso, va hacia un mañana incierto y se sostiene en un presente duro, es la mejor lección que nos pudieron dar.

Pero, el mito que camina por infinitas tradiciones acusa a Eva nacida dentro de la limitación del derivado, como el encanto engañoso, la veleidad misma, para convertirla en el ser que debe ser dependiente, esclava, servicio constante de otro, sin asomo alguno a la curiosidad porque su curiosidad es peligrosa.

EL MITO DE PENELOPE

Penélope es un personaje secundario en la Odisea. Su misión es sencilla, la de ser esposa; su

historia es simple, la de un matrimonio concentrado en la espera.

Hija de Icarío, hermana de Tíndaro, rey de Esparta, asombra con su belleza. Ante los muchos aspirantes a ser su cónyuge, su padre decide que se disputen su mano en unos juegos. Resulta vencedor Ulises. Del matrimonio nace un hijo, Telémaco. Poco dura la vida en conjunto, Ulises parte a la guerra de Troya. Cuando se ha vencido, el viaje de regreso está lleno de aventuras. Veinte años dura la ausencia del hogar. Durante esos veinte años, Penélope recibe el cortejo, según Homero, de más de 100 pretendientes. Decide tejer un velo para amortajar a su suegro, Laertes, cuando él muera, y sujeta su terminación a la posibilidad de contraer un nuevo matrimonio. Fiel a Ulises, decidida a continuar su espera, Penélope deshace de noche lo que teje de día.

Ha pasado a la historia como el modelo perfecto de la fidelidad conyugal.

¿Qué nos revela la historia de Penélope? Algo cierto, fundamentalmente verdadero en la vida de las mujeres. La negación de la experiencia humana. Nacida dependiente, viviendo subordinada, conforme la figura del mito de Eva, no tiene derecho al conocimiento vivencial.

Mientras Ulises viaja por el mundo, tiene experiencias, pasa por increíbles aventuras, aprende, vive, entra en innumerables caminos de descubrimiento y cumple con el ciclo externo del viaje del conocimiento y con el ciclo interno del viaje más interesante todavía, el de saber quién es y para qué fue creado, su mujer teje, desteje y espera.

No hay plano más evidente para descubrir

la realidad, incluso geográfica, de la mujer. Por un lado hay un panorama abierto de mar, de islas, de montañas y de valles, que representado en el paisaje hoy podría ser de aeropuertos, de andenes, de calles, de edificios, de bares, de fiestas, de múltiples recepciones, de inusitadas aventuras, en que se desenvuelve el hombre. Por otro lado, el ámbito geográfico de la mujer es tan reducido, en términos generales, como en la época de Penélope: la cocina, la sala del quehacer, la casa entera para efectos de limpieza y de ordenamiento, el dormitorio y la ventana como puerta al mundo. Rara la mujer que se desenvuelve en la calle, en el viajar constante, en la aventura libre del descubrimiento y de la exploración.

Es decir, que la libertad del conocimiento y de la experiencia, han sido negados a la mujer por la tradición. Su esfera es el hogar, su movimiento el casero, su horizonte el limitado por su condición femenina, su papel en la familia el de la espera, casi a ciegas, porque ignora lo que pasa a su alrededor.

Sin tener acceso al conocimiento y a la experimentación, es fácil analizar el papel de la mujer en la sociedad, tanto ayer como hoy. Sólo esporádicamente ha desempeñado un cargo protagónico en el gobierno, en la ciencia y en las artes. Una lista de mujeres excepcionales reseña lo anterior. Frente a esa lista tenemos a la inmensa mayoría de las mujeres, limitadas, ignorantes, sumisas en un desempeño vegetativo, sin ambiciones, sin buscar formas de realización, sin luchar por definir vocaciones, sin soltura para encontrar maneras de solución a sus propios problemas. Es la mujer unida al grupo de mujeres,

sin temas de conversación, llenas de lugares comunes, ancladas definitivamente en sus problemas domésticos, sin visión del mundo y sus retos. La mujer aburrida que aburre, la mujer que disminuye las cosas por su falta de perspectiva, la mujer que no alienta el progreso, la mujer que siente miedo y se agota en una lucha de nervios.

¿Cómo podría desempeñarse en otra forma, si parte del mundo, especialmente el externo, le está negado? Además, no tiene instrumentos para conocer el mundo interno. Por medio de intuiciones, a través de un recogimiento íntimo, con base en los conocimientos limitados de generaciones femeninas anteriores, posee explicaciones incipientes, mágicas, supersticiosas, muchas veces más inciertas que acertadas en el descubrimiento de lo real. El conflicto aparece en el campo nacional y en el campo personal. ¿Quién se atreve a confiar responsabilidades a aquellas personas que carecen de conocimiento y de experiencia? ¿Quién va a asignar misiones a aquellas personas que apenas se asoman a la vida desde una estrecha ventana y tienen una mirada limitada? ¿Quién está dispuesto a compartir una comunicación intensa con un ser que se siente inferior por su falta de experiencia y de su conocimiento?

Toda esta realidad en que nos movemos, que tiene sus perfiles verdaderos y sus valores míticos, definen el mundo femenino. Penélope es el ejemplo más notable, es la figura de la espera pase lo que pase, teje y desteje, no emigra de su tierra, se encierra en su palacio y utiliza el tiempo como si el tiempo fuera una medida ajena a sí misma y a su propia vida. Penélope no es só-

lo por ella misma la figura reveladora de la vida femenina. Su contraste se observa mejor frente a Ulises, el marido, el hombre, quien en goce de todos sus derechos, sin restricción alguna de su libertad, viaja de una aventura a otra, sufre, experimenta, se ve en peligro, goza, se enamora, naufraga, seduce y es seducido, nada de lo humano y de lo extraordinario le es ajeno. Entre las dos figuras la diferencia es absoluta y anota la realidad distinta en que se desenvuelve el hombre y en que se desenvuelve la mujer.

Por un lado un mundo abierto, con diferentes caminos de acceso y de experimentación para el hombre; por el otro lado, un mundo cerrado, casi minimundo, en que se desarrolla la vida de la mujer. En el primer mundo, el amplio, dominado por la experiencia propia, todo está abierto para el hombre. En el segundo mundo, el totalmente restringido, la mujer no necesita poner esfuerzo alguno de conocimiento, se domina por rutina, se maneja casi por instinto, es tan fácil que su misma facilidad aplasta y achica.

En nuestros días la situación ha variado, eso es evidente. Pero ha variado en determinados sectores y en determinadas clases sociales. Hay una mujer liberada que se desenvuelve en un mundo más amplio, por lo tanto posee mayor conocimiento y tiene a su haber una significativa experiencia. Muchas mujeres universitarias se abren campo profesional, lo que implica el estudio, la investigación, con su libertad de acción y con su apertura a la experimentación. Otras se desenvuelven en la esfera creativa y se consagran al quehacer artístico. Algunas intervienen libremente en la política y ocupan

puestos en que empeñan toda su capacidad. Un grupo se realiza en el campo de los negocios y se movilizan en una amplia gama de empresas. En la vida social y en el ámbito familiar, la mujer respira mayor libertad. Sucede, sin embargo, que estos grupos no representan la gran mayoría de las mujeres, que aun ocupan el lugar de Penélope y conviven con versiones diferentes de Ulises. Para ellas el conocimiento y la experiencia son cosas masculinas, siguen reservadas a los espacios hogareños en que todo lo interesante y positivo consiste en saber cocinar, limpiar, trabajar en otros oficios domésticos y esperar. Los hombres de este mundo están acostumbrados a la situación, no les extraña ser los protagonistas plenos de una vida matizada de experiencia, mientras sus compañeras esperan su regreso. Ellos son la ilustración de la vida exterior al hogar, comunican lo que creen adecuado transmitir, según las circunstancias y la conveniencia de que las mujeres absorban las noticias.

Pensemos en nuestra vida rural, y rurales y agrícolas son los países latinoamericanos. La mujer en esas zonas apenas si se da cuenta de lo que es la vida. Conoce por supuesto sus más radicales realidades, dentro de su interpretación de lo que debe ser su posición de sacrificio, de resignación y de espera. Bastaría una visión panorámica para darnos cuenta de la cantidad de Penélopes que tenemos a nuestro alrededor, las que ni siquiera se entretienen con el tejido, no tienen tiempo, otras labores más utilitarias exigen su esfuerzo. Esas mujeres hasta para ir a la iglesia requieren el permiso de sus señores.

Ellos vigilan celosos todas sus actitudes,

aprueban peinados, vestidos, salidas a la calle. Son las mujeres que desaparecen cuando se reciben visitas, acostumbradas a vivir en la geografía del rincón.

El mito de Penélope, o sea la negación absoluta a la experiencia dentro del encierro de la espera, costará mucho vencerlo. La puerta del conocimiento se niega con mano dictatorial y la mujer ni siquiera aspira a abrirla. Pasarán todavía muchas generaciones para que rompamos horizontalmente esta barrera, y la mujer dotada de la libertad en el campo del conocimiento, del pensar y del experimentar, logre dominar el mundo exterior que la rodea, comprender y ahondar su propio mundo interior.

EL MITO DE LA VIRGINIDAD

La Biblia y los evangelios rodean a la maternidad de extraños acontecimientos. Pareciera como si no bastara la concepción, con su increíble misterio y con su asombrosa germinación. La maternidad se anuncia con ángeles y se da en casos inusitados. Mujeres viejas alumbran hijos. Mujeres estériles abogan incansablemente por un alumbramiento. Mujeres vírgenes adquieren hálito de magia.

Un parto sin perder la virginidad, dentro de ese panorama, no resulta inusitado. Para la mujer común y corriente, destinada a parir con dolor y muchas veces sin voluntad de engendrar, aparece como la humillación de un nuevo pecado original.

La legitimidad del parto se ha rodeado de ce-

remonias y de valideces un poco absurdas para un proceso natural, válido por sí mismo. Esto es parte de la redondez ceremonial con que los seres han revestido los actos más simples y más humanos.

La mujer está expuesta a que su relación sexual, que en su fundamento más real es la forma de una comunicación fluida y vinculante, devenga una consecuencia que tiene una enorme responsabilidad: la de procrear un hijo, con toda la secuela por un lado de bienvenida cuando es deseado y existe la posibilidad de responsabilizarse de manera comprometida con todos los cuidados y afectos que requiere, o por otro lado con la angustia de sentir su presencia ante un sentimiento de rechazo y de compromiso no aceptado. La maternidad, como es natural, abre todo un diferente panorama según las circunstancias personales y sociales en que se da el hecho de la procreación.

El mundo actual entiende que es indispensable llegar a una relación sexual que no entrañe encrucijadas tan hondas y permanentes, pero se debate en el camino de las mejores soluciones. Indiscutiblemente las clases privilegiadas tienen a su disposición los instrumentos necesarios para racionalizar estos acontecimientos. Las clases no privilegiadas buscan acomodar estas relaciones en un plano existencial y responsable, que les permita convivir en términos normales, sin las tremendas consecuencias de procrear en cada acercamiento íntimo. Estas clases, carentes de las facilidades que da el cómodo egoísmo, el manejo abundante de recursos y la garantía del conocimiento, son también las más enajenadas por conceptos tradicionales de tipo

religioso, aptos y apropiados para épocas en que era más fácil el mantenimiento de una familia.

Confundido con creencias religiosas y establecido en actitudes culturales, el mito de la virginidad es una especie de garantía a priori de primera pertenencia. Revela la transacción que establece la relación entre un hombre y una mujer, de tal calibre como si se tratara de adquirir un producto. Es la mujer la observada, la valorada, la exigida en términos de calidad y de posibles actitudes futuras. El sello de garantía que se solicita, en las sociedades y en los estratos tradicionales, es el correspondiente a la virginidad. Sin ese sello, pareciera que la mercancía pierde su valor original, se ha desgastado, tiene un defecto, su precio ha disminuido o del todo se ha convertido en indeseable.

Nada tan cruel como ese mito de la virginidad, nada tan absurdo, tan contra la naturaleza y tan poco real en términos de vida y de relación humana. Si biológicamente no tiene significado alguno, si espiritualmente representa un falso valor, si en términos de conocimiento es una ignorancia, lo único que reseña con claridad es la evidencia que entraña de una relación compra - venta. O sea, la posesión es plena y la plenitud la garantiza un pequeño accidente de orden orgánico: la virginidad.

Es sabido que en otras sociedades, la virginidad es una vergüenza porque exhibe que la mujer no ha sido deseada. Además, la virginidad en nuestra misma cultura sostenida por años y años, da origen a las burlas de la tontería solterona o de la castidad mal empleada. Todos nos reímos de la virgen vieja o de la virgen conventual,

y la picardía social es implacable en sus comentarios y chistes.

Las religiones han instrumentalizado muy bien estos factores y esa instrumentalización ha cargado de culpas a millones de mujeres. La virginidad se ha convertido en prueba de recato, de pureza, de saber afrontar las tentaciones, de carácter cabal y de promesa de fidelidad conyugal. La relación a establecerse se basa en una serie de confianzas, siempre que descansa en esa entrega de la virginidad como una especie de patente.

La santidad más absoluta estriba en la maternidad virgen. La Virgen pasa a ser el modelo de las mujeres. Escogida por Dios, madre del Hijo, dispuesta a todo sacrificio, mártir del dolor. El marco llega más allá de lo humano, aun cuando toda la línea vertical de crecimiento es siempre maximizar los esfuerzos para llegar a lo sobrehumano, para trascender sobre la carne y el espíritu de la época.

El hombre no tiene frente a sí un modelo tan rígido. Independiente, sin valores que le den patente para relacionarse, libre, conocedor, con las puertas abiertas a la experiencia, son diferentes las alternativas sobre las que escoge y decide. La mujer, subordinada siempre, debe alcanzar con la fortaleza máxima de sus debilidades, sin goce del conocimiento y de la experiencia, un modelo ya definido para ella, ya preestablecido: pureza, voluntad de sacrificio, sumisión y fuerza para soportar la dureza de la vida.

El mito de la virginidad no es sólo gravoso, es humillante. También indigna el acondiciona-

miento que tiene con el trato mercantil de la mujer. A esto debe agregarse la instrumentación religiosa, que a la mujer supeditada al antojo del hombre la obliga a un comportamiento que no guarda correspondencia con sus más mínimas necesidades, apetitos y aspiraciones. La anula, en otras palabras, como ser humano.

El mito de la virginidad en nuestra cultura, además de opacar el acto más sublime de la mujer en cuanto a la maternidad deseada y comprometida, supedita y anula la vida sexual de la mujer al someterla a circunstancias antinaturales invalidantes.

La aparta del ciclo natural en que se desenvuelve el mundo y la sumerge en un conflicto de prestigio y desprestigio como si estuviera siempre sujeta al juego de las dos caras de la moneda. En el filo de mantener y conseguir una imagen, la mujer detiene el movimiento de lo que la rodea y se estabiliza en el deseo de ser únicamente lo que se exige de ella. Sabe que un movimiento natural, una espontaneidad de su parte, la arriesga en un juego que no domina, en que se puede convertir en víctima por carecer de los valores que le exige la sociedad.

La mujer de hoy, ya incorporada, se defiende frente a este mito. Algunas encuentran comprensión y un ambiente favorable. Otras enfrentan la hostilidad y se pierden en una lucha que se estrella frente a la tradición.

EL MITO DE BEATRIZ Y DULCINEA

Quizás la conciencia inconsciente de la sobrenaturalidad que se exige a la mujer, ha hecho

que siempre esté envuelta en el más absoluto idealismo. Idealizar a la mujer ha sido la tendencia general de casi todos los protagonistas de la cultura, quienes entienden que con ello la cortejan y la alejan de su verdadera dimensión: un ser humano. Los que se han atrevido a decir cosas crueles de la mujer, son pocos, pero se les cita con insistencia en un afán de bajar los humos a las que se envanecen con la palabrería y el falso elogio. Además, en el deseo de idealizar ha habido también un intento de consuelo frente a la situación real de la mujer. Por supuesto que la exaltación hacia lo divino, representa poco consuelo para quien lo cotidiano exige un comportamiento de carne y hueso.

Se ha escogido a dos mujeres de la literatura para analizar el mito del idealismo: Beatriz y Dulcinea. Ambas fueron amadas, ambas no pudieron ser compañeras, ambas fueron idealizadas. Beatriz recibe en el cielo al poeta y lo encamina a la presencia de Dios. Llena de las más absolutas virtudes es la imagen de la mujer perfecta. Dulcinea del Toboso, de simple labradora, pasa a ser la mujer ideal del Caballero Andante, la que lo guía en busca de la gloria, la inmortalidad y a la que consagra todas sus hazañas.

Cada una de ellas por ensoñación de quien las sueña, trasciende su realidad de mujer que tiene derecho a ser lo que es en razón de su simplicidad o de su complejidad. Una mano poderosa, una visión fulminante, un deseo incontenible, las coloca en la grada más alta: el de la contemplación. Para ello se las ha despojado de cuanto desmerezca el sitio de altura en que deben deslumbrar. Carecen, por lo tanto, de defectos, son

bellas al punto de resumir la belleza, son nobles en la abstracción misma de la nobleza, son inteligentes en el sumo de la inteligencia, son buenas para que su bondad no tenga parangón, son puras para reflejar la esencia de la pureza.

Tanto ensalza el idealismo que no hay mujer en el mundo que pueda compararse con esa mujer idealizada, crecida desde el ángulo de todos los conocimientos pero lanzada al tiempo y al espacio por el más fuerte y determinante aspaviento del enamorado.

¡Qué lejos puede estar Beatriz de doña Beatriz Portinari! ¡Cuánto dista Aldonza Lorenzo de la Dulcinea del Toboso! La diferencia puede ser la de una luciérnaga frente a una estrella. La mujer ideal, causa de glorias y de heroísmo, no es una mujer en sí, está hecha de visiones, de sueños, de espejismos, de ratos sublimes prolongados en el recuerdo, de gestos mirados en el encuentro y remirados profundamente en la evocación, de olvidos que se sustituyen por deseos fijados en la perfección y de mandatos inexplicables en busca de lo sublime.

Esa mujer ideal desvanece a la mujer humana con menor tono de belleza, de armonía, de alcance por su misma condición humana, por su realismo. Oculta a la mujer de todos los días, que no siempre es entretenida, que tiene mal humor, que envejece, que tiene momentos torpes, que se equivoca y que no puede ser esclava eternamente de una medida de belleza y de aceptación.

Bien lo dice don Miguel de Unamuno al comentar *El Quijote de la Mancha*: Si no hubiera soñado sobre la Aldonza Lorenzo a la Dulcinea del Toboso, jamás habría emprendido sus haza-

ñas de caballero andante.

Si la Aldonza hubiera devuelto las miradas, apasionadas, obsesas de don Alonso Quijano, el Quijote no hubiera nacido. Andaría envuelto don Alonso en los quehaceres domésticos, harto de sopas, de pleitos caseros, de actuar como proveedor responsable de las necesidades familiares y cansado hasta la saciedad de las majaderías de su cónyuge. Puede ser cierto lo que nos dice don Miguel con aguda inteligencia, pues así como la mujer se utiliza como un ser inmóvil, como una cosa viva, su peso se convierte en ancla y la unión con ella en una relación limitante para ambos, en menor grado para el hombre, pero aun así ya carece de toda su libertad para correr detrás de todas sus aspiraciones

Siempre se requiere un fuerte ingreso de idealismo en las diferentes actividades de la vida, sin embargo el exceso aniquila la realidad. En el caso de la mujer, la vía del idealismo es su más perfecta y dulce forma de negarla. La exaltación de sus virtudes la momifica en un ejemplo que no alcanza. El idealizar su carácter y temperamento, sus necesidades y anhelos, su apetito de vida, le corta todas las posibilidades de ser libre y de usar responsablemente la libertad.

La mujer de hoy se defiende contra el mito del idealismo, pues se sitúa con acierto en el plano real de la dimensión humana. A pesar de ello, los estrategas de la supeditación femenina encuentran caminos para que en la consideración de los problemas de la mujer siga privando el falso o sincero elogio, para envolver en la elocuencia de lo ideal lo que exige soluciones reales y humanas.

EL MITO DE LA MATERNIDAD

Si apartamos el verbo inflamado de pasión y el adjetivo que utiliza la coquetería masculina para suprimir el sustento verdadero de la mujer e idealizarla, nos encontramos con la realidad de una vida dura, en que las funciones que llena la mujer son las básicas de una sociedad que crece en necesidades y en egoísmos. Dentro de esto está situada la maternidad, con el hecho real de que responsabiliza a la mujer no sólo de la gestación sino también del intenso cuidado del crecimiento y de la formación. Esta tarea, calificada como primaria para la mujer, la cumple la mayoría de las veces sola, sin ayuda y sin orientación, sin facilidades y sin comprensión. Además, frente a esta trascendente responsabilidad la mujer tiene en muchas ocasiones que trabajar fuera de su casa, atender a su familia, procurar el alimento para todos y cuidar el crecimiento y la formación de los otros hijos.

Toda esta labor de por sí compleja y harto difícil, en que se emplea la capacidad plena, se arañan las posibilidades que ofrece el tiempo sin tregua de descanso y se agotan las fuerzas físicas y mentales, se agrava frente al mito de la madre entregada totalmente a una misión inacabable, preñada de esfuerzos ingentes, en que se anula el ser que da la vida en beneficio del que germina.

Este mito no trata de un personaje especial, aun cuando hay miles en la literatura, en el cine, en el teatro y en la vida. Es esencialmente un sentimiento, explotado con mucha habilidad por el comercio y cantado en todas las lenguas y con

los diferentes tonos de la musicalidad. Se canta a la madre sacrificada, a la madre mártir, que resulta no un ser en sí mismo, sino un ser puente en que otro nace, se desarrolla y camina. Con este mito la mujer pierde todo su contenido para convertirse en recipiente, en cuna, en camino, y la vemos consumirse, negarse la más mínima comodidad, para dar aun más de lo que tiene. Es un mito realidad que nos conmueve, que despierta lágrimas, sin estar conscientes de que detrás de todo el aparato de celebraciones y elogios hay un ser anulado, que precisamente tenía derecho a vivir para ser más y más madre sin sensación de sacrificio, sin camino de calvario, pero sí con alegría de maternidad, con sabiduría de orientación, con fuerza de pilar en la formación de sus hijos.

La misión maternal exige la realización de la mujer como ser humano. Por eso hay que develar el mito de la maternidad con el cuidado necesario. La sociedad debe prepararse para ayudar a la madre, el hombre debe compartir su responsabilidad y la vida social debe abrir sus puertas para que la mujer no se anule al tener un hijo.

En la develación de este mito debe haber una especie de confesión pública, para erradicar la hipocresía de nuestras sociedades. Debemos admitir que no toda mujer es madre, ni debe ser madre. Hay mujeres con otra vocación y otro espíritu. También debemos arrojar luz sobre la relación que existe entre una maternidad no querida, que aun asumida con espíritu de sacrificio, resulta el calvario para los hijos.

Hay que aclarar las vertientes de esclavitud que se desbordan ante los hijos por muchas de

las madres "mártires", para que la verdadera higiene social limpie de reclamos y de remordimientos a las familias. Hay que despertar la independencia de la madre y del hijo en el momento adecuado, para que la sociedad pueda reunir seres realizados, libres, plenamente conscientes de sus responsabilidades. Hay que liberar la relación sexual de la procreación, con respeto a los designios de cada quien y sin caer en el absolutismo simple de las planificaciones familiares. Hay que fomentar la existencia de hombres y mujeres en un plano de igualdad en el campo de los derechos y responsabilidades, independiente cada uno de la subordinación en sus relaciones, para que libre y conscientemente haya una verdadera y equitativa distribución de derechos y responsabilidades.

La necesidad de una comunicación plena entre hombres y mujeres, que cierren los oídos a las costumbres y a las normas tradicionales de nuestras sociedades, es urgente para que juntos emprendan el camino hacia un nuevo y más justo mundo, que resuelva las angustiosas crisis del momento.

EL MITO DE NORA

En 1879, hace ya más de un siglo, Ibsen escribió el drama *Casa de Muñecas*. Indiscutiblemente se basó en la inteligente observación de muchos hogares de clases acomodadas, en que la mujer desempeñaba el papel de muñeca, para adornar, para entretener y servir.

Nora es el ser negado por medio del mimo.

Fue un juguete para su padre y se convierte en un juguete para su marido. Ligada por matrimonio a un hombre severo y egoísta, cuidador vigilante de su prestigio, nunca tiene oportunidad de ser ella. El hilo del drama violenta la conciencia. Nora ha incurrido en un delito por falsificar la firma de su padre en un pagaré que gestiona para obtener el dinero que se necesita con urgencia en el cuidado de la salud de su marido. Cuando se sabe la verdad, él la repudia y la recrimina. Cuando ha pasado el peligro, el marido la mima de nuevo y la invita a olvidarse de la pesadilla, a que ese ser repudiado vuelva a su papel de muñeca.

Sin el hilo del drama, parte de los diálogos del acto final se pueden oír todavía en muchos hogares, en que una mujer valiente y despierta se plantea sus propios problemas.

Dice la obra:

- "Llevamos ocho años de casados. ¿No te percatas de que hoy es la primera vez que tú y yo, marido y mujer, hablamos con seriedad?"

- "...Nunca hemos hablado en serio, nunca hemos intentado llegar juntos al fondo de las cosas".

- "... Cuando vivía con papá, él me manifestaba todas sus ideas, y yo las seguía. Si tenía otras diferentes, me guardaba muy bien de decirlo, porque no le habría gustado. Me llamaba su muñequita, y jugaba conmigo, ni más ni menos como yo con mis muñecas".

- "... Tú me formaste a tu gusto y yo participaba de él... o la fingía... no lo sé con exac-

titud; creo que más bien lo uno y lo otro. Cuando ahora miro hacia atrás, me parece que he vivido aquí como una pobre ... al día. Vivía de hacer piruetas para divertírte. Como tú querías. Tú y papá habéis cometido un gran error conmigo: sois culpables de que no haya llegado a ser nunca nada."

Nada tan revelador como esas frases escritas hace casi un siglo, sobre el estado de muchas mujeres que no son, no encuentran como ser, simples imágenes de quienes las imaginan, propiedad de otros, luchando por adaptarse, por parecerse, por agradar, por calzar con la idea o con el deseo de otro. Esas mujeres dispuestas a sacrificar cuanto verdaderamente les pertenece, cuanto son en la medida de sus posibilidades, para vivir en la órbita de la complacencia y padecer el más ligero descuido que las haga no deseadas, no soñadas, no imaginadas y las deje en el más absoluto vacío. Oh la tragedia de la mujer y el espejo, que representa los ojos de tantos, alertas a la censura, al descubrimiento de su verdad íntima, a la focalización de sus defectos. Oh la tragedia de la mujer y el espectro de su soledad que palpita por todos los lados, porque sin ser sustantivo, arraigada a las imágenes, no se puede dar el lujo de encontrarse consigo misma.

Nora nos revela que la mujer es la propiedad de otro, la muñeca que se maneja según la gana de otro y la voluntad de otro, que no exige dominio de personalidad propia, que desconoce el universo más mínimo de la decisión, del gusto y de la razón independiente, incluso el dominio de los sentimientos.

Como personaje Nora se rebeló y se fue a buscar su identidad en sus propias soledades. Produjo un escándalo en la época. Por ser ella misma dejó esposo e hijos. Todavía las Noras de hoy día producen iguales escándalos. El aro de la libertad sigue siendo un aro prohibido para la mujer, pues es posesión, propiedad de otros, no tiene derecho a romper su estado de esclavitud y libremente busca el mejor camino para ser. Nuestra sociedad prefiere la amargada mujer que destruye el hogar y la familia confinada entre las paredes de su casa, que la mujer que lo abandona con la terrible y angustiosa evidencia del daño que está haciendo.

Situarse a la mujer en el sitio que merece, como ser responsablemente libre, es levantar el gravamen de propiedad que ha pesado sobre ella. Sólo así puede aceptar conscientemente los deberes que le corresponde llenar en el mundo de hoy y en el del futuro.

EL MITO DE LA MUJER LIBERADA

El mito más moderno es el que algunos están levantando sobre la mujer liberada, en que se tiende a crear un prototipo que entre el temible ridículo y la pérdida de cierta cordura, se la pone a atentar contra las tradiciones, contra el orden social y el moral, y contra todo lo que se ha considerado bueno. Se trata de ridiculizar a la mujer simplemente porque tiene la valentía de hablar de sus derechos y de promoverlos.

Ese mito ha creado gran confusión sobre la situación de la mujer.

No puede negarse, por temor al término, que

la mujer está en vías de liberación. Pero, liberación no conlleva el sentido de romper con lo que constituye su ser íntimo, sus características individuales, sus múltiples posibilidades de realizarse y su libre albedrío de escoger.

En la tarea de liberarse no es necesario fijar líneas conductistas o patrones rígidos. La tarea de la liberación implica acabar con todo lo que hasta el momento ha sido limitación, dificultad, negación, para abrir un horizonte amplio en que sea factible el escogimiento entre una gama rica de posibilidades.

El término liberación, gracias en parte al mito que se ha querido levantar de ese prototipo de mujer liberada, ha sido tan mal entendido que muchas mujeres hablan de no liberarse, pues han decidido que les gusta el papel tradicional que desempeñan. Después de hacer un balance de los privilegios y desventajas que tienen, se manifiestan enemigas de todo lo que las separe de su situación actual, aun cuando estén conscientes de que es consecuencia de una historia en que se las ha concebido como propiedad de la familia y dentro de ella como ser poco deseado por las mismas limitaciones en que socialmente se la sitúa. Esas mujeres que se oponen a la liberación, no tienen claro que no afectará sus intereses y sus gustos, ya que no se trata de alterar o modificar la vida de determinados grupos de señoras.

La misión de liberar es más amplia y propicia el cambio social para que cada individuo, hombre o mujer, logre de sí mismo lo mejor posible, dentro de la responsabilidad que significa vivir. Liberar, para la mujer, es encontrar la igualdad de facilidades, de oportunidades, en una prác-

tica verdadera, frente a la igualdad de deberes.

Se busca con la liberación, con la independencia o con la oportunidad de realización, que se brinde a la mujer en todas partes del mundo y en toda la gama de la escala social, el ambiente que requiere para crecer, fortalecerse y realizarse como ser humano, en condiciones tales en que prive el respeto a las aficiones y a las vocaciones, a las curiosidades y a las misiones o a cualquier desarrollo que la separe de las concepciones tradicionales.

En la búsqueda de la liberación, hay un principio fundamental, y es el que cada persona tiene el derecho de desarrollar todas sus habilidades potenciales y a orientar su energía creadora en la forma en que logre los resultados más favorables para sí misma y para la sociedad.

Las limitaciones, las discriminaciones, los prejuicios únicamente dan frustraciones y el imperio de una injusticia sustantiva, que debemos contribuir a desarraigar de toda comunidad.

El mito del prototipo de la mujer liberada basado en los gestos impacientes de mujeres que queman maquillaje, ropa interior y demás armamento del atuendo femenino, así como hacen gala de cierto desenfreno sexista, no corresponde a la realidad de los esfuerzos que hacen personas de ambos sexos por encontrar justicia en la situación de la mujer.

Hay voces airadas en relación al estado de la mujer, algunas veces cargadas, además de impaciencia, de cierto histerismo. Por eso hay que ser muy lúcido en los valores que se buscan y en los caminos que se tienden para darles toda su evidencia.

Este mito, como todos los demás mitos, hay que sacarlo a la luz, desentrañarlo, analizarlo en todos sus extremos, y librar a la mujer para que no la encasillen en la mezquindad de un concepto mezquino.

CONCLUSIONES

La cultura que es la obra grande de la humanidad y reúne las mejores realizaciones de los seres, también lleva en su corriente el tumulto de resabios que nos han limitado en la invitación a crecer y a afirmarnos.

La mujer ha heredado limitaciones en el traspaso cultural de una generación a otra. Sólo el conocimiento profundo y detallado de esas limitaciones con sus razones, puede dar origen a otras tradiciones culturales que ya abonen su igualdad, sus derechos y el cumplimiento de sus verdaderas responsabilidades. La cultura se modifica en primera instancia con el conocimiento y en segunda instancia con la participación creativa en la misma cultura.

Este develar los mitos, quizás con un enfoque parcial y carente de toda la lucidez necesaria, es un paso hacia el conocimiento de la situación de la mujer todavía no libre del peso que conlleva la tradición cultural. Hace falta más, hace falta profundizar, develar con fuerza, enseñar a descubrir y redescubrir, señalar la mentira y desterrar la mentira. Luego, el camino está abierto y es una labor incansable: aportar a la cultura lo mejor de la mujer para que enriquecida con su contribución favorezca a todas las mujeres del mundo.

PARTE II

MUJER Y CIRCUNSTANCIA

VOZ DE LA RESISTENCIA

Se ha dicho ya tanto de los problemas sustantivos de la mujer y se ha estudiado con intensidad sus diferentes situaciones en nuestra sociedad, que es bien difícil agregar algo nuevo o lograr una síntesis de lo descubierto. Quizás se podría afirmar que en una época de incorporación, de progreso, de lucha por la igualdad, la mujer sigue siendo la que más obligaciones tiene y la que menos derechos posee.

Tiene más obligaciones porque la sociedad en buena parte descansa sobre sus hombros. La mujer no es ella sola, no es una imagen individual que se aprecie por sí misma. La mujer es en parte familia, sociedad, multitud, ser solo y apático, ser activo en busca de compañía, ser en desafío, ser en realización. No nace para consumirse dentro de ella misma, nace para germinar cuando así lo decide como vocación de su vida o como destino de su especie, pero nace sustancialmente para vivir y eso es lo que se olvida en muchas

oportunidades. Por eso se le carga de obligaciones y se tiende a suprimir sus derechos.

Siempre me he negado a la idea de que la mujer y todos sus problemas se miren a través de sus representantes. He protestado por las estadísticas consuelo en que se citan a las mujeres célebres, a las mujeres gobernantes, a las mujeres artistas, a las mujeres que logran éxito político. La situación de la mujer en términos universales nunca ha correspondido a la situación que alcanzan unas cuantas de méritos sobresalientes y de virtudes que deben exaltarse. Hay una diferencia básica entre la mujer que se destaca y la mujer sobre la que cae el peso absoluto del trato social que la limita, la subordina y la esclaviza. La mujer reconocida, distinguida en alguna forma, seguramente muy valiosa por su esfuerzo de superación, alcanza un dominio de condiciones que la otra no ha superado. Por eso la figura de la mujer no debe dibujarse con el lápiz fino que da la semblanza de las más perfiladas, sino por el lápiz grueso que nos da noción de la gran masa, de las mujeres de todos los días, cuyo nombre y apellido nadie trata de memorizar.

No hay inventario que dé representación a la mujer. Hay, para analizar su situación, un único inventario posible: el de las condiciones generales en que vive, en que se le ignora, en que se la supedita.

Es evidente que esa mujer está cargada de obligaciones y tiene menos derechos en la sociedad de ayer y todavía en la de hoy. En representación de ella, debíamos hablar todas las mujeres de las mujeres, ya sean latinoamericanas, europeas, africanas o asiáticas.

No se puede olvidar que junto a esa mujer hay también miles de hombres, marginados, sin voz y sin voto en todos los continentes, porque la lucha de la incorporación social es lamentablemente gradual y porque la justicia anda con paso lento.

Creo que la voz de esa mujer viene de muy lejos, de la historia misma y resuena a veces con debilidad y otras con fortaleza. En algunas ocasiones logra que se la oiga porque es una voz de legítima protesta. Aprecia todo lo que sucede a su sexo, que apenas si está encontrando en estos días un camino de realización porque se le ha abierto la puerta de la ciencia, del conocimiento y ha empezado a acumular la experiencia que le va a permitir afirmarse más y más con sus verdaderos valores en el mundo.

El cambio en la situación de la mujer no se logrará con la rapidez necesaria. Lo importante, frente a la tradición cultural que tiende a anularla, a hacerla a la imagen y semejanza de una mujer enfilada en la servidumbre humana, es contribuir a que se comprenda la mujer que requiere el mundo, una mujer libre y creadora, una mujer participante, una mujer responsable y no ajena a la contribución que necesita el progreso total de la humanidad.

Debe señalarse con valentía que no se habla de una mujer frustrada, que busca sublimar la frustración de ser mujer, hasta ahora ciudadana de segunda categoría, sino que se habla de que la mujer como madre, como esposa, como compañera, como hermana, como ciudadana, como amiga no se niegue en aras del sacrificio y del servicio a los demás, sino que sepa manejar su patri-

monio de tiempo, su existir en un destino que no conoce y que debe hacer. Debemos todos ayudar a que la mujer sea también la arquitecta de su propio destino, en vez de concebirla como la ya destinada a un fin o a un servicio.

La búsqueda del ser, de la independencia, de la realización, es el principio vital que debe mover a la mujer. Negarle eso, es negarle la validez igualitaria que tiene de persona, con un destino en que debe desempeñar un papel libre y abierto de creadora.

El perfil íntimo de la mujer sigue sin revelarse, porque no es un molde ni una figura. Es un quehacer constante, en que se pueden dar las más asombrosas obras. Venida desde la tierra, imbuida en ciclos cósmicos que desconoce, la mujer es un continente que ella misma debe descubrir, sin ningún ligamento que la ate a prototipos. Fluye constantemente porque ella misma es un proceso de flujo. Sin experiencia, se ha convertido en el gran residuo de la experiencia humana. Sin conocimiento, aprendió de la observación y está superando frustraciones. Sin tener noción del progreso, supo conservar tesoros de inutilidad que ahora se han convertido en las grandes reservas del desarrollo. Sin el arte de la abstracción, convirtió su vida en un sueño y cuando la pesadilla la despierta bruscamente tiene el arte de construir sobre lo destruido. Ha buscado siempre, casi eróticamente, la felicidad y la felicidad, la más simple, simboliza hoy la meta de todos. Experta en el abandono y en el papel de segundona, aprendió todos los oficios, por eso su voz es la voz de la resistencia que altera todo sis-

tema, por más seguras bases que tenga de sustento.

Cuando hay un ser que puede ser alimento, a pesar de toda la servidumbre humana a que se ha sometido, es un ser dueño de la sobrevivencia digna, que hoy se busca en todas las latitudes.

El planteamiento de los problemas de la mujer se debe formular sin ser enemigo de nadie. Son problemas de ser civilizado, de ser que tiene plenos derechos de participar con fuerza instintiva y con inteligencia, en todos los órdenes del mundo.

Ayudar a la mujer no es darle pedestal de ser divino, ni menos de ser protegido. Es afianzar su propio desarrollo, su propio devenir, su propio destino. No es hacer a la mujer la compañera, el otro distante del yo, el quizás personaje del diálogo. Ayudarla es darle el goce de la libertad de los libres, no para abusar, sino para crear y aportar lo mejor de sí misma de manera responsable.

En nuestras sociedades pobres la abundancia es un contraste que humilla a muchos seres. Con la abundancia también hay desperdicio. La mujer no se puede dar el lujo de abundar como el desempleo, la miseria y la mano de obra barata. Requiere la creatividad, porque viene de un ciclo en que la lluvia es bienvenida para la prosperidad de la cosecha. Bastante vida de adorno ha tenido para seguir en la curva de la servidumbre. Necesita algo más que el gesto femenino que, encerrado en la redondez del gesto, parece necio; algo más que su afán de protección y su proteccionismo; algo más que su pura y simple maternidad. Eso es lo que encierra la superación del

ser humano: dar lo que se espera y aun algo más.

En ese "aun" está la realización de la mujer, que siendo mujer, no ficción de hombre, aprenda a superarse, como tantas lo están haciendo por las vías de la ciencia, de la meditación, de lo creador. En el hogar, en la calle, en el comercio, en el libro, en la oficina, en el hospital, en la tierra, en todo quehacer humano, la mujer debe ejercer la tarea constante y creativa que late en su innata capacidad.

Ayudar a la mujer es encontrar el caudal infinito de sus fuentes, que deben dar siempre vida, nunca frustración, siempre fuerza, nunca negación.

LA CAPACIDAD CREATIVA DE LA MUJER

Es raro encontrar una mujer que no tenga una habilidad específica y que no se caracterice por una intensa laboriosidad. Desde pequeña su destreza manual se habilita y se perfecciona, lo mismo que su sentido de observación. Más adelante, en un ambiente que por lo general le es hostil, la mujer se adiestra en independizarse, en defenderse, en buscar fundamento a sus puntos de vista y en apoyarse para lograr lo mejor de su vida.

No siempre obtiene lo soñado, lo idealizado, lo que se fijó como meta, quizás el mito de la felicidad sea un factor que deforma lo real y lo convierte en algo que denota ausencia, el lado cruel que sonríe en un vacío reverso.

Pero sí obtiene, porque ha luchado para ello, una enorme capacidad creativa, tanto en el campo de lo concreto como en el de lo abstracto.

La mujer por lo general maneja los números reales de la vida cotidiana, hace el presupuesto

casero, rinde al máximo los centavos, da prioridad a la necesidad general ante la individual. Así integra su habilidad concreta con la abstracta.

En el ámbito casero, inventa el adorno, el bordado, el tejido, el remiendo, el aprovechamiento de la conversión de un objeto en otro, el múltiple uso de las cosas. En ese mismo ámbito crea comidas y ofrece incansable un oficio que nunca se aprecia. Toda esta labor manual es muy creativa, igual es su tarea de curandera y de transmisora de consejos, de recetas, de una tradición cultural que va enriqueciendo.

Y si emprende un trabajo de creación más abstracto y de mayor trascendencia, la mujer se somete siempre a un largo aprendizaje porque sabe que no es usual su intervención en ese campo. Su paso debe ser firme, seguro de sí mismo para partir con algo nuevo que aporte sustantivamente un hallazgo.

Las mujeres costarricenses han intervenido en el arte con una contribución de enorme valor.

Una pléyade de creadoras en todos los ámbitos ocupan importantes espacios en la vida nacional, ya sean escritoras, pintoras, actrices, escultoras, compositoras, cantantes. Han ganado un lugar y con ello la batalla en busca de su vocación.

El hecho de ser creadora en lo artístico, exige una severa disciplina, un enorme esfuerzo y un trabajo intenso y constante. Por lo general una mujer artista tiene que cuidar de su casa y de su familia y debe ganarse la vida mediante un empleo, lo que implica ya la doble jornada. Además de esa doble jornada, está obligada a renunciar

al sueño y al descanso, para sacar el tiempo que requiere su obra. Es decir, es una mujer que trabaja el triple que las demás.

La creación llena de satisfacciones, especialmente cuando es parte de la vocación y del destino personal. Pero, también entraña sacrificio y no pocas veces frustraciones, porque no se entiende ni se aprecia la labor artística. Igual situación se da en muchas otras labores, no en vano se dice que la vida es lucha.

Sin embargo, el hecho de que la mujer esté tan de lleno involucrada en la creación artística nos debe enorgullecer, porque con eso está demostrando palpablemente su capacidad creadora, su habilidad en el manejo de elementos abstractos y concretos, su conocimiento humano, su dominio de la cultura y su pericia en la composición, el balance, la armonía y la estructura.

La cultura nos transmite bienes y nos abre horizontes, pero también trae prejuicios para que se establezcan con lucidez los justos derechos igualatorios de la población femenina. Por tradición y por costumbre la mujer ha sido calificada como personaje secundario, subordinado, incapaz de manejar su propia vida, menos aun de crear y de ser imaginativa.

La constante intervención de la mujer en la cultura costarricense está abriendo otro panorama y está venciendo los prejuicios. Vemos diariamente a la profesional que investiga, descubre, cura, interviene, defiende, enseña y se desenvuelve con plena seguridad.

Obtener un lugar es importante para la mujer, lo mismo que ganar reconocimiento, tener un nombre que se respete y que se admire. Mu-

chas mujeres lo han logrado, recordemos a Carmen Lyra, a Yolanda Oreamuno, a Eunice Odio, para citar únicamente a las que ahora están ausentes. Ellas fueron las abrepuestas para otras muchas mujeres que ahora se expresan con libertad y entran en sus laboratorios, estudios, oficinas y talleres con la certeza de que tienen algo valioso que decir en el lenguaje que manejan.

Al abrirse campo en la cultura, al sembrar sus nombres en la memoria de los pueblos, las mujeres están renovando su presencia activa y creadora, revelando su capacidad, su talento y los valores igualatorios en todo el amplio espectro de la vida humana.

La conquista de la igualdad no debe darse por excepción sino como una medida general. Sin embargo es importante abrir el camino, conseguir un lugar y desde ahí invitar a la entrada de todas las mujeres para que venzan el yugo de la conformidad y de la resignación, piensen en las posibilidades de desarrollo que tienen y traten de lograrlo en la medida de sus posibilidades.

Una mujer que se afirma a sí misma, si tiene conciencia social, afirma a todas las mujeres.

LA MUJER PROTAGONISTA

En cada nuevo período de gobierno, en los últimos años con más frecuencia, la mujer llega a la función pública en un acto de justicia y también en un acto digno de la mejor acrobacia.

Justicia porque la mujer tiene los mismos derechos que el hombre. Es una persona estudiosa, bien formada profesionalmente y ha adquirido la experiencia que exige la función pública.

Acrobacia porque todavía se cuentan con los dedos de la mano las mujeres que llegan a ocupar la actividad de gobierno o cogobierno. Ese hecho hará que se las observe con lupa en cada uno de los actos que realice, en cada una de las intervenciones públicas y se valore con desconfianza sus aciertos, así como se magnifiquen sus errores.

En otras palabras, la mujer en el campo político sigue siendo el ejemplo de la excepción. Aquí, en Costa Rica, y en la mayoría de los países. Por eso se cuentan y se proclaman en grandes titulares el número de su participación.

Cuando la mujer, repetimos por excepción, asume el papel político debe ser extremadamente cuidadosa con su labor, no sólo porque está siendo observada, sino porque debe estar consciente de que su actuación abrirá el campo a otras mujeres.

Además de su personalidad, seguramente fuerte y definida para haber sobresalido por sus propios medios, debe tener la personalidad colectiva de su sexo para contribuir a mejorar la situación de las demás mujeres. No puede individualizarse en forma absoluta, debe pensar en hacer el bien con la mayor honestidad y que ese bien alcance a un gran número de compañeras.

Su protagonismo debe ser educativo mediante el ejercicio del ejemplo personal, por eso evitará el privilegio y la figuración para entregarse al servicio y al trabajo.

Las posiciones de alto rango traen muchas cosas, precisamente por ello hay que aprender a no marearse, seguir caminando por la llanura, continuar con la dignidad muy presente y con la honestidad muy hecha conciencia.

Algún día, presente en el futuro, la mujer habrá ganado el natural protagonismo y quedará atrás su valor de excepción.

MUJER Y VIOLENCIA

Como nunca en años anteriores, se ha desatado la violencia contra las mujeres, sin respeto a sus escasos años, a su juventud o a su madurez.

Una niña es violada y como si no fuera el acto brutal y traumante, también se la asesina. Una familia entera de mujeres, después de cumplir una promesa religiosa, son extrañamente fusiladas: seis niñas y una mujer. Como en los fusilamientos aparecen los cadáveres en fila. A otra mujer en un hotel se la estrangula. Hace poco se liquida a una mujer a puñaladas.

Esa violencia extrema alarma por un lado y por el otro indigna. La noche se ha vuelto un peligro para las mujeres, así como los caminos solitarios y las calles desiertas. Más limitaciones se les imponen.

Diariamente se empuja y se insulta a una mujer, cuando no se le pega y se la acorrala con el usted es una tonta, no se meta en lo que no sabe.

¿Qué pasa en nuestro país? Esa es la pregunta.



ta que nos hacemos cuando vemos que la corrupción sigue creciendo y el narcotráfico aumenta en una escala que parece acelerarse.

Hay situaciones que pueden evitarse si todos nos convertimos en ciudadanos responsables y nos animamos a hablar en voz alta, a cambiar actitudes y a redoblar esfuerzos.

Definitivamente existe un clima que alimenta la violencia contra la mujer, pues ha sido tratada como objeto para vender todos los aparatos del mundo y como medio de placer cuanto más escabroso y difícil más placer. Hecha ser de segunda categoría, trabajadora de lo que es poco agradable y monótono, mediadora descartable en la relación humana, atada a la reproducción y a la producción, es muy fácil ultrajarla y golpearla.

Frente a esa realidad, pensemos en una educación diferente para que ambos sexos se liberen y se respeten, tengan su autonomía desde muy temprano y se apoyen en los valores humanos de una convivencia justa y gratificante.

Hay que abandonar la preferencia por el sexo masculino y recibir a las niñas con verdadera alegría; criarlos con igualdad de derechos, no unos para ordenar y otras para obedecer, no unos para demandar y otras para servir, sí todos para ayudarse, para compartir, para comunicarse y completarse. La educación verdadera es la que enseña a pensar porque el pensamiento es lo único que nos lleva a vivir en una libertad respetuosa de los demás.

Luego, además de educar, se debe combatir la publicidad que abusa de la imagen femenina, la pornografía que incita mentes enfermizas, el

acto privado en que se irrespeta a la mujer, el acto público en que se la disminuye. Se siente la necesidad de crear refugios para las mujeres golpeadas o maltratadas, con el fin de que recuperen su propia estimación.

Y en los casos vergonzosos y criminales, hay que insistir hasta la saciedad en la captura y en el castigo de los criminales.

MUJER Y VIVIENDA

Un cuarto propio es el punto de partida para vivir en forma independiente y para empezar a crecer de manera individual. La mujer que en una familia logra su habitación para ella misma, adquiere ese lugar privilegiado donde puede soñar, crear, guardar sus cosas íntimas, conocerse y proyectarse. Es el punto íntimo del que se parte en el viaje de lo cotidiano hacia el encuentro del aprendizaje social.

Pocas mujeres logran ese privilegio. La gran mayoría crece hacinada, apretujada, sin contar con ese espacio vital que exige su desarrollo. Por eso desde muy temprana edad anda en busca del escondite, para verse libremente en el espejo que le cuenta cómo es, en ese principio del conocimiento que le permitirá incorporarse más activa en el mundo social, que para todas al principio es ajeno y para muchas lo será siempre.

Cuando la mujer tiene su propia familia, la

vivienda es esencial porque representa el asiento primario, el nido, el hogar donde se ordena la vida de cada quien y desde donde se empieza la incorporación.

Aunque en Costa Rica hay mujeres que con sus hijos deben tomar las calles por hogar y los dinteles de casas ajenas por dormitorio, la gran mayoría se acomoda dentro de otra alternativa, no siempre digna ni menos acorde con las más elementales necesidades.

Desde el cuartucho alquilado, el cuarto de cuatro paredes incompletas al amparo de un pariente, el tugurio bajo el puente, la casucha en la urbanización improvisada, la mujer se acomoda con los niños y con sus dependientes. Y desde ese lugar incómodo, invivible, sin servicios básicos, organiza su lucha de mejoramiento, que se hace visible en la limpieza, en la siembra de una planta, en el adorno de una ventana.

En ese lugar tan endeble, que cualquiera calificaría sin esperanza, la mujer empieza su lucha por la comida, por la ropa, por la limpieza, por su trabajo fuera del hogar que le permita ir pasando de un día a otro.

Sin ese sitio propio, por más precario que sea, la mujer no puede organizar su desarrollo y el de la familia, así como encontrar la espiral del mejoramiento.

Si hay alguna obra, alguna lucha que valga la pena de todo el esfuerzo de los costarricenses, es el de unirnos para que cada mujer a cargo de una familia adquiera una vivienda digna y confortable, que realmente sea un hogar con ventanas hacia el progreso.

MUJER Y SALUD

Hace algún tiempo, unos amigos universitarios iniciaron en su país una investigación novedosa, con grabadoras y cámaras portátiles de televisión, para valorar las reacciones de hombres y mujeres que deambulan en las calles ante una sola pregunta inesperada ¿qué es el cuerpo para usted?

Además de las usuales caras de susto de casi todos los interrogados, las respuestas eran sorprendentes. Muchos consideraban el cuerpo como el instrumento que les permitía trabajar, otros como una especie de envoltorio del alma, algunos como una cosa que cuando estaba bien todo salía perfecto, pero cuando fallaba siempre se complicaba la existencia. Los menos consideraban el cuerpo un centro de sensaciones.

Nadie, por lo menos hasta lo que ví de las entrevistas hechas que abarcaban a trabajadores, vendedoras, amas de casa, señoras elegantes, hombres a la moda con saco, corbata y chaleco,

dispuestos a soportar el martirio del calor, se le ocurrió contestar que el cuerpo para él, es el todo que incluye también el espíritu en la etapa que conocemos de la vida.

Si se hubiera hecho otra pregunta, como por ejemplo qué es la salud, quizás las respuestas hubieran brotado con facilidad y tal vez el común denominador de las respuestas habría sido: el estado perfecto.

La salud es, en realidad, el bienestar absoluto en cualquier edad y en cualquier circunstancia. Cuando se resquebraja, nada de lo limitante o facilitador de la vida vale la pena. Se agotan las buenas intenciones, los deseos de superación, los esfuerzos por conciliar lo duro con lo fácil, la esperanza de equilibrar lo bueno con lo malo y la necesidad de compensar los gratos y desagradables ratos. La salud se vuelve una meta que se desea alcanzar con la inagotable ansia de un campeón.

La salud, inadvertida cuando es como el mecanismo perfecto de un reloj que nos anuncia las horas lógicas en que debemos ser puntuales, se convierte en el sonido de alarma que nos desajusta en puntadas que resultan mal cosidas en las cosas en que falla. Entonces el cuerpo y todos sus mecanismos se hacen evidentes: la palidez, el pulso, el ritmo de respiración, las evacuaciones, el sonido de los pulmones, el color de la piel, la coordinación de movimientos. La atención se concentra en lo que antes nos pareció tan normal que lo dejamos de percibir.

El cuerpo vuelve a ser lo natural y lo que nos preocupa sólo es su apariencia y en lo que da como instrumento de trabajo y de relación

con los demás.

La salud, ese bienestar perfecto y fundamental, requiere la prevención. El cuerpo vive en armonía con la salud cuando la persona previene lo necesario para conservarla por medio de una buena alimentación, el ejercicio, la recreación, el sueño reparador, el equilibrio emocional, el adecuado balance entre trabajo y descanso, así como evitar cualquier abuso.

La relación salud y mujer es tan determinante para ellas mismas como para la familia a su cargo, que resulta el factor estabilizador del ambiente que las rodea.

Para conservar la salud las mujeres deben conocer su propio cuerpo, saber de sus reacciones normales y detectar cualquier irregularidad a tiempo para repararla lo más rápido posible. Ese conocimiento les permitirá contribuir a la salud de sus familias, porque las preparará para distinguir cualquier problema que afecte a sus allegados.

Hay que perder el miedo al conocimiento del cuerpo, porque en este trance de la vida es el todo que debemos conservar en las mejores condiciones para vivir en términos de bienestar, que son los términos de la salud.

Y perder el miedo al conocimiento del cuerpo, no es andar en búsqueda de signos que nos enseñen la enfermedad, ni tiene ningún significado morboso. Es ese hecho de apego a la vida mediante eso tan sabio que apoya la sabiduría popular: es mejor prevenir que remediar.

Una vida sana es el cultivo al derecho de realizarse y no destruirse. Es la alegría en sí que da la salud disfrutada en un cuerpo humano.

MUJER MADRE

Los tiempos van pasando no en vano. Sin querer, por esa fuerza inerte que mueve los avances, las familias han cambiado. Son pocas las que conservan una unidad extensa de parientes que se ayudaban unos a otros. Ahora la pareja decide en mayor soledad, sin tener en cuenta el apoyo de afuera, sin siquiera esperarlo.

No se trata de una familia en crisis, se trata de una familia diferente. Es la pareja que se arriesga a convivir, crear, educar y sacar adelante a sus hijos. Emprende así la labor más difícil en cualquier escala social.

La pareja permanece unida cuando es fuerte en ideales y sueña con una vida noble y solidaria, en que sucederán muchas cosas pero nada que logre su disolución. Los ideales, la perspectiva en que se enfoca la realidad, la supresión del egoísmo, el saber realmente compartir, el proyectar el bien ante la zozobra, el mantener el rumbo hacia el crecimiento propio y el de los hijos, son

elementos indispensables para la vida cotidiana de la pareja.

Habr  epocas de ilusiones y de desilusiones, de alegría y de tristeza, de comodidad y de estrechez, de salud y de enfermedad, que la familia debe afrontar con solidaridad y siempre con miras a situar la importancia en lo importante. No es esto una estrategia, es simplemente una forma de vivir y sobrevivir con valores y con ideales en una sociedad que est  en crisis.

La madre es una trabajadora incansable. El hecho de que vele por la seguridad, el bienestar, el buen crecimiento de su familia, la lleva a acumular miles de detalles que componen una tarea interminable. A su lado, p dalo o no ella, debe contar con el auxilio de su compañero y de sus hijos para no desgastarse en afanes inútiles, para dedicarse a lo sustantivo y no perderse en lo adjetivo. Se requiere que ella tenga tiempo para sí misma, no se anule, se enrumbe hacia su propia realización.

La mujer se ha concebido como tiempo. Es cierto que toda persona es tiempo, edad. Pero la mujer es tiempo de espera. Espera su desarrollo, espera cada mes su regla, espera quedar embarazada, espera nueve meses a su hijo, espera su propia vejez. Vigilante también espera el regreso del compañero y de los hijos, especialmente en horas entradas de la noche.

Esa vigilia interminable de la mujer debe acabar mediante una vida más justa, más solidaria, más llena de amor verdadero y puesto en práctica. La vigilia debe convertirse en tranquilidad plena por el apoyo y la consideración de su fa-

milia, en libertad de acción y en práctica de cooperación y solidaridad.

Eso es lo que realmente se llama amor hacia la mujer madre y no el símbolo del regalo y de la felicitación.

MUJER Y CIENCIA

Muchas veces se ha puesto en duda la capacidad científica de la mujer. Dentro de los esquemas prejuiciosos en que se la ve, se la limita de antemano para manejar pensamientos, hacer abstracciones y realizar deducciones acertadas y claras. La mujer y la ciencia siempre han andado de la mano, lo que sucede es que se ignora este enlace tan próximo. Es más fácil la ignorancia que el reconocimiento.

En Alemania la doctora Jenny Kien, bióloga de la Universidad de Regensburg, ha reconstruido la vida de científicas muy destacadas en el período que va desde Grecia Antigua hasta el siglo XIX europeo.

De Grecia menciona a la filósofa Aspasia, compañera de Pericles y autora de muchas cosas que se le atribuyen únicamente al gobernante. También Theana, esposa de Pitágoras, quien aportó contribuciones importantes a las matemáticas.



En la Roma antigua mujeres y hombres investigaban, enseñaban y aprendían en la famosa escuela de medicina de Salerno. Trotuba es la científica más destacada de esa época por sus descubrimientos en el campo de obstetricia. En aquellos tiempos era posible la cesárea, pues se utilizaban hierbas para la narcosis. Los prejuicios transmitieron sus descubrimientos con el nombre de Trotulus.

En la época de 370 a 415 vivió en Alejandría la matemática y filósofa Hipatia. Se la estimó como una maravilla mundial y a sus lecciones asistían discípulos de diferentes nacionalidades. Hoy, esa maravilla, es absolutamente desconocida.

En la Edad Media millones de mujeres fueron condenadas a la hoguera con el mote de "brujas" y la inmensa mayoría eran científicas y sabias, con conocimientos muy apropiados de hierbas medicinales, ginecología y anticonceptivos. Con su muerte se atrasó bastante el desarrollo de la ciencia.

Una enciclopedista surge en el siglo doce: Hildegard von Bingen, abadesa, médica, botánica, filósofa, compositora y política. Desde su convento protestó por los intentos masculinos de marginar su saber y sus aportes.

Emile de Bretenil, Marquesa de Châtelet en el siglo XVIII tradujo al francés la mecánica de Newton y escribió el primer libro de texto de física en Europa. Sin embargo, la historia sólo la menciona por su intensa vida cortesana.

También en ese siglo, Mary Somerville, quien aprendió matemáticas como oyente de las

clases que recibía su hermano, escribe tratados de esa ciencia.

Algunas mujeres en el siglo XIX pagan su sed de saber con el exilio. Es el caso de la rusa Sonja Kowalenski, a las mujeres en Rusia Zarista se les prohibía estudiar. Después de mucho peregrinar, logró que sus trabajos matemáticos fueran premiados por la Universidad de Estocolmo.

A finales de ese siglo logran las mujeres alemanas que se permita su ingreso a las universidades, sobre todo a las de medicina. El primer ingreso fue en 1918.

Hoy las universidades de casi todo el mundo están abiertas a las mujeres, quienes ejercen diariamente la ciencia aunque se sigan olvidando sus nombres y sus valores.

Falta un libro que nos resuma la labor científica de la mujer latinoamericana, en que se incluya la costarricense, pues es reconocido que se distingue en el ámbito nacional e internacional.

MUJER Y FAMILIA

La mujer, cualquiera que sea su condición y su estado, es el centro de una familia. Soltera o casada, la mujer propicia la formación de un hogar. Es la célula básica de nuestra composición familiar. El núcleo familiar que se mueve a su alrededor puede ser el del normal marido y de sus hijos, pero también puede ser el de sus padres y hermanos o de los parientes que acoge bajo su protección. Es decir, que la mujer es siempre el núcleo formado de una familia, que puede tener la más diversa constitución.

Por otra parte, la mujer, sea profesional, obrera, estudiante, trabajadora o de oficios domésticos, siempre es una ama de casa. No hay mujer alguna, por más exclusiva y compleja que sea su misión, por más satisfactoria y devota que sea su labor de servicio público; por más dura que sea su jornada de trabajo, que pueda estar ajena a las funciones propias de la ama de casa. En alguna forma, sea de dirección, administración

del presupuesto familiar, complemento de labores caseras, cuidado y protección de los familiares, participa en las labores de la ama de casa. Son trabajos inherentes a la condición de la mujer y de esos trabajos nacen las virtudes más sobresalientes de la mujer: su habilidad de organizar el trabajo, su honestidad, su realismo y su fe en los sueños, su orden, su fuerza y su disposición de entrega por amor a los demás.

La ama de casa ha sido menospreciada en nuestra sociedad, al punto de que no se valora su trabajo y se la clasifica en la población económicamente pasiva, cuando su trabajo tiene un sustantivo valor, sin mencionar los otros invaluable que no se miden en términos económicos, pero representan todo el sustento fundamental de la formación de nuestras sociedades.

Se debe exaltar esa función noble y sacrificada de la mujer - familia, de la mujer - sociedad y de la mujer - pilar en este mundo que tanto necesita su participación activa, inteligente y generosa para contrarrestar el desapego a los más altos valores humanos en una sociedad materialista.

Creemos al mismo tiempo en una mujer plenamente realizada, satisfecha de sus logros, como persona y ser humano. La realización se puede lograr en la maternidad, en el hogar, en el servicio público, en la empresa privada, en el campo artístico o en cualquier otra actividad que propicie la satisfacción personal, de acuerdo con creencias y con los ideales de cada ser humano.

Como principal objetivo debe ser el de fortalecer la mujer en la relación con la familia, cualquiera que sea su composición. Por eso creemos en una ama de casa totalmente realizada, ya sea

en el ámbito pleno del hogar, cuando éste satisfice todas sus aspiraciones, o en su preparación integral para que encuentre las realizaciones personales que le sean necesarias, con el fin de que se entregue a la misión familiar con un goce creativo, y no con un sentido de restricción o de limitación obligante que la lleva a sacrificar su propio ser. No creemos en las sacrificadas amas de casa, como un núcleo reclamante de sus derechos o como un grupo amargado que destruya hogares en revancha de sus frustraciones. Es necesaria la suplementación de realizaciones cuando hay sensación de sacrificios y de limitaciones, que acaban por reclamarse de manera consciente o inconsciente.

El derecho a ser lo que se aspira, lo respetamos siempre.

Tampoco creemos sano, social y espiritualmente, que las amas de casa estén supeditadas a hablar de la sopa, de los niños, de las recetas y de los vestidos, y que se les aparte de cualquier temática ajena a sus intereses cotidianos. Son seres no confinados a la cocina, al remiendo y a la zozobra diaria del ajeteo familiar. Las vemos como partícipes del mundo, en que están interesadas en el acontecer nacional y mundial, como fieles guardianes de la más valiosa parte de la integración social: la familia.

MUJER Y TRABAJO

Trabaja la mujer desde siempre. Trabaja constantemente. La historia de la humanidad es la historia de las diversas formas del trabajo. Como la humanidad se ha desarrollado en forma vertical, todavía persisten las formas primitivas de la labor. Lo vemos en ejemplos sencillos: mientras la cacería es un pasatiempo, un deporte, en las grandes sociedades desarrolladas, aun en los pueblos primitivos, en las sociedades no afortunadas en su desarrollo, sigue siendo un medio de subsistencia. Parte del trabajo de la mujer, continúa en el más pleno subdesarrollo.

Desde la Biblia, y aun antes de ella, en relatos que explican la creación del mundo, la mujer siempre es el derivado de otro. Sólo conozco una leyenda filipina, muy antigua y otra beduina en que la mujer fue creada independientemente.

La categoría de derivado sigue privando en nuestros días. Y si en la Biblia llega a ser protagonista y heroína del mal y del bien, como todo ser

humano, ese carácter primero de ente igual, capaz de lo mejor, de lo excelente, de lo peor y de lo mediocre, no se lo da nuestra civilización, con el rango humano que merece. Eva fue la protagonista de la curiosidad y del exilio, la autora del trabajo, pero fue esencialmente la compañera, la que sufrió por igual el castigo, la que se retiró del paraíso con el mismo caudal de responsabilidades y de deberes, si se quiere tener la Biblia como un libro básico de nuestra formación religiosa o filosófica.

Y nadie heredó con más fuerzas, con más angustia, con más sentido de culpa, el trabajo que la mujer. Parirás con dolor. Ganarás el pan de cada día con sudor en la frente. Y con el trabajo, el dolor se extiende paralelo a la vida de la mujer.

Ella sembró los campos y se unió a la tierra. Fue legado en las herencias, el ser humano que se vende, se hereda, se traspasa, junto a los bienes muebles y los inmuebles; lo que se registra en el archivo de las propiedades como parte de alguien, como caudal del otro, que reconoce el derecho de la hombría, las responsabilidades que le corresponden y esconde su destino humano, lo margina, casi tiene vergüenza de sentir y de pensar.

Cuando se exalta a la mujer, se exalta como dignificada, como momia, como el ser impecable, como la madre perfecta en el altar de los sacrificios, como la mujer pura, que todo la mancha, aun el menor pensamiento grotesco, el gesto del amor, la igualdad de ser humano. Es la virgen, la diosa, el elogio constante del trovador, la comparable a la rosa, la que se ama a distancia,

la que soporta ausencias con cinturones de castidad, la que se atreve a asomarse apenas por las celosías altas del trono en que la han elevado, en la que han deshumanizado, en la que han aislado y discriminado.

Esa es la mujer que todavía canta y ama don Quijote, con la imagen inigualada con que emprende sus quijoterías para levantar al mundo en cruzadas de idealismos, porque (bien lo dice Unamuno) sin esa mujer, ideal de la mujer en sí, no hubiera podido ser don Quijote el quijote que fue. Aldonza, la aldeana, de estar más cerca de su espíritu y de su cuerpo, hubiera matado su idealismo con sopas, con hijos, con remiendos, con mimos y regañadas, y sólo hubiera quedado el Alonso Quijano, el soñador frustrado en un rincón de La Mancha de fama corta y sin libro de hazañas.

Y la mujer que ha venido por siempre exaltando la hombría, la bravura, el machismo, todo lo que no es ella, llega el momento en que no puede ocultar más su identidad de personaje auténtico, su necesidad de ser humano, su papel real en la pareja humana, su contribución a la sociedad, su grito de independencia, el "soy y tengo derecho", que aún hoy asusta a tantos.

¿Cómo sucedió? Indiscutiblemente, fue un producto de la revolución industrial. Antes hubo innumerables quejas individuales, desoidas algunas, repetidas hasta el cansancio otras, como las de Sor Juana Inés de la Cruz. Quizás porque sus versos son pegajosos, pero la realidad es que no inflamaron el alma de la mujer, salvo como un descanso de miradas en la coquetería de sus encuentros y evasiones con la realidad torpe que

las rodeaba como seres marginados, agradables por ratos y latosas cuando se les subían los humos, que siempre han sido ganas enormes de vivir humanamente.

El movimiento femenino se ridiculiza y era en parte ridículo: mujeres disfrazadas de hombre, con saco y corbata, lo alientan. No había otro sistema. La hombría creada y alentada por la mujer, hasta el momento actual, una hombría femenina, que es aliento e imposición de la mujer, que ha limitado y esclavizado al hombre, al punto de negarle los derechos más sublimes, como el de sentir y llorar, envidia a ese ser mimado: frente a él, no tiene más recursos que imitarlo. Sin embargo, más allá de la apariencia, están las nobles mujeres, llenas de humanidad, que emprenden la cruzada de la mujer por la mujer misma, que es también el hombre por el hombre mismo para una mejor comunicación y para un mayor entendimiento. Lo noble siempre queda. Con ellas comienza el capítulo nuevo para la mujer, lamentablemente dentro del crecimiento vertical de las civilizaciones.

Las luchas pasan y algo dejan. Leyes proteccionistas al trabajo de la mujer. Conciencia sobre sus problemas. Sindicatos, pocos al principio, quizás pocos todavía ahora, que abogan por la igualdad de los sexos, por oportunidades en las mismas condiciones, por idénticos salarios para idénticos trabajos. El hacer, el quehacer, la constancia, la hazaña de la justicia se abren siempre en declaraciones y los derechos de la mujer se incorporan a las legislaciones, a las declaraciones, a las proclamas. No hay un ser humano, digno de llamarse así, que las niegue o las re-

gatee. Pero la práctica de los principios es lenta en su ejecución, mucho más lenta aún. Parece no cumplirse nunca. Los actos civilizados tienen historia que acumula siglos, y se destrozan en un momento de violencia. Los derechos humanos se olvidan cuando interviene el derecho de lo propio, el egoísmo tan asentado en la persona, la solidaridad individual o de grupo, frente a la solidaridad social.

Vivimos en una época en que las proclamas están dadas, en que para hablar de la libertad nos remontamos a los mismos términos en que se proclamaron en la Revolución Francesa, que fue tan sólo un episodio que no logró consolidarse. Estamos en una época en que todavía hay que luchar diariamente para que se practiquen y hagan realidad las proclamas y, con ellas, los derechos.

La mujer es trabajadora desde siglos y siglos, y será trabajadora en los siglos venideros. La división del trabajo acumuló a su haber las tareas domésticas y todavía es esclava de ellas. La costura y la cocina, la casa y la ventana, el tejido y el sueño, como Penélope en espera, son las consignas clásicas, aun en las más sofisticadas sociedades, con grados altos de civilización.

El asalto a las otras esferas de la división de trabajo, es difícil pero asequible, siempre que se luche y se esté dispuesto a sufrir la inercia activa de una sociedad que señala; siempre que se esté en disposición del reto que significa aceptar para ser ejemplarizante, lo que es una vía dolorosa para la mujer en la encrucijada de llegar y representarlas a todas, sabiendo como sabe que no puede ni debe ni es lo justo que, al desempeñar un pues-

to inusitado para una mujer, las mujeres en género y especie estén representadas en ella. Porque sigue siendo inusitado, papel de desafío y prueba, que desempeñe un cargo consagrado a los hombres.

Y cuando la mujer, que no quiere ser élite ni ejemplo, habla de la poca oportunidad que se da a otras mujeres, del difícil camino que deben caminar para llegar a lo que es justo, valedero para los dos sexos, se la señala como protagonista de un papel discriminador en la armonía social de la pareja, como un ser que regresa a otras etapas de la historia en que hubo circunstancias desfavorables para la mujer, como una persona añeja en el progreso social.

Nada más fácil sería para esa mujer que olvidar a las otras, que encasillarse en su papel de mujer élite, de mujer que llegó, de mujer que ya ve lejanas las angustias de tanta mujer doméstica, trabajadora incansable, cuya única condecoración honrosa es el olvido de reconocimiento en un trabajo fuerte, cotidiano, aplastante.

Meditar sobre el trabajo de la mujer es una gran responsabilidad y gran desafío, si hay sinceridad, si hay espíritu de reforma, hay conciencia de cambio, hay memoria de todas las mujeres que se sacrifican con sentido verdadero de sacrificio para que la familia sea aún la familia, para que la pareja no desarmonice en el acervo social, la mujer no se quede a la sombra, recupere su identidad, su derecho de vivir como cualquier otro ser humano; no sea objeto, producto, protagonista relegada de un mundo en que sigue brillando la hombría creada en su imaginación de ser relegado.

No se puede olvidar a la campesina, a la mujer cargada de hijos que, con el temor de tanta carga atávica, esconde sus sentimientos, cultiva cansada la tierra, envejece prematuramente, niega su identidad, porque es semilla desperdiciada en la amplitud de los campos y porque es la mater doliente que acuna la inclemencia de la naturaleza.

No se puede olvidar, tampoco, a la mujer obrera, parte de esa máquina rara que le exige velocidad y precisión y no sabe todavía que está íntimamente ligada a ese Deus Machina que ha regido por tanto tiempo la configuración de nuestros destinos. Por eso teme reclamar sus derechos y prefiere vivir el día del salario y olvidar lo demás: ya bastante tarea tiene al salir de la fábrica, con los hijos y el aseo, con los remiendos y los reclamos, con los problemas y el costo de la vida.

No se puede olvidar a la mujer encerrada en las paredes de su casa, con toda la faena de un horario sin reconocimiento de horas extraordinarias, sin feriados, sin domingos, sin vacaciones, que ella encierra el núcleo más íntimo de este mundo tan complejo y es, en esencia, la representación más constante del trabajo.

No se puede olvidar a la mujer prostituta, a la vergüenza social, porque es producto vergonzante de nuestra honradez y porque es refugio, todavía insustituible, de la miseria humana.

No se puede olvidar a la mujer que busca su identidad, a la que desea el trabajo como misión de vida, a la que peregrina buscando el signo de su sacrificio, porque es mujer con conflictos metafísicos que lleva empozada la llave de los secre-

tos y sueña con fortaleza de atalayas para otear mejores porvenires.

Se debe olvidar a aquéllas que se creen representantes de las mujeres, porque nadie lo es, salvo cada mujer en el encuentro con la misión de su vida. Y no le den a nadie la representación femenina, porque la mujer debe ser un ente libre, con su propia voz, con su propio destino.

Se debe olvidar a las mujeres élites que llegan a determinadas posiciones, porque ellas no representan los estados generales de la situación de la mujer en cada país.

No se dejen llevar por estadísticas de mujeres presidentes, de mujeres creadoras, de mujeres ministras, de mujeres rectoras, de mujeres diputadas. Deben llevarse estadísticas de mujeres satisfechas con la misión de ser mujer, con la cara alta, con la mirada clara, con la conciencia abierta a la maternidad educadora que engendra sus actos, sin la ficción de la hombría, con el criterio limpio de "soy y tengo derecho", con la perspectiva en una humanidad que debe crecer hacia lo perfecto, como lo proclama Teillard de Chardin.

CONCURSOS DE BELLEZA

La primera acepción que da el Diccionario de la Academia Española a la palabra "belleza", es: "propiedad de las cosas que nos hace amarlas, infundiendo en nosotros deleite espiritual".

La quinta acepción que le da a la palabra "concurso" es: "competencia entre los que aspiran a encargarse de ejecutar una obra o prestar un servicio bajo determinadas condiciones, a fin de elegir la propuesta que ofrezca mayores ventajas".

Dado el significado de las palabras, la belleza no se presta para concursar porque no es objeto de elección. Se da o no se da según la propiedad del ser mismo, propiedad que es un conjunto armónico y que puede tener signos exteriores y signos interiores.

Sin embargo, los concursos de belleza se organizan por doquier y tan frecuentemente que los hay a nivel mundial y universal hasta el cantonal y distrital. Además son los lugares comunes, de bastante mal gusto, que se les ocurren a

cada instante a los organizadores de fiestas, de actos turísticos y de promoción de marcas, carentes de imaginación sobre el relieve que requiere una mujer en su etapa de adolescencia.

Una joven está en su gestión formativa, en que es muy importante el equilibrio y la medida apropiada de los valores. El cuerpo resulta vital y el espíritu también. A lo material debe seguir de cerca lo espiritual, a la superficie concurre sustantivamente lo profundo.

¿Por qué exponerla al riesgo de exhibir sus calificaciones físicas? ¿Por qué arriesgarla a que se la considere un objeto medible? ¿Por qué frustrarla desde tan temprano en una competencia vana que apenas si se sostiene ocho días? Pasajero es el triunfo de un concurso de este tipo y se gana para olvidarlo tanto en la memoria colectiva como en la individual. ¿Quién se acuerda en marzo del nombre y de la cara de la reina de belleza de las fiestas cívicas de diciembre?

Un poco el destino de las mujeres está señalado por lo efímero, quizás por la poca importancia que se ha dado a sus valores y a su realización. Hay también una idea de que la belleza es temporal en la mujer, porque se la ve únicamente en sus rasgos físicos y en sus momentos radiantes de adolescentes. Se olvidan, felizmente para no exponerlas a los concursos y medidas, de las niñas, mujeres maduras, ancianas que son muy bellas.

Por supuesto existe una ideología detrás de los concursos de belleza que trata de engañar con las posibilidades de que se le está rindiendo un homenaje a la mujer en vista de los pocos estímulos y reconocimientos que tiene. La verdad es

que se la está explotando de nuevo, se la está exhibiendo dentro de falsos valores y se la está invitando a seguir en su papel tradicional de adorno en una sociedad que no le brinda ocasión de igualdad.

Existen muchas formas de reconocer el valor de las personas, una de ellas es festejar los talentos, las habilidades, los esfuerzos, las constancias y tantas otras maneras en que nos realizamos y damos a conocer.

En vez de concursos hagamos reconocimientos, exhibamos lo que hacemos y lo que trabajamos. La voz, las manos, los ojos saben construir muchas cosas con esa propiedad que exige la belleza.



EL TRABAJO VOLUNTARIO DE LA MUJER

El trabajo está ligado íntimamente a la vida. El juego del niño es un trabajo, una forma de aprendizaje, una manera de comprender el mundo.

Nada tan incomprendido como el juego del niño. Al adulto le molesta generalmente el ruido infantil, el alboroto de los niños, esa concentración de ellos en los objetos, esa ensoñación en que se vuelven personajes y se desdoblan en múltiples seres, ese entregarse a la bola, ese huir hacia las plazas y organizarse en partidos. Sin embargo, ese juego es el trabajo de los niños, tan serio y tan complejo como el que marca tarjetas, cumple su horario, realiza una labor y es supervisado.

Los filósofos se han volcado hacia los juegos infantiles y con base en ellos han tratado de explicar muchas actitudes humanas, incluso la organización política. La teoría de los juegos es hoy una interesante teoría para desentrañar

comportamientos y responsabilidades de los seres maduros, incluso su forma de organización.

El trabajo voluntario se ha definido como aquél que significa una realización especial, sometido a una disciplina y una organización, obligado al cumplimiento de una responsabilidad y sujeto a una satisfacción, pero no vinculado a una relación obrero patronal de la que se derive una remuneración.

Esto debe entenderse bien en esta definición:

1. Contiene todas las condiciones que caracterizan el trabajo.

2. Contiene todas las normas que regulan el juego.

3. Se diferencia de ambos en que el voluntario no busca remuneración. Se da por recompensado con la satisfacción. Además no es tan libre como el juego, pues está sujeto a una disciplina y a una organización, para cumplir con una responsabilidad.

He querido hacer esta definición porque todavía no se entiende en todo su alcance el voluntariado.

Es un hecho que muchas personas confunden esta misión de servicio, con una manifestación de ocio. Piensan que se trata de seres con tiempo disponible, que emplean para distraerse y con ello vienen a complicar los servicios regulares de una institución.

No se dan cuenta de que el voluntariado puede partir no del ocio, sino del hecho real que no se admite ese ocio, no se quiere, se desea por el contrario trabajar y se está dispuesto a sacrifi-

car el tiempo libre y disponible, para ponerlo al servicio de los demás.

Las rutinas institucionales rechazan esa forma de trabajo voluntario. Les incomoda imaginar las múltiples maneras en que se puede organizar y aprovechar un bien de la sociedad.

No todos los funcionarios, conscientes de su status, que siempre implica regulaciones, responsabilidades, derechos y deberes, comprenden la ayuda voluntaria que no coincide con la espontaneidad, incluso la generosidad, del voluntariado.

La institución generalmente se abre al trabajo voluntario, no puede negarse a esa contribución. Pero, al mismo tiempo, se encoge y encuentra formas de evadirse y de disminuir la trascendencia del voluntariado.

En todo caso, debe señalarse que una de las obligaciones del trabajo voluntario es la de abrirse campo, demostrar su eficiencia, su efectiva organización y vencer las resistencias.

El voluntariado está muy cercano a la mujer. Es una disposición latente siempre en ella, como si nunca terminara en su quehacer constante.

Voluntariamente emprende labores creativas junto a las propias del quehacer doméstico. El embellecimiento del hogar, el tejido, el bordado, el mejoramiento de los alimentos, el jardín, la ayuda a la vecina, son formas de trabajo voluntario, en que la mujer crece en destrezas y se afirma en satisfacciones.

La mujer asalariada también organiza su tiempo, para dedicar el libre a los oficios domés-

ticos y aún después de su cumplimiento encuentran campo para su actividad creativa.

Obra literaria, artística, jardines, pinturas, bordados, acciones de bien, estudios, son maneras en que se maneja la voluntad, se disciplina y se logran grandes y pequeñas acciones.

LA INEVITABLE VEJEZ

Quizá la persona que más ha profundizado los problemas de la vejez, es la escritora francesa Simone de Beauvoir. Con estilo claro y profundo, con análisis de ahondamiento filosófico y sociológico, devela lo que es en sí la vejez y la forma en que se trata a los viejos en las diferentes sociedades culturales. Para unas los seres más sabios y estimados, para otras los más inútiles y estorbosos, y para algunas el problema de como encontrar su muerte decorosa en el punto exacto de la oportunidad.

No sólo como fenómeno social, sino como problema individual y familiar, la persona vieja se siente discriminada en esta época, especialmente en la sociedad industrial, en que cada quien tiene su tarea y su sentido de vida está representado por lo que produce.

En "El choque del futuro", Alvin Toffler nos revela una sensación que ya era común a muchas personas: el hecho de que los cambios rápidos,

consecutivos, inesperados que implican nuevas actitudes y modalidades, muy ajenas a las tradicionales, envejecen muy rápidamente a las diferentes generaciones que comparten un tiempo social. Los jóvenes de 20 años, se sienten viejos entre los menores de 15 años. Las personas de 30 años son consideradas casi ancianas por los que se acercan a los 15, y de los 40 en adelante ven grupos de gente pasada de moda, casi obsoleta, cuyo único propósito es hacer el ridículo, tratando de aparentar una juventud que ya perdieron.

Conforme se adelanta en edad, la apreciación de los años se hace muy relativa. Una persona de 60 se aprecia como joven por otra que se acerca a los 50. A los mayores les cuesta quitarse la costumbre de referirse a compañeros y amigos como "muchachos", a pesar de que el tiempo ha pasado inexorable y ya no se es muchacho ni muchachos son los amigos. Muchas veces nos reímos de nuestros padres y tíos por citar como "muchachos" a sus compañeros de generación cuando ni ellos ni sus conocidos estaban por hacer muchachadas.

Y con el tiempo volvemos a usar las mismas palabras y también se reirán de nosotros por la falta de perspectiva en la realidad que se citan.

En todas las épocas de la vida hay crisis de identidad, unas más graves que otras. Crecemos con cierta precipitación para superar etapas, seguros de que algunas volverán aunque sea por el recuerdo. Pero se van para siempre a pesar de que las recordamos. En la memoria reside cierta esperanza de ser en la movilidad del tiempo. El primer día de kinder, el primer día de escuela, el primer día de colegio, el primer día de tantas

sensaciones que no regresan , a pesar de la habilidad de recrearlas, remozarlas y escribirlas. Se nos va el tiempo callando y nos despierta a veces con los gritos de Vallejo.

La crisis del niño en su precipitado y vertiginoso crecimiento de ya nos reconoce, ya balbucea, ya gatea, ya habla, ya anda, es crisis de superar habilidades con destreza y desarrollarse lo más plenamente que se pueda.

La crisis del adolescente es crisis de identidad en el sentido de quién seré y qué haré en este mundo ya ocupado, cada quien con su destino y él a punto de despegar, conscientemente inseguro, crítico de sí mismo, anclado en sus limitaciones, sin atreverse a remontarse en puros sueños. Por eso busca distinguirse con ademanes desafiantes, con vestidos especiales, con ruidos que molestan a los demás, con actitudes duras y crueles, con todo lo que esconde su inseguridad y su timidez. Sólo algunos adolescentes muy maduros se atreven a ser legítimamente tímidos.

La crisis del anciano es también de identidad, pero planteada en términos diferentes, irreversibles. Ya no se mira la vida con la distancia optimista del futuro, se mira con la medida rígida del pasado: ¿qué fui?, ¿qué hice con mi vida?, ¿qué podré hacer ahora?

Nadie como el anciano necesita compañía, paciencia y dulzura. Con él oiremos cien veces lo que le pasó de niño y adolescente, cada vez con algunos detalles cambiados, frente a esa hambre imperiosa de dar sentido a su vida. Con él viviremos un poco de otras épocas y si tenemos interés en lo humano , nos interesará su relato. Con él recobramos el sentido de algunas palabras olvi-

dadas, en desuso dentro del laconismo actual, tan importantes para recuperar el sabor del tiempo social, que combina el quehacer de viejos, adultos, adolescentes y niños. Recuperaremos tiempos de tiranías, de los grandes temblores, y de las hazañas y debilidades de nuestros parientes.

Un anciano necesita paciencia y la paciencia es buena compañera en la vida. De pura paciencia se hacen los tejidos y los cuentos, de pura paciencia se forjan las amistades y los juegos de ajedrez, de pura paciencia se fraguan los campeones y los creadores. ¿Por qué no tener paciencia?. Quieren hablar, contar sucesos, compartir recuerdos, confesar resentimientos y amarguras, desahogar ese terror de estar solos y olvidados, sin que nadie se dé cuenta de que todavía viven. Tienen hijos que los olvidan y amigos que los encuentran majaderos.

Dulzura porque nada es tan amargo como morir en vida, esperando de domingo en domingo que alguien toque la puerta, para abrirla a un abrazo estrecho, a la alegría de una sonrisa, a la confesión de lo quiero y me hace falta. Dulzura para soñar en conjunto y decir mañana vamos a vivir mejor, porque usted es importante y todos lo queremos.

Un día de estos me llamó una señora muy sola, para pedirme un poco de compañía, así como que escribiera este artículo, con el fin de llamar la atención sobre la triste vida de los ancianos olvidados. Me conmovió profundamente. Madre de varios hijos, ninguno ha percatado su angustia, su verdadera agonía de ser olvidada. No me dio su nombre, ni yo se lo pedí. Respeté su

anonimato, pero no pude menos que invadir su soledad aterradora. Una casa cómoda, una empleada por horas, unos hijos que quizá contribuyen a su mantenimiento con un cheque frío y punto. Un temor a que la encontraran muerta, ya descompuesta. Un terror a caerse y no hallar auxilio.

Una necesidad de decir vivo y unas paredes con recuerdos, pero sin voces.

Le prometí escribir y hablar con Xenia Gordienko, quien entre sus muchas actividades artísticas tiene programas especiales de rehabilitación de personas en esa llamada tercera edad, que es uno de los tantos eufemismos para ocultar la vejez, que es período de intensa soledad y de análisis desnudo de que nos quedamos solos, cada vez más solos, entre recuerdos y reclamos que nadie quiere compartir.

Los viejos son impertinentes ¿y quién no lo es?. Son egoístas, son acaparadores, son aburridos, son tristes, son demasiado reflexivos y desconfiados. Es cierto. Y ¿quién no llegará también a todo eso?.

Y, los viejos, nuestros viejos con la memoria perdida en lo que fue real y fue imaginario, simplemente quieren vivir una vida normal, en que la comunicación fluya, en que no se hable en clave, en que no se susurre para que no oigan y entiendan, en que se les extienda una caricia y se les diga bienvenidos.

Nuestra sociedad no es industrial, no tira al desecho lo que no tiene valor utilitario, tiene mucho de aprecio a quien produjo y ha producido. No olvida fácilmente, cree que en la conversación se llega al entendimiento y al acuerdo.

Por eso cabe un llamado hacia el anciano o la anciana de la familia .

No puede ni debe ir al tarro de la basura o al grafismo de un cheque. Merece una visita, una compañía constante, un paseo, una tertulia infinita, una consideración humana, por más estorbosa, por más necia y por más reclamante que sea.

La vejez es un estado de todos, lo mismo que fue la niñez, la adolescencia y la madurez. Es la inexorable suerte o mala suerte de los que llegan a ser viejos y les toca examinar lo que fue e hicieron con sus vidas.

La inevitable vejez es el futuro de cada ser humano. No seamos con ella, lo que no queremos que nos suceda a nosotros.

Un tiempo, una sonrisa, un gesto comprensivo, una ventana de amplia perspectiva, una paciencia de devenir y una generosidad presente es lo que espera la humanidad. No una presencia de pretextos, que es la cárcel misma o el destino de tu propia vejez inevitable.

No se hacen amigos en la falsedad de la anuencia. Se hace amistad en la contradicción, en la disputa y en la discusión. No se nace hijo de quien nos limita, sino de quien nos alienta. No se brinda acogida a los que nos "bajan el piso", sino a los que nos afirman y nos hacen crecer sin lisonjeras tramas. No se quiere a quienes nos dejarían solos en el momento crucial, sino a los que nos apoyan porque tienen algo de fe y persisten en su fe, aún en las peores caídas.

Nadie consciente de lo que es la vida, puede dejar a alguien porque simplemente es viejo. La vejez es apertura absoluta a la compañía, aunque

la respuesta sea el correspondiente al inevitable monólogo de la vejez: yo y yo y yo.



LA EDAD Y LAS MUJERES

Es un lugar común que las mujeres evitan por todos los medios posibles que se conozca su edad exacta. Es más, una industria de cremas y cosméticos se encarga de aparentar otra edad, así es que los años ciertos se tienden a esconder con más desvelo.

Sin embargo la realidad cuando se acepta y se vive, resulta muy grata. Los ambientes, las relaciones, las adaptaciones se hacen agradables. Tal vez hasta se dan cambios de gustos y de costumbres, que también traen cosas buenas.

El haber vivido y el contar las experiencias, los viajes, los encuentros, las lecturas, los errores, representan un gran placer cuando cada suceso se revive a profundidad y nos enseña una cara en que no tienen importancia las arrugas.

Hay muchas anécdotas sobre los esfuerzos de las mujeres por quitarse los años. Una compañera del trabajo internacional respondió 50 años, ante la pregunta de cuántos tenía con una frescura de olvidarse de 10, cuando se la despedía

en el Aeropuerto y se le estaba llenando uno de esos formularios repetitivos y necios de los viajes. Rodeada de los discípulos y compañeros que la despedían, oyó con horror otra pregunta: ¿En qué año nació? Se apuró en la resta de 1981 menos cincuenta y contestó con sonrisa: en 1921. Los sesenta reales se negaron a mentir y los acompañantes generosos y corteses le comentaron que parecía más joven.

Una escritora salvadoreña de gran valía, Claribel Alegría, tiene la costumbre de decir su verdadera edad, sin un año más ni un año menos. Así le confesó a Luisa Mercedes Levinson que había cumplido ya sesenta años.

Luisa Mercedes le comentó: ¡Qué barbaridad Claribel! Ya nunca más le voy a tener confianza, porque una mujer que confiesa su verdadera edad no es digna de confianza.

Se supone de acuerdo con el comentario de Luisa Mercedes, la estupenda escritora argentina, que es parte de la estrategia femenina detenerse en algún decenio aunque la cara y el cuerpo proclamen otra cosa.

El problema más grande con estas cosas de la edad lo tuvo Raquel Tibol con su biografía de Frida Kaló, la gran pintora mexicana, esposa de Diego Rivera. Frida cuando estaba cerca de los trece se enamoró de un niño menor que ella en dos años, entonces decidió quitárselos para quedar parejos.

Eso nunca lo confesó y se quedó por el resto de su vida con dos años menos.

El dilema para Raquel estribó en que en ese periodo es casi increíble el recorte de la edad, por lo innecesario. Entonces dio por cierto que a los

15 años reales de Frida, pero 13 producto de la resta, escribió unos poemas amorosos que califica de una inmensa precocidad erótica de la pintora y así lo señala en su biografía. Ahora que está preparando una segunda edición de su libro, debido a la mentira de una niña enamorada, ha tenido que reescribir toda la primera parte.

¿Cómo supo Raquel Tibol la verdadera edad de Frida Kaló? Fue realmente fácil. Una compañera de infancia de la pintora leyó el libro y la llamó para comentarle algunos puntos. Uno de ellos fue el de la edad. ¡Ah las compañeras de infancia y de escuela que no se olvidan de las primeras comuniones, de los años en que ingresó a la escuela y la fecha exacta en que se terminaron los estudios primarios! Además también se acuerdan cuándo y cómo no se aprobó determinado grado. Eso nos demuestra que es un poco aislante la fantasía de esconder algunos años, no sólo por la evidencia de figura y cara, sino por esa memoria de compañeros y parientes que aparecen en las grandes ciudades y abundan en las pequeñas.

Peor es el caso de las mujeres chinas, que al igual que los hombres, nacen ya con nueve meses de edad. Una costumbre igual para el occidente motivaría enormes protestas de ambos sexos.

¡Qué daño el de los años!, dijo el poeta. Según como se vea y se aprecie, la afirmación puede ser cierta. El tiempo no se devuelve ni se atrasa, tampoco se adelanta. La angustia de los años a veces falsea la realidad y apura penosamente la edad que se debe vivir naturalmente. Hay jóvenes que se sienten viejos y hay viejos lindos que siempre son niños.

ESCRITORAS CENTROAMERICANAS

Centroamérica, en estos momentos, evoca injusticia, violencia, guerrilla, revolución y contrarrevolución, inestabilidad y conflicto permanente.

No estamos en los periódicos con las mejores imágenes ni en los noticieros con las escenas de paz y de quehacer cultural que todos aspiramos.

Por vocación deseo plantearles el cuadro centroamericano con un ligero vistazo de las mujeres escritoras centroamericanas. Por supuesto no pretendo hacer una enunciación del tipo de directorio telefónico, ni agotarlos con citas de nombres y de obras que van abonando el olvido.

Sigo el orden del mapa que nos dibuja cualquier libro de geografía.

Guatemala, un nombre que recuerda de inmediato *El Popol Vuh*, el libro nacional de los quichés, el más rico legado mitológico, la más asombrosa reliquia del pensamiento aborígen

centroamericano. El nombre nos acerca a una de las más bellas altiplanicies del mundo: Chichicastenango, Atitlán, Sololá, Quetzaltenango y Huehuetenango, donde millones de indígenas siguen sus tradiciones culturales, y trae la visión de Tikal, la ciudad maya que brilla entre la selva más espesa. Pero también nos recuerda tiranía, matanzas, abusos de poder, militares, un intento de democracia apagado y en la actualidad el asesinato común y diario a plena luz del día.

Una mujer, una escritora, Alaïde Foppa, escoge el camino voluntario del exilio y se instala en México. Su casa ahí se convierte en un centro de tertulia, ella da clases de italiano y de su literatura, es de origen itálico: padre italiano y madre guatemalteca. Viaja lo menos posible a su país, maneja desde afuera las haciendas que tiene de café. Un día de diciembre muere su esposo en un accidente, ella le ha prometido llevar sus cenizas a Guatemala. El es de apellido Solórzano, hermano del escritor guatemalteco Carlos Solórzano, quien vive en México, también exilado desde la caída del gobierno democrático de Jacobo Arbenz. Alaïde pide garantías de respeto a su viaje. Tiene un familiar en el gobierno militar. ¿Por qué no se la va a respetar? No es una mujer política, es una intelectual, una poetisa, una traductora de poemas de Miguel Angel, una señora de alta burguesía guatemalteca, una mujer de sesenta años.

Al día siguiente de su llegada, el 19 de diciembre de 1980, cuando ya alista su regreso a México compra algunos regalos en un mercado de artesanías en el mero centro de la ciudad de Guatemala, a mediodía la secuestran. Los testigos ase-

guran que se la llevaron viva, pues los raptos, vestidos de civiles y portadores de armas, sólo hirieron al chofer.

Desde esa fecha en adelante no se sabe nada más de Alaíde Foppa, a pesar del movimiento que se organizó a nivel mundial para presionar a los militares de turno que hicieran algo por su rescate. A los intelectuales que pedimos investigar lo sucedido con ella, nos negaron la visa.

En Guatemala no hay cárceles, sólo hay desaparecidos y asesinados.

El Salvador, ese país diminuto, activo y trabajador como ningún otro en Centroamérica, tiene la historia más violenta que se haya podido imaginar, sólo comparable con algunos episodios de "*Cien años de soledad*".

De esa nación surge la escritora Claribel Alegría quien por supuesto vive en el exilio. Claribel tiene siete años cuando treinta mil campesinos fueron asesinados en El Salvador. Dice ella misma que recuerda "*con afilada claridad cuando los llevaban en grupos de tres o cuatro con los pulgares atados detrás de la espalda*" a la Guardia Nacional para recibir los tiros de gracia.

A esta autora se le ocurre escribir una novela sobre esa masacre que sucedió en 1932. Se llama *Cenizas de Izalco*. Desde el momento en que se publicó ya no pudo vivir más en su país, porque en El Salvador es prohibido contar la propia historia de su pueblo.

La situación actual ya la conocen todos ustedes: el asesinato "in crescendo". Después del crimen de Monseñor Oscar Arnulfo Romero, conocido en vida como la voz de los que no tienen voz en el Salvador, ya no hay respeto para nadie.

Honduras tiene también un tesoro arqueológico en Copán, ciudad de templos mayas a la luna y al sol. Es el país de peores condiciones sociales en el Istmo, por ejemplo en un salón de su principal hospital es fácil encontrar cuarenta niños agonizantes, víctimas de cirrosis por hambre.

En Honduras, en donde también hay desaparecidos y crímenes, vive una gran escritora: Clementina Suárez, de ochenta y tantos años, casi noventa, sin miedo alguno a la muerte y a la violencia, que declara en periódicos y en cualquier foro en que se le dé oportunidad: "*Ya Honduras no existe, ahora esto es sólo una base norteamericana*". El pueblo la quiere y la respeta, ella se lo ha ganado con su poesía y su vida. Es independiente y goza aún de su autonomía intelectual, trabaja por la cultura hondureña en su pequeña galería de arte en la parte vieja de Tegucigalpa, llamada "La Olla".

Nicaragua es tierra de terremotos fuertes, que por sí solos no pudieron desestabilizar la larga tiranía somocista. Hubo una revolución y ahora hay una contrarrevolución, en que se lucha por zonas de influencia y por ese bendito conflicto que se nos ha enclavado en tierras pobres, con problemas muy propios: el conflicto del este y del oeste. Por más que revolvemos los puntos cardinales, nadie acierta con la brújula que señale: norte y sur. Nadie quiere oír y ver la verdad: el mundo industrializado nos compra cada vez a más bajos precios y nos vende cada vez a mayores precios, dominan los gastos invisibles de la banca y de la comunicación, nos invaden culturalmente con un bombardeo sin tregua por los

medios de masificación pasiva y negación de nuestra entidad, nos imponen medidas de orden económico mundial que son un llamado a la rebelión interna, y dada esa rebelión nos ofrecen armas y nos entrenan el personal de seguridad, que muy pronto se convierte en el ejecutor institucionalizado de la violencia.

En esa Nicaragua, la dulcemente violenta como dice Julio Cortázar, hay una brillante gama de escritoras que conjugan su labor literaria con las tareas del gobierno y de la defensa.

Menciono a una de ellas: Rosario Murillo, compañera del Presidente Daniel Ortega, quien no actúa como Primera Dama de la República porque en esa nación de poetas se suprimió esa cursilería, sino como una trabajadora más del pueblo nicaragüense. Como tal trabaja en un suplemento cultural, actúa como ejecutiva de la Asociación de Artistas y le roba tiempo a todas sus obligaciones para continuar con su poesía.

Es la mujer política, comprometida, idealista, que no abandona su oficio de escritora, frente al que es tan exigente y severa como el escritor más profesional de esta época.

Costa Rica es nombre irónico, somos pobres y ni parientes ricos tenemos. Costa sí poseemos, en ambos mares: el Atlántico de los descubrimientos y el Pacífico de las aventuras y de los acortamientos con su saldo de canales y de las historias de canales y oleoductos que nos han llevado a nuevas luchas de independencia. Por cierto que esa palabra, independencia, resulta casi utópica en estos momentos, ante las circunstancias actuales y este mundo orientado hacia el culto de la necrofilia, absolutamente preparado pa-

ra destruirse, pendiente de las paciencias y de las habilidades de diálogo entre dos estructuras de poder demasiado envanecidas en su poder.

En esta Costa Rica, neutral y tranquila, neutral porque lucha por serlo a pesar de las múltiples presiones, y tranquila porque lleva años trabajando por la justicia social, voy a citar a tres mujeres. Quiero advertir que no me alargo en la cita por ser éste mi país, sino porque las tres abrieron campo a las demás mujeres que escogieron el hostil oficio de escribir.

La primera de ellas, Carmen Lyra, tuvo la habilidad de introducir el particular habla del costarricense, esa forma de apoderarse del español y hacerlo propio. Con *Los cuentos de mi tía Panchita*, de tradición española, con versiones que nos descubren nuestra imaginación, nuestra malicia, nuestra travesura y nuestra ingeniosa y cruda forma de decir.

Carmen Lyra muere en México. Exilada de Costa Rica, fundadora del Partido Comunista y maestra de una generación importante de escritores costarricenses, entre los que destacan Joaquín Gutiérrez, Yolanda Oreamuno, Fabián Dobles y Eunice Odio.

Yolanda y Eunice también murieron en México, en un exilio voluntario, vergonzante y angustiante para nuestro país, porque no se las comprendió ni se les dio estímulo alguno, más bien fueron objeto de burla o alimento de la chismografía en el estrecho San José que las vio horrorizado y puritano recorrer sus calles.

Yolanda introdujo la literatura costarricense en la nueva narrativa universal, con su única novela conocida *La ruta de su evasión*. El hecho

de ser mujer, diferente a la pasiva y a la confinada ama de casa, la ató a una leyenda de anécdotas que la liquidó físicamente.

Con Eunice Odio, más atormentada en lo interior, quien se inició a la poesía con un lenguaje japonés y cubista que sólo movía a la burla y terminó con un lenguaje de surrealismo místico, en que comulgó con los grandes visionarios de todos los siglos, la poesía latinoamericana se encontró con una adelantada de la palabra y de la imagen.

Ellas, las tres, con sus episodios de sangre abierta y derramada, abrieron las puertas a las demás escritoras costarricenses, entre las que hay buena y malas, autorizadas por ese sufrimiento y dolor vivo de las tres, a luchar por lo eterno y lo eterno de la fugacidad.

Panamá suena al son de la fiesta de la gran tienda libre, donde se puede adquirir el último adelanto universal y con gran suerte introducirlo sin pago de impuestos al país natal. Es la vía a la salida de divisas hacia los países del norte, el ámbito de la Suiza bancaria, la fuga del endeble ahorro centroamericano, estación simulacro de Miami y de New York, o tal vez Europa. En todo caso es tránsito siempre hacia la atracción del norte.

Y, sin embargo, el Panamá real es un Panamá diferente, un Panamá en lucha por conservar su cultura y acrecentarla.

En ese Panamá vive y escribe una excelente narradora, Gloria Guardia, quien combina su oficio con el de periodista. En su novela *El último juego* nos narra con acertada habilidad un asalto guerrillero del comando Urraca, sobre la resi-

dencia de un alto funcionario panameño, negociador de los tratados sobre el Canal, que tanto ha costado a los panameños empezar a recuperar.

Este panorama centroamericano a través de las escritoras, creo que acierta en la lucha vital de un quehacer constante, quizás desconocido en el sur, dentro de circunstancias riesgosas, a veces con enfrentamientos muy peligrosos, castigados con la desaparición, el exilio, la persecución, el desconocimiento y la falta de estímulo.

La escritora centroamericana, como su pueblo, escribe su obra en medio de la soledad y el dolor, en medio de la injusticia y la violencia, pero no olvida el poema de la poetisa salvadoreña Claudia Lars:

*"La vida siempre será la vida
dejando una sonrisa que no
se olvida
en el lugar en que todos somos
todo".*

En ese lugar en que todos somos todo, en la intimidad más absoluta, hay siempre en las mujeres una sonrisa, muy dulce por cierto. Debe entenderse en su significado más profundo: noble esfuerzo por unirnos y conocernos, por entender que ya no pueden haber preámbulos, que debemos ser amigos ya, sin esperar presentación ni formalismo, como esa invitación permanente que nos hace María Elena Walsh: *"Dame la mano y vamos ya"*

CONEXIONES EN COSTA RICA

La firma Taggart Communications, con la dirección del apartado 1140 del Centro Colón, publica un folleto, que es bimensual, con el título "*Costa Rica Connections*". Su precio para la venta es de U.S. \$30.00.

El número que he tenido oportunidad de conocer es el de primavera - verano de 1983. Supongo que ya estará en circulación el de otoño - invierno de ese año.

Lo que ofrece el folleto, especialmente para hombres norteamericanos de 60 a 70 años, es una lista de jóvenes mujeres costarricenses, ansiosas de compartir con ellos.

Es realmente indignante que se permitan este tipo de publicaciones en un país como el nuestro, en que tantos esfuerzos se hacen para respetar la dignidad humana.

La información es una encubierta trata de blancas, en que se presenta a las mujeres deseosas de complacer y aficionadas a los hombres

norteamericanos, dispuestas a obedecer y a satisfacer.

¿Cómo se logró la información? Aparentemente se vendió la esperanza: se publicaron avisos en que se demandaban personas que quisieran establecer correspondencia con ciudadanos de Estados Unidos. Muchas mujeres respondieron, esperanzadas de conocer a un gringo y así conseguir el sueño de su vida: un hombre responsable, un buen apartamento y un ambiente agradable, lleno de comodidades, la imagen del clisé norteamericano que tanto difunde la televisión. Al responder se les hizo llenar una tarjeta, en que se pedían datos como éstos: apellido, nombre, edad, altura, peso, color de los ojos, estado civil, día de nacimiento, ocupación, intereses favoritos, cualidades que aspiran de los hombres, conocimiento del inglés, dirección y número telefónico.

En el directorio, que se introduce con instrucciones para su manejo, la firma Taggart se exime de responsabilidades sobre el contenido de la información, porque explican que se publica con base en las "legítimas solicitudes" de mujeres que aspiran conocer a hombres norteamericanos. Además de irrespetuosa la tal firma, resulta irresponsable.

En el listado aparecen mujeres entre 16 a 50 años, pero las que alcanzan esa edad son una minoría. Abundan las jovencitas, estudiantes de secundaria, quienes aspiran conocer a un hombre joven, serio y profesional. Por supuesto, desconocen que se las están recetando a los viejecitos.

Lo curioso es que un porcentaje relativamente alto de las mujeres listadas, tiene profesión

universitaria, y sólo aparecen pocas mujeres trabajadoras domésticas o que declaran realizar oficios domésticos. Podría interpretarse que nadie se salva de los sueños ilusos o de las esperanzas de un marido gringo.

Evidente resulta que ninguna conoce los propósitos de la publicación, que sólo propone mujeres para un rato, como una aventura más de unos días de turismo, y que las presenta como mujeres que reconocen que "el hombre es el rey de un castillo y que su palabra debe ser respetada y obedecida", casi como en la Edad Media.

He pensado mucho al escribir este artículo, pues me preocupa que el grado de corrupción sea tan alto en nuestro país, que en vez de producir indignación por el abuso y el irrespeto de esa firma norteamericana, vaya a resultar en propaganda para ella. Sin embargo lo hago porque estoy todavía segura de que hay mucha ingenuidad en nuestro pueblo y de esa ingenuidad en múltiples casos abusan quienes se establecen en esta tierra.

Por eso y porque me llena de santa indignación el "vivo tirándose al tonto", hago esta denuncia. Además, creo que la mujer costarricense es digna de todo respeto y ella es la que más ha contribuido a hacer de este país un oasis de paz y de democracia en esta convulsionada Centroamérica.

Cada quien tiene derecho a soñar con quien quiera, pero que de ese sueño se abuse para ofrecer servicios de "entretenimiento", es como abrir voluntariamente la puerta para que roben o asesinen.



A veces pienso que todos somos responsables de situaciones como la descrita, por ese afán de consumir sin medida, por esa devoción al dólar que nos encandila y por ese querer la vida más fácil posible. También son responsables las autoridades que permiten negocios como el de Taggart Communications, y el Instituto Costarricense de Turismo que ofrece la imagen del país con una esplendorosa playa y una joven mujer bronceada en el menor bikini, con el slogan: *"Disfrute de Costa Rica"*.

PARTE III

MUJER PERSONAJE

UNA MUJER MUCHAS VECES PINTADA

Clementina Suárez es la mejor poetisa hondureña y una mujer a la que respeta todo su país y el continente americano.

Continúa, a la edad de 89 años, siendo una eterna viajera. Cuesta encontrarla en Tegucigalpa, pero es fácil toparla en el pasillo de un avión rumbo a Norteamérica o a Europa.

De ella dijo Miguel Angel Asturias: *"Clementina jamás será una poetisa, es todo un poeta"* Clementina agrega: *"Yo no soy un poeta. Yo soy un ejército de poetas"*. Claudia Lars expresó: *"Debo a Clementina Suárez la primera llamada, en mi arte, hacia lo colectivo. La primera sacudida a mi sopor egoísta. El primer abrir de mis ventanas interiores"*. José Rodríguez Cerna escribió en el prólogo de uno de sus libros: *"Es la muchacha más loca, más buena y más lírica de Honduras"*. Don Abelardo Bonilla nos advirtió: *"En Clementina Suárez, como en el Exlibido de Julio Antonio, vibran los dos polos supremos de la vida:*

mística y carne, igualmente puras, igualmente humanas, igualmente fuertes. Pero además, Clementina Suárez crear y al crear, realizar esos dos polos. De aquí el secreto milagroso de su arte: espiritualizar lo sensual, sensualizar lo espiritual".

Y de ella se dice en Tegucigalpa que es la Isadora Duncan de Honduras. Le han inventado miles de leyendas, y Clementina, con su excelente sentido del humor, nos ha contado algunas: *"Por cierta época se decía en Tegucigalpa que yo tomaba el sol desnuda en la terraza, cuando mi casa no tenía terraza. Otra vez era un diputado que insistía que le enseñara un cuadro en que según él aparecía yo desnuda"*.

La escritora es más que una leyenda. Nació en casa rica, en Juticalpa, Departamento de Olancho. Pasa su infancia en los corredores coloniales de la estancia y la imagino compartiendo con los campesinos, conversando con ellos, apreciando la naturaleza de esa bella región hondureña. A los 15 años empieza a escribir y publicar en revistas. Muy jovencita se traslada a Tegucigalpa y de ahí al mundo.

En la contraportada del libro *"Clementina Suárez"*, muy sintéticamente se cuenta algo de su vida: *"Es una madre soltera, tiene dos hijas, Alba y Silvia. Contrajo matrimonio con el poeta Guillermo Bustillo Reina, hondureño y posteriormente con el pintor salvadoreño José Mejía Vides, divorciándose de los dos, únicamente le interrumpían su carrera, y su forma de pensar y vivir"*. Pocas veces me he reído más que oyéndola contar las anécdotas de sus matrimonios y divor-

cios, ya que es incapaz de soportar el menor detalle que limite su libertad.

Ella confiesa: *"Tuve la dicha de ser criada por un padre comprensivo que me enseñó a ser libre. En mi vida no he tenido cortapisas, he vivido con desenfado total. Siempre he producido escándalo por mi forma de ser completamente libre de prejuicios. Nunca me ha importado lo que opina la gente, cosa que me ha permitido sentirme libre. Ahora bien, nunca he confundido el libertinaje con la libertad".* Además, agrega: *"Al amor nunca he pedido condiciones, he querido a un hombre entregándome totalmente y me he retirado dignamente sin ofender".*

Clementina Suárez es la mujer más pintada del mundo, más que una modelo profesional. En su galería, en el barrio La Hoya, tiene más de cien retratos y varias esculturas. Una periodista española le preguntó, bastante impertinente por cierto, a qué se debía toda esa colección de retratos si Clementina no era una belleza. Ella contestó que en su búsqueda del color se pasaba metida en estudios de artistas, quienes se familiarizaron con su figura y la utilizaron como modelo.

Dos óleos de Francisco Zúñiga nos dan la Clementina de la década de los 30. Francisco Amighetti la dibuja y pinta a lo largo de los años, hay dos acuarelas de 1947 hechas en México, un óleo de la escritora muy joven, y dibujos de 1981. Entre los pintores que la han retratado están también Diego Rivera, Fernando Leal, Jorge González Camarena, Miguel Ángel Ruiz, José Mejía Vides, Ricardo Bárcenas, Benigno Gómez, Carlos Garay, Gelasio Giménez, Mario Castillo, Juan Ra-

món Lainez, y muchos más. Incluso el escritor guatemalteco Augusto Monterroso le hizo una caricatura.

Lo más curioso de esta estupenda colección de retratos, es el hecho de que cada pintor la interpreta a su manera. Francisco Zúñiga y Amighetti son realistas y en cierta forma la transparentan en su dulzura y en su furia. Otros recargan los trazos africanos de Clementina y otros los indígenas. Unos la idealizan y todos buscan descifrar el misterio de esta mujer talentosa, valiente y absolutamente desprendida de prejuicios.

Conozco de Clementina varios libros de poesía: *Corazón sangrante*, *Veleros*, *Tiempos de fuego*, *De mis sábados el último* y *Creciendo sobre la hierba*. Puedo afirmar que por su poesía trepan pueblos, pájaros y semillas, así como el amor, las angustias y la muerte. No en vano ella dice:

*"La palabra iba suelta
en el aire
indestructiblemente
dentro de mi llanto"*

En 1971, hace ya 14 años, le otorgaron en Honduras el premio de Literatura y tuvo tentación de rechazarlo porque el reconocimiento le llegó demasiado tarde. Sin embargo, lo aceptó porque se lo merecía.

Y esta mujer tantas veces pintada, ¿cómo se pintaría ella misma si tuviera la habilidad de hacerlo? Creo que no tendría otra alternativa que seguir lo que de ella escribió Salarrué: *"eres como la hoja al viento, tienes mucho de pájaro. Des-*

pués serás tierra, después hierba fresca. ¿Quién sabe?"

¿Hay algo más libre que una hoja al viento? Ya ni siquiera tiene la obligación de crecer.

Pero ella se ha pintado en otra forma. Oigámosla: "No me considero poetisa, no soy ni cursi ni sentimental, ni hago versos de amor de esos que se hacen sólo cuando uno se enamora, trabajo con profesionalismo y por vocación auténtica. Amo la poesía, mi poesía, al grado que he dejado todo por ella".

DINORAH BOLANDI UN CASO EXTRAORDINARIO

Si fuera por la misma Dinorah, nadie sabría de ella, ni de su pintura. Callada, inteligente, sensible, prefiere el silencio a la bulla, prefiere el nombre al renombre, prefiere trabajar en paz, por el placer de hacerlo, sin exhibir, ni buscar reconocimiento, ni crearse problema alguno que no sea el de su verdadera vocación a la más absoluta sencillez.

Todas estas decisiones de Dinorah, tomadas desde muy temprano, corresponden a una vida sabia y humana.

Hija de don Walter Bolandi, músico y cineasta, y de doña Marina Jiménez, pianista destacada, encontró un hogar que estimuló su sensibilidad. Ya en la escuela las maestras se asombraron por su habilidad en el dibujo, y tuvo oportunidad de recibir clases especiales con Fausto Pacheco.

Deseosa de saber más, sus padres la enviaron a Estados Unidos.

Ahí hizo sus estudios secundarios, pero no pudo pintar. El paisaje plano de Oklahoma la desesperaba.

Le hacían falta sus montañas, nuestras montañas. Decide no regresar todavía y viaja a Nueva York, con el deseo de ver la pintura grande. La gran ciudad la absorbe, aprende en las calles, en los museos, en las galerías, en la Liga de Arte y en los estudios libres en que dibujaba y creaba. Para sostenerse, trabaja en lo que puede.

Considera que lo que verdaderamente enseña es vivir en un lugar como Nueva York, donde hay oportunidad de ver arte y la actividad artística va formando y madurando tanto en el oficio como en el sentido crítico. Ella misma dice: *"Las técnicas y la forma de hacer las cosas, se aprenden en libros. El sentido crítico sólo se aprende viviendo mucho y observando más"*.

Después de 11 años regresa a Costa Rica, trabaja en fotografía y artes gráficas. Pasa en este último campo dos años trabajando en Chile y regresa de nuevo, para dedicarse a enseñar y pintar.

En silencio pinta y su obra va creciendo fiel a su exigencia crítica. Para ella pintar *"es siempre otro encuentro conmigo misma"*. Es ella frente al desafío de la creación que aparece al enfrentarse con una tela blanca: *"cuando pinto, con un color muy tenue, recorro la tela acostumbándome a sus límites, sintiéndola, liberándome del miedo, buscando el punto de partida"*.

Esta confesión de miedo ante el comienzo, nos revela el hecho de que por más dominio que tenga un artista de las técnicas y de la composición, siempre un nuevo espacio representa la in-

certidumbre del encuentro con el acierto. *"Trabajo la totalidad por etapas hasta alcanzar la nitidez". "Como en la niebla cuando algo se aproxima"*, qué expresión más bella para enseñarnos sobre ese extraño momento en que de repente se definen las cosas, ese momento en que la luz se da, se sale del intento y el cuadro se perfila.

Y sobre ese sentido estricto de crítica que se le señala a Dinorah, ella nos dice: *"Soy exigente, pero no más que cualquier persona que trata de expresarse por medio del arte. Al mayor esfuerzo y rigor se le escapan imperfecciones. Años después con asombro las descubrimos. Sólo tengo el sentido crítico que todo artista necesita para guiar su producción. Mi mejor crítico es la obra lograda, por eso prefiero conservarla"*

Cuando se le reclama que pinta poco, ella confiesa: *"Por tiempos me he dedicado a otras actividades, también viviendo entre imágenes y colores, sin dejar ese mundo maravilloso que por medio del arte, un día descubrí para siempre"*.

Le pregunto sobre la diferencia entre sus paisajes y retratos, y Dinorah contesta: *"Hay diferencias entre mis paisajes y retratos. En el paisaje, un árbol puede ser un triangulito verde que parezca un árbol. Pero todavía no he podido hacer un óvalo azul o negro que se convierta en una mirada profunda e inquietante que acentúe la personalidad del modelo"*.

Es indiscutible que en el arte de Dinorah se ha conjugado la disciplina, el razonamiento estricto, depurado y serio, con la emoción que ella transmite al crear una obra de arte. Logra un balance perfecto entre oficio y creación, entre forma y contenido, entre rigor y sentimiento. Su

obra gira y es una composición total, que no admite el relleno ni la improvisación. El detalle es importante porque también participa y forma parte del todo. Por eso Dinorah trabaja cada espacio con la misma intensidad e interés, cada pincelada está meditada.

Por medio de la observación y su mirada penetrante, atrapa esa gama sutil de matices que le es característica, la luz y el color de nuestras montañas. En su luz no hay estridencia. Existe la medida justa de la belleza: el color va cambiando de matices y logra la atmósfera necesaria. Un juego de tonos instrumentaliza una armonía casi musical.

Dinorah da una pintura íntima, que se regocija en el detalle y no obstante que usa formas planas y elude la marca de la pincelada, al final obtiene la limpidez y la claridad. Su pintura es un arte sin rebuscamiento, por lo que nos recuerda que es siempre dentro de la simplicidad que se dicen grandes cosas.

En sus cuadros, Dinorah abre el ritmo y lo cierra con igual gracia, tal como si fuera una vivencia muy íntima que se abre a todos para que todos encontremos nuestras propias vivencias.

Síntesis y ritmo son las palabras claves para contemplar y admirar su obra. Además: honestidad. Todos sabemos que Dinorah dirá honestamente lo que piensa ante su pintura y la de otros. Y su pensamiento enriquece porque está lleno de poder de análisis. Detrás de sus cuadros se siente la música y la danza. Sus montañas bailan belleza. Sus árboles se mueven con ritmo. Sus nubes caminan en el cielo. Su cesta se desplaza armoniosamente. Sus calas danzan en juego

de colores claros y los lirios se abren como si el viento los alcanzara. Todo tiene una fuerza de imán que hace inolvidables sus cuadros.

Pero conviene destacar sus sencillos cementerios, tranquilos, naturales, parte de la vida misma, sin que nos atemoricen en forma alguna, sino que nos invitan a participar de su paz, esos cementerios que son un canto a los misterios que entraña vivir.

Y a la pregunta de qué busca Dinorah en sus paisajes, responde: *"Mis paisajes son una síntesis de elementos que encuentro en la naturaleza y trato de ordenar armoniosamente. La montaña es difícil de captar. Por su magia. No hay dos días en la vida de una montaña que se parezcan. Cuando pienso que la he logrado, desaparece, al final queda su espíritu, el gesto del momento. Hablo de la montaña porque me atrae, me rodea. Pero todo en la vida es mágico, inestable, en constante transformación. Y así es una persona, igual que la montaña"*.

Dinorah Bolandi también agrega: *"Busco al pintar resolver problemas de composición afines a mi sensibilidad, a mi necesidad de equilibrio. Porque lo otro, lo inesperado, lo irracional, eso escapa a la intención, lo esencial, lo que nos habla de nosotros mismos, al final aparece inevitablemente"*. Esto que afirma es fundamentalmente cierto en todo tipo de obra, porque hay algo que surge imprevisible, quizás como mensaje secreto y latente, que se va descubriendo y redescubriendo como si al fin intención - comprensión se fusionaran.

Realmente el caso de Dinorah Bolandi es extraordinario, por su enorme capacidad creativa,

por su profundo acierto en el arte y en la crítica, y por tenerla sin cuidado algo que altere su vocación a la vida sencilla, sin preocuparse jamás por el elogio momentáneo o el reconocimiento circunstancial.

Tanto es así que estoy segura de que me regañará de manera muy cordial y amistosa por estos comentarios.

CHAVELA VARGAS Y EL ALMA POPULAR

¿Cómo se llega a captar el alma popular al punto de convertirse en símbolo de un pueblo? Hay algo de misterio en ese absorber el acento nacional y transmitirlo con fuerza, con estilo y con sinceridad. Más misterio se da todavía cuando el artista no nació en el país al cual va a simbolizar por medio de interpretaciones en que vibra y se reconoce toda una nación.

Ese es el caso de Chavela Vargas, costarricense de origen y de nacionalidad universal, con un hondo acento mexicano, del que ha saltado a canciones de otros países.

Chavela nació en San Joaquín de Flores y cantó con otros niños en el coro de la iglesia. Tímida de carácter, con explosiones y atrevimientos propios de los muy tímidos, un día se animó a cantar en radio Titania del inolvidable Chachalaca. También lo hizo en la boda de sus amigos, doña Mima Montero y don Eladio Trejos. Con el trío de Mario Chacón se aventuró en serenatas y presentaciones.

Un día, en silencio, a los dieciséis años se fue para México a probar suerte y al principio no la tuvo, pasó años duros en que sólo se le reconocía buena voz, pero sin estilo. A la pregunta de cómo se pasa del anonimato a la fama, Chavela contesta que es un momento que se vive y se realiza sin darse mucha cuenta, de un pronto a otro, casi se amanece inesperadamente a la par de la fama.

Sin embargo, no es tan así. La verdad es que se debe recorrer un largo camino de experiencias y vivencias, para ir perfilando un estilo propio, que capte el alma popular y que entregue la canción al pueblo en tal forma que cada uno sienta que se le está cantando de manera individual.

Chavela ha llegado a ser una Piaff en su estilo y el pueblo mexicano la reconoce como su cantante, la gran intérprete de la canción mexicana. Para localizarla en México, hay que abandonar el carro propio y buscar un taxi, conversar con el taxista y preguntarle dónde está cantando la Vargas. Para saludarla después de la función, hay que hacer una cola de hora y media, mientras se observa la emoción de los que la esperan, unos con flores, otros con discos, varios con regalos y los más con la alegría de que la cantante simplemente les dé la mano.

Ella nos dice que el mexicano no soporta la mentira en el arte, pues se pasa en lo personal jugando a los volados con la vida y la muerte. La mentira se le dice en otras partes, en la política, en la calle, pero no en el arte. La verdad es parte de su estilo, porque Chavela se supo hacer mensajera de la historia con sus corridos, de la vida cotidiana con sus canciones, del amor con su fra-

seo de entrega, y de la actualidad con sus comentarios atrevidos que le valieron montones de dificultades momentáneas.

En todo caso, Chavela pasa del anonimato a la fama en Acapulco. De ahí se lanza a New York, canta en el Blue Angel, en donde alterna con Harry Belafonte y otros muchos intérpretes famosos. Es una de las primeras artistas latinoamericanas que tiene credencial de actor en New York.

Luego México de nuevo y de ahí a Europa: España, Francia, Mónaco. Los aplausos y las ovaciones, las críticas y los halagos, los recuerda con determinada filosofía: quiero una lápida muy sencilla, que sólo diga la verdad de la poesía náhuatl: *"nada queda de mí en la tierra"*.

En silencio, siempre en su silencio tímido y de resguardo a su vida íntima, regresó a San Joaquín. Compró una casa y la fue embelleciendo poco a poco, con su enorme gusto por la vida.

A la pregunta de quién fue esa Macorina, una canción compuesta por ella, que ha recorrido todo el mundo, me explica que era una mulata, modelo de pintores y amiga de poetas como Nicolás Guillén. La conoció en La Habana y le impresionó su color canela claro, sus ojos almendrados y la forma en que la admiraban los artistas. Le ofreció una canción y con los versos de Alfonso Camín la compuso. Con una música contagiosa y una letra de acento cubano, la canción dice: *"Ponme la mano aquí, / Macorina, / ponme la mano aquí. / Tus pies de jaba en la estera / que se escapaba tu saya / que al ver tu talle tan fino / las cañas azúcares / se echaban por el camino / como si fueras molino. / Ponme la mano aquí, / Macori*



na, / ponme la mano aquí. / Tus senos carnes de
anón, / tu boca una bendición / de guanábana ma-
dura / y era tu fina cintura / la misma de aquel
danzón. / Ponme la mano aquí / Macorina, / pon-
me la mano aquí. / Después del amanecer / que de
mis brazos te lleva / y yo sin saber qué hacer / de
aquel olor a mujer, / a mango y caña nueva / con
que me llevaste / al son caliente / de aquel dan-
zón".

Cuando cantó Macorina en España, Chave-
la confiesa que el público aplaudía la canción, el
mito y la cantante.

En silencio ahora se va Chavela, rumbo a
Acapulco, para radicarse por allá. Vendió la ca-
sa que se sentirá muy extrañamente habitada ya
sin ella, porque es una creación personal como
sus canciones y sus interpretaciones. Se va un po-
co porque *"nada queda de mí en la tierra"*.

En este caso la poesía náhuatl no dice la ver-
dad. Queda mucho de Chavela en esta tierra, en
México y en el mundo. Queda algo más que la
anécdota personal, la circunstancia alegre o tris-
te de algunos días. Queda algo más que su amis-
tad con Edith Piaff, con la familia Mónaco, con
Diego Rivera y Frida Kaló. Queda definitivamen-
te esa forma de captar el alma popular, de vencer
nacionalismos, de representar al pueblo mexica-
no, de cantar como si le cantara personalmente a
cada uno, de frasear el verso simple, quizás pue-
ril, para convertirlo en poema, tal como lo dijo
de otro cantante, Bola de Nieve, Pablo Neruda,
quien lo llamó *"Corazón sonoro, que hace de lo
popular un poema"*.

En silencio, un silencio de respeto y de admi-
ración, nuestro pueblo la despide. Ella se llevó lo

mejor de nosotros para entregarlo a otro pueblo, en un mensaje de paz, de entendimiento y de convivencia, que es siempre el lenguaje de la creación y de la cultura. Nos enorgullecen su aporte, sus valores y esa forma genial en que captó el alma popular para afirmar en cada quien la alegría de ser latinoamericano.

CARMEN GRANADOS Y LA ALEGRÍA DE VIVIR

Dijo, el poeta español, León Felipe: *"había un hombre que tenía una doctrina, una doctrina que llevaba en el pecho, una doctrina escrita que guardaba en el bolsillo interno del chaleco. La doctrina creció, creció, creció, y se comió al arca, a la doctrina y al hombre que la guardaba en el bolsillo interno del chaleco. Luego vino otro hombre que dijo: el que tenga una doctrina que se la coma, antes de que se la coma el templo, y que su cuerpo sea bolsillo, arca y templo"*.

Ese es el camino que eligió desde muy joven Carmen Granados, se señaló la tarea de vivir con alegría y con fe, se tragó su doctrina y ha hecho de cada paso de su vida esa difícil tarea de ser feliz y hacer lo posible para que los demás sean felices.

Y no ha sido fácil su tarea. Nació en aquella época sin televisión en que las familias llegaban a doce hijos. Ella fue la quinta, y Carmen dice

con frecuencia que no hay quinto malo, como se afirma en el lenguaje taurino.

Hija de Manuel Granados López, quien llegó a tener una fábrica de gorras para estudiantes, y de María Cristina Soto Pereira, quien fue maestra rural y luego la dueña de aquel enorme hogar. Padres alegres, que cantaban y tenían chispa para las ocurrencias.

Carmen hace su primaria en la escuela N°7, dirigida por esa gran figura del magisterio, que fue doña Auristela Castro de Jiménez. Ella la estimuló a actuar y siempre la escogió para papeles de campesina. Ahí interpretó varias concherías de Aquileo Echeverría, a la vez que se le educaba el oído para ir captando toda la sabiduría de nuestro pueblo que se transparenta por medio del lenguaje, en que se perfila el alma costarricense.

Luego ingresa en el Colegio Superior de Señoritas y cursa hasta el segundo año. El destino tiene sus designios: aquel año mueren sus padres. Carmen debe trabajar y ayudar a sus doce hermanos. Con su bagaje de alegría, a pesar de todo, entra como empleada en la Farmacia París, de don Julio Berrocal. Nos imaginamos el ambiente musical de la farmacia, canta don Julio y canta Carmen, las recetas se silban, las cuentas se tararean, las consultas se bailan y las conversaciones tienen acentos de óperas y de operetas.

A los catorce años actúa en el teatro de Fray Angel Alvarez, dominico de La Dolorosa, gran promotor cultural. Representa papeles en comedias de los hermanos Alvarez Quintero, con un conjunto que inició la tradición teatral de nuestro país, entre los que figuran Manuel de la Cruz González, Alberto Castillo, Amparo y Paulina He-

rera Mata, Otto Hutt y el que Carmen considera el mejor humorista de nuestro país, Antonio Chaverri.

Desde esos mismos catorce años, Carmen inicia su trabajo en la radio. Forma parte del Grupo Roxi, que dirige su hermano Efraín Granados, hombre talentoso, quien se ha aventurado en empresas artísticas en Estados Unidos y trae novedades de ese país. Integra un grupo que declama, hace chistes y canta. Carmen se especializa en la interpretación de música popular, especialmente la canción suramericana.

Casi una adolescente, una niña sonriente, forma una pareja radial con Concho Vindas. El es el Concho Vindas y Carmen inventa a su Rafaela.

Los ojos se le humedecen cuando habla de su personaje, que es parte de ella misma, su creación más querida, integrada a su doctrina sobre la alegría de vivir.

Cuando añora ese tiempo, recuerda toda la enseñanza de su hermano Efraín, director exigente, a quien admiraba y temía, como sucede con los grandes maestros. Nos dice que un día, como pasa con las más expertas intérpretes, frente al micrófono se le olvidó la letra de la canción. Con terror no tuvo otro recurso que inventarla y la inventó con tal ingenio que nadie notó la invención. ¿Se puede alguien atribuir esa inmensa capacidad de creación?

Y con esa iniciativa, que es el poder de producir, Carmen forma su grupo de operetas y zarzuelas. En los programas del Teatro Nacional está su fotografía de jovencita, con esos mismos ojos que tiene ahora, llenos de alegría porque se tragó

su propia doctrina. Era una época en que entrar al Teatro Nacional, para ver una zarzuela, en que Carmen Granados maquillada de vieja hacía el papel de característica, sólo costaba un colón. En esa obra actuaban, además de Carmen y de otros, Carlos Palma, Ofelia Quirós, Alberto Castillo y el gordo Ortiz, con la dirección del maestro Nieto.

A un colón, a veinticinco colones, a cien colones, sin casi importarle la remuneración, ahí estaba Carmen Granados lista para darle lo mejor a su público. Y, ¿qué buscaba dar? Alegría, alegría de vivir que es lo esencial para vivir.

Un día murió Concho Vindas y Carmen quedó muy triste. Rafela había quedado sola. Pero era su más querido personaje y había que darle su propio ambiente. En un atrevido esfuerzo creativo lo hace. Rafela es parte de nosotros, porque es parte de ella.

La describe y la hace, que es lo principal, como una mujer del campo que se incorpora a la ciudad, pero como nos pasa a todos los costarricenses no somos ni podemos ser ciudadanos, sino una mezcla entre seres urbanos y rurales. En la ciudad añoramos milpas y almácigos, nuestro verde que es una multiplicidad de verdes, nuestro deseo permanente de lechugas y repollos, nuestro mural de lluvias y humedades, que es el himno patrio a la fertilidad.

Rafela, según sus propias palabras, es una mujer del campo, buena y digna, que incorpora a la ciudad su sana moralidad de campesina. Tiene la estructura vertical de la semilla, que tanto se necesita en estos tiempos. La moralidad de la palabra buena, honesta, que dice la verdad, por más

cruda que sea, sin perder la inocencia que es tesoro de creación y de alegría humana.

Rafela tiene madre y abuela, que siguen viviendo y siguen luchando por vivir, en términos sencillos, quizás milagrosos, en que el esfuerzo y las ganas de superarse son los máximos valores.

Tanto quiere Carmen Granados a Rafela, que afirma *"si me saca un día el premio gordo, dejo todos mis personajes en la radio, menos a mi Rafela, porque tiene tanta vida que me sobrepasa. Estaría tocándome el hombro constantemente y me diría que tiene que decir sobre la ingenuidad de la abuela que piensa inocentemente en los achaques y en los antojos de la Virgen María, o en los pragmáticos consejos de la madre, que no olvida sus pies en el suelo y su colón con otro hace dos colones, que son importantes"*.

Y también Carmen ha creado otros personajes. Uno de ellos es el de Prematura, que representa la integración centroamericana, con la que nos vamos independizando de otras dependencias. Prematura es medio tica y ¿quién en este país no es medio alguien? Su madre, doña Lica, es nica entera, pero conoció Costa Rica y sólo quiere ser costarricense completamente, como todo centroamericano lo querría ser en este momento, porque sabemos desde hace años de la paz, del diálogo y del entendimiento, de la libertad y del respeto ajeno, de la no intervención y del celebrar la alegría ajena como si fuera la propia.

Y ha creado, Carmen Granados, un personaje que nos señala críticamente: doña Vina, la mujer que se maneja telefónicamente, utiliza la tecnología moderna, la que acrecienta su precio el

ICE, institución tan admirada porque confirmó la capacidad nacional en el campo del ingenio que parecía reservado a los países ricos. La doña Vina curiosa, interesada en saber sobre el mal ajeno, desconfiada siempre, de clase social media, con la alternativa de languidecer a la sombra de los demás o de encontrar su propia luz en el examen crítico de lo que acontece. Y esa doña Vina, al igual que otras creaciones de Carmen, nos han agregado palabras que algún día la Academia de la Lengua Española aceptará: vinear. Y dirá que en Costa Rica el léxico se utiliza para todo aquello que es incursionar en la vida ajena. Tal vez no dirá que lo creó Carmen Granados, quien fue una mujer que se tragó la doctrina de contribuir a la creatividad nacional.

Carmen siempre tiene presentes sus malos tiempos, su lucha por el sustento, su fe en la inteligencia, en el buen humor, en la creatividad del costarricense.

Ella cree en el arte de crear y de improvisar. Sus programas los hace sin guión, a punta de proponer una situación y de ahí en adelante inventarlo todo, a manera de expertos juglares que complacen a reyes y pueblos. Es el saber difundir la alegría de vivir que nos reconcilia con el mundo.

Creo en la inteligencia, dice Carmen, porque cada uno es capaz de crear, de inventar, de hacer una historia, de improvisar. Nadie es dueño del silencio, todos sabemos de la palabra y de la ocurrencia.

Por eso odia los libretos, las cosas preconcebidas, fabricadas, y ama la creación y la inteligencia con sus más abiertas posibilidades, por-

que tiene fe en que todos poseemos ingenio y lo único que necesitamos es oportunidad y estímulo para demostrarlo.

Eso es prueba de confianza en este pueblo, que es pueblo de inventiva y de ingenio, de abrir portillos a la ley y de hacer leyes con posibles portillos.

Ha habido una gran laguna en los premios nacionales. Es el de no haber posibilidad de premiar a los grandes valores que contribuyen a reafirmar las tradiciones populares.

La Asociación de Arte y Tradiciones Populares pensó en crear un premio para estos valores. Sin afán de competencia con el Estado, con ese capital invaluable de la buena voluntad y del pequeño esfuerzo, con recursos privados, creó el premio de la *"Huella de Oro"*. Pensó en esas personas que nos recrean y critican, que nos peculiarizan y nos hacen humanos dentro de esas peculiaridades que nos descubren, que nos caricaturizan a la vez que universalizan, que con sus poderes nos desnudan sin humillarnos, que nos empequeñecen para engrandecernos y que nos satirizan para distinguírnos.

Creó un premio llamado *"Huella de Oro"*, que como dijo un periodista representa una huella dejada en el corazón de los hombres.

Y en esta oportunidad de entregar el premio por primera vez, el jurado escogió a Carmen Granados por un hecho vital que parece simple y es bien complejo: contribuir a hacer feliz a los demás, dentro de nuestras mejores tradiciones populares.

Para mí, dice Carmen, el humor es la parte vital de la existencia, los problemas no existen,

las personas no creativas los inventan, afirma. Cree en el aforismo chino que anota: si tu mal no tiene remedio para qué te preocupas y si lo tiene entonces para qué te preocupas.

Ella cree en el poder de la creatividad y lo demuestra con cada uno de los programas de radio, ya sea de Rafela, Prematura o doña Vina. Su vida se basa en la observación y en profundizar la sabiduría popular, porque cree en la trascendencia en vida y después de la muerte. Se enorgullece de haber recibido la comunión en manos del Santo Papa, Juan Pablo Segundo, en su visita a Costa Rica, porque cristiana humilde reconoce la humildad majestuosa de la jerarquía eclesiástica.

Si se le pregunta por qué no se ha casado, contestaría con la misma frescura ruborizada de esa sabia mujer mexicana, María Lavallo Urbina: simplemente porque la última vez que me lo propusieron, yo creí que era la penúltima.

También dirá que todos le dieron sitio en este país, pero pocos su lugar. Entre ellos una maravillosa mujer, que se llama María de Federspiel, a quien reconoce como la chispa de la vida, porque le ha proporcionado los mejores libros, sabedora de que Carmen es una ávida lectora, que conoce lo mejor del patrimonio cultural de todas las épocas, desde las clásicas hasta las modernas.

A Carmen Granados todos los costarricenses tenemos que celebrarla. No escribió una doctrina, ni menos hizo un arca, ni un templo que se comiera el arca, la doctrina, ella y sus personajes, Rafela, Prematura y doña Vina. Carmen escribió la doctrina, se la comió y la vive. Por eso es ella, es arca y templo. Es alegría de vivir y nos

vive con defectos y virtudes. Gracias por ayudarnos a vivir y a conocernos, talentosa y genial Carmen Granados.

En honor a ella, levanto una copa imaginaria, llena de buenos deseos, y brindo por su eterna alegría, para que no le falte ni a ella ni a nadie.

UNA NUEVA VOZ

Con una voz melodiosa, llena de recursos que todavía se pueden desarrollar más, Guadalupe Urbina está empezando una carrera de cantante popular que va ser tan exitosa como la del grupo "Cantares".

De un pueblo guanacasteco, más allá de Sardinal, viene Guadalupe. Tiene diez hermanos y ella es la menor. Cuando muere su madre, Angelita Juárez, la hembramacho como la llamará en una de sus canciones - poemas, se traslada a San José a vivir con sus hermanas. Aquí continuó sus estudios y ahora está terminando su carrera en composición musical en la Universidad Nacional.

Guadalupe conoce muy de cerca los problemas de su provincia, los ha vivido en carne propia. Ella dice: *"Yo llevo y traigo a mi manera, en el ruedo de mi enagua y en mis manos de saltapiñuela a mi Guanacaste hecho patio, hecho infancia olvidada a la orilla de los ríos"*. Comparte con su madre los problemas de la tierra, de la ma-

dre sola, de la madre que es agricultora, cuida animales, cocina, lava, plancha para la decena de hijos, y se ve obligada a ir vendiendo pedazos de propiedad para que coman y crezcan fuertes.

La muerte de esa Angelita Juárez, quien es la heroína anónima que ha hecho este país, causó enorme dolor a su hija: *"Salió una mañana con la pena al hombro, la pena en los ojos, y se marchó. Por todas las calles de mi pueblo azul fue dejando el rastro, y lo dejó. Dicen los que vieron que regaba sangre, destilaba muerte... y no volvió"*. Recuerda entonces como parió con hambre a su decena de hijos, como planchó mil vestidos, como lavó mil ropas, como palmeó mil tortillas y se llevó al morir toda su fuerza.

Y la presencia de esa madre fuerte se hace viva en los recuerdos de infancia, cuando Guadalupe canta: *"Allá van los hijos de Angelita Juárez a recoger la leña para la comida. Se le han quedado papaturreando junto al río, jineteando los terneros de don Rosendo García"*. Al describirla no le tiembla la voz para presentarla: *"Angela es la pampa toda, abandonada y sola, hembramacho de este pueblo que agoniza en el silencio del azahar, la jomesa, el jicote y los resedos"*. Con esta poesía hecha canción, Guadalupe ganó el primer premio del Cuarto Festival de la Canción Universitaria.

Antes, con su composición *Guanacaste* obtuvo el primer lugar en el concurso Grano de Oro, 1984, auspiciado por la Municipalidad de San José.

El mejor atractivo que tiene Guadalupe es el de actualizar la canción popular guanacasteca, con base en el estudio musical de su son tradicio-

nal, de su lenguaje y de su vida cotidiana, sin idealismo y sí con profunda dulzura. "Guanacaste", canción premiada, se la inspira un muchacho que estaba destazando una iguana sobre las piedras de un río y mientras lo hacía iba cantando: "buena mesa, buena carne, buen guacal y buen cuchillo".

Guadalupe es discípula de Emilia Prieto. Cada semana la visitaba y con verdadera devoción oía las explicaciones de esta investigadora del canto popular, que tanto ha inspirado a muchos de nuestros jóvenes artistas.

Recuerdos, vivencias, intuiciones, sensaciones, imágenes, con todo eso y con talento trabaja esta nueva trovadora. La palabra escrita, la palabra cantada de Guadalupe Urbina están hechas por un profundo amor a nuestro pueblo. En una especie de romance o corrido, nos cuenta de Entimo Vásquez, un guanacasteco que fue dueño de tierra y carreta, hasta que muere y el pueblo queda a oscuras, como pasa siempre que fallece un hombre pleno: "Se ha muerto Entimo Vásquez con la mirada seca, las manos y las piernas una llaga perfecta. Se ha quedado sin casa, sin carreta y sin tierra. Yo no lo vi y lo siento, lo siento por mi pueblo que ha perdido su luz, su historia, su tristeza. Mi pueblo quedó a oscuras, el río sin cangrejos, mamá sin los chilotes y yo sin flores frescas".

MUJERES POETAS DE HISPANOAMERICA

Ramiro Lagos es un querido amigo colombiano, quien desde su cátedra en la Universidad de California del Norte en Greensboro, ha creado el Centro de Estudios Poéticos Hispánicos. Hombre estudioso tiene a su haber una amplia obra propia, editada en España y en Colombia. También constante viajero ha dictado conferencias en universidades norteamericanas, españolas, ecuatorianas, peruanas, bolivianas, brasileñas y ha recorrido los países centroamericanos y suramericanos para investigar lo que se está haciendo en literatura.

Ahora nos ha enviado su libro *"Mujeres poetas de Hispanoamérica: Movimiento, surgencia e insurgencia"*, que es una antología de la poesía femenina de Argentina, Uruguay, Paraguay, Chile, Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia, Venezuela, Panamá, Nicaragua, El Salvador, Honduras, Guatemala, México, República Dominicana, Cuba, Puerto Rico y Costa Rica.

En la contraportada se anota: "El antólogo e investigador intenta dar una visión global de quienes en cada nacionalidad responden al prestigio y aceptación de la crítica, abriendo el compás hacia aquellas voces que rebelándose contra los feudos líricos oficiales u oficiosos del tradicionalismo literario, se imponen por su actitud de ruptura, su mensaje feminista, su desafío al establecimiento y, sobre todo, por su pluralismo estético e ideológico, como portadoras de la nueva vanguardia. Si bien es cierto que hay mitos estelares entre los cuales se destacan las pioneras del feminismo literario, hay otras exponentes de la poesía en movimiento que siguiendo el ejemplo de las figuras ya consagradas, y acaso superándolas, se revelan hoy como altas voces nacionales e internacionales a las que hay que escuchar, leyéndolas, para poder vibrar con sus ecos indiscriminados. Es así como, *Mujeres poetas de Hispanoamérica* se apunta el hito de ser la obra antológica más completa y más seria de cuantas nos ha deparado excepcionalmente la investigación literaria".

El libro, que está circulando en Estados Unidos y Colombia, tiene una Apertura en que se estudia el desarrollo de la poesía escrita por mujeres latinoamericanas, desde Sor Juana Inés de la Cruz a la paraguaya Josefina Plá. Cada país está introducido por un estudio particular sobre la historia de la voz poética de la mujer. El de Costa Rica es uno de los más amplios y tiene datos tan interesantes como el hecho de que Eunice Odio es la segunda costarricense en publicar un libro de poemas. La antología costarricense recoge obra de Eunice, de Julieta Dobles, de Ana Istarú, de Mí-

a Gallegos y mía. Después se incluyen las referencias bio - bibliográficas.

En trescientas cuarenta páginas hay una historia muy completa de la vitalidad poética femenina, que en Costa Rica tiene una valiosísima representación en un grupo de mujeres muy jóvenes y muy talentosas.

MANUELA SAENZ Y EL SILENCIO

Manuela Sáenz, la compañera de Simón Bolívar, nace en Quito en 1797, o sea que es 14 años menor que el Libertador, quien nació en Venezuela en 1783. En 1822 se conocen y siguen unidos hasta 1830, en que muere Bolívar. Es decir, durante ocho años sus vidas están íntimamente relacionadas.

Sin embargo, casi durante un siglo se ignoró la vida de Manuela Sáenz. Se suprimieron documentos, se alteró la historia y el nombre de la gran ecuatoriana no se mencionaba oficialmente. El volumen de las Memorias del general O'Leary que contaba sobre los amores entre Manuela y Bolívar, no se publicó. El documento N° 56, titulado *"Correspondencia y documentos relacionados con la señora Manuela Sáenz, que demuestran la estimación que en ella hacían varios jefes y particulares, y la parte que tomaba en los asuntos de la política"*, fue sustraído de los archivos de Bogotá. La correspondencia que ella mis-

ma guardó toda su vida, se quemó a la hora de su muerte.

Lo más interesante es que alrededor de Manuela, ya avanzado el siglo XIX, se forman dos especies de escuelas literarias: la ecuatoriana, en que se la ensalza, y la venezolana en que se la desacredita. En este siglo ha habido un esfuerzo de situar a la verdadera mujer que amó locamente al Libertador, por eso él la llamó su "**amable loca**"

Además de los archivos en Lima, Quito y Bogotá, pues en el sistema colonial español todo acto comercial se celebraba ante notario público, en papel sellado, que pasaba luego a los respectivos registros, es fundamental para ahondar la vida de Manuela Sáenz las Memorias de Jean - Baptiste Boussingault, científico francés, perteneciente a la misión que llegó a Colombia en 1822 y permaneció en el país diez años, con el fin de ayudar a la reforma de los centros de instrucción científica. Conoció personalmente a Manuela y comprendió su valor. De ella hace un retrato sin reservas y adornos, sí con admiración y muy sincero. En estas fuentes y en una larga investigación personal, se basa el libro de Víctor W. von Hagen titulado "*Las cuatro estaciones de Manuela*", quien describe muy poéticamente su primavera, su verano, su otoño y su invierno.

Es bastarda, bastante escándalo en la época. Hija de Joaquina Aispuru, la menor de Mateo José de Aispuru un vasco de noble cuna, que se vino a América a rehacer fortuna, y de Gregoria Sierra. En una parroquia quiteña consta su bautismo: "...el 29 de diciembre de 1797 bauticé solemnemente a Manuela... nacida dos días antes, una

criatura espuria cuyos padres no son nombrados... 1779 fue el año del terremoto que destruyó la mitad de Quito y la llenó de dolor. No obstante, los treinta mil habitantes de la ciudad sabían muy bien de quién era hija Manuela, sabían que su madre era Joaquina una joven de 18 años y su padre don Simón Sáenz y Vergara, miembro del Consejo Capitalino, capitán de la Milicia del Rey y recaudador de los Diezmos del Reino de Quito, formalmente casado y padre de cuatro hijos.

Nacida en el escándalo, con rapidez se involucra en él. Una noche no regresa al Convento de Santa Catalina, en donde estudia. Un joven la seduce, apenas un juego de niños, pero la expulsan y en Quito se dice con facilidad: *"Eso es lo que cabía esperar de una bastarda"*.

Su padre se la lleva a Panamá para que las cosas se olviden. Ahí conoce a James Thorne, inglés, católico y marinero. Se enamora de Manuela y don Simón Sáenz hace la transacción, da una dote de ocho mil pesos en oro. Ella sabe que el inglés puede ser una alternativa hacia una vida más plena y más libre. Deciden residir en Lima y ella le ayuda a hacer fortuna. Un día confiesa: *"Como marido, eres muy chapucero. No procuras ningún placer. Créeme, la vida monótona está reservada para tu nación"*.

Viaja a Quito, la ciudad se preparaba a recibir al héroe, a Simón Bolívar. Ella también trabaja con tenacidad por la independencia de América Latina. Su labor, peligrosa y clandestina, se había premiado con la Orden del Sol. En Quito se conocen y se vinculan con enorme fuerza, como sucede cuando los seres se complementan en amor y en ideales.

Detrás de un héroe hay un hombre de carne y hueso, que ama, odia, se equivoca, acierta y engaña. Manuela era una mujer con sentido de propiedad y entrega. Con gripes diplomáticas se ocultaron las ausencias del Libertador por los arañazos al rostro de Bolívar, cuando ella se enteró de sus devaneos con otras mujeres. La historia sigue con separaciones y encuentros hasta el momento en que le escribe una de las más hermosas cartas de amor: *"El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte: apenas basta una inmensa distancia. Te veo, aunque lejos de mí. Ven, ven, ven luego"*.

Y ante ese llamado Manuela cruza los Andes, cruza la historia y llega **"amable loca"** a amar con toda la fuerza de una mujer entera.

Ella, mujer valiente, salva la vida a Bolívar, despertándolo a tiempo y haciéndolo salir por un balcón en Bogotá. Este es quizás el episodio más contado de la relación Manuela - Simón, que a ella le valió el mote de **"la libertadora del Libertador"**.

La historia termina tristemente cuando Bolívar se va a su destierro, muy cerca ya de su muerte, por su propia decisión se va sin su Manuela. El 11 de mayo de 1830 le escribe: *"Mi amor: tengo el gusto de decirte que voy muy bien y lleno de pena por tu aflicción y la mía por nuestra separación. Amor mío, mucho te amo, pero más te amaré si tienes más que ahora mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues si no, nos pierdes a ambos perdiéndote tú. Soy siempre tu*

más fiel amante. Bolívar". Por el Magdalena, cruzando ese río terrible, en su búsqueda, recibe Manuela la terrible noticia: "*Simón murió el 17 de diciembre de 1830, en la quinta San Pedro Alejandrino, cerca de Santa Marta*".

Cárcel, destierro, venta de joyas, pobreza. Manuela termina sus días en Paita, puerto peruano que mira al Pacífico. Pone un negocio: "Tobacco. English Spoken. Manuela Sáenz". Cae de una escalera y nunca más volverá a caminar. Un marinero trae la difteria y la peste hace estragos en el puerto. Manuela es víctima también. Su cuerpo va a una fosa común, su casa se quema con cartas y documentos. Era el 23 de noviembre de 1856.

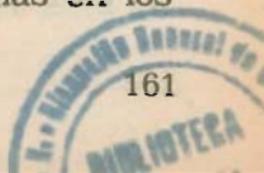
Herman Melville, quien visitó Paita y la conoció, dice de ella: *...entraba en Payta Town montada en su borriquillo gris, con la mirada fija en las paletillas, en el juego de la cruz heráldica de la bestia...* "*Humanidad, recio ser, te admiro, no en el vencedor coronado de laureles, sino en el vencido*".

Ya no hay silencio sobre Manuela. No lo puede haber ante esa gran mujer que supo amar como una "**amable loca**".

MUJERES Y HUMO

Cuando Pierre Emmanuel escribe el libro *"Saint - John Perse, alabanza y presencia"*, nos confiesa: *"Penetrar el trabajo de un gran poeta requiere un esfuerzo de renunciación. Uno debe escapar de su propia personalidad y convertirse en otra persona si esto es posible. Uno debe someterse no solamente a un nuevo ritmo, sino también a la energía que lo produce y lo singulariza"*. Eso siempre es cierto cuando un narrador, un poeta, un ensayista, entra en el comentario de una obra significativa y ajena.

Marjorie Agosin tiene el encanto especial de ser muy original en sus temas y en el lenguaje en que los poetiza. Las protagonistas de sus voces son mujeres y el ambiente que las rodea es el humo, ese producto gaseoso en que se transforman para morir partículas de carbón. Las voces de sus mujeres que incluyen a Penélope, Ariadna, Diana, Virginia Woolf, Olga Orozco, Marta Traba, amigas, compañeras, gitanas, judías en los



campos de concentración, amantes, las madres de la Plaza de Mayo, prisioneras, violadas y suicidas, ahorcadas, torturadas, vagabundas, mudas, brujas, mendigas, solitarias, amas de casa, insomnes, parecen encontrar la perspectiva que las embalsaman en *"historias de las mujeres del humo"*. Y es que los humos las ahogan y las hacen eternas hasta lograr ser ellas mismas en el poderío de un idioma nuevo creado entre el sueño, la hipérbole, la mirada detenida en el dolor y en la fuerza vital del placer, así como en la decisión de seguir cambiando el orden ideológico imperante porque no puede ser posible tanta injusticia. En el discurso poético de Marjorie no hay gritos lastimeros ni alegatos histéricos, hay un lenguaje de mujeres que viven y sufren, que aman y se relatan en la cruda realidad del humo, metáfora de su subordinación y de la discriminación que las azota.

Marjorie empieza en 1977 su vida literaria con el libro *"Chile: gemidos y cantares"*. La famosa novelista María Luisa Bombal prologó su obra y dice de la autora: *"Poeta sabia ya en su arte a los veintidós años de juventud. Prosista tan brillante como segura"*.

Luzmaría Jiménez Faro, la destacada poeta española, la presenta en Ediciones Torremozas, con la primera edición de *"Mujeres de humo"*, y dice: *"Mujeres azotadas, vestidas de blanco, tiernas, desgarradas, en la Plaza de Mayo, cristalinas, pérfidas, insomnes, suicidas, amortajadas. Todas ellas de la mano de la escritora chilena Marjorie Agosin cuya honda preocupación por los temas femeninos ha quedado recogida en diversos ensayos y artículos"*. Agrega que

después de su primer libro: "... *Marjorie Agosin ha seguido una trayectoria impecable. Por ella es una feliz oportunidad ofrecer en nuestra colección su primer libro publicado en España*".

Marjorie nació en Bethesda (Maryland), de padres chilenos. No ha perdido su español, lo vive, lo piensa y lo escribe con propiedad y belleza. Obtiene la Licenciatura en Filosofía en la Universidad de Georgia y su doctorado en la Universidad de Indiana. En la última imparte sus clases de literatura, en el aula en que las dio el poeta español Jorge Guillén durante 25 años.

En poesía tiene los siguientes libros, además de éste y de "*Chile: gemidos y cantares*" (Santiago de Chile, 1977): "*Conchalí*" (Nueva York, 1980), "*Brujas y algo más*" (Edición Bilingüe, Pittsburg, Pennsylvania, 1984) y "*Hogueras*" (Santiago de Chile, 1986).

En ensayo ha escrito: "*Las desterradas del paraíso: protagonistas en el paraíso de María Luisa Bombal*" (New York, 1984), "*Silencio e imaginación: Metáforas de la escritura femenina*" (México, 1986), "*Pablo Neruda: ensayo crítico*" (Boston, 1986).

"*En mujeres de humo*" el lector podrá encontrar que Marjorie es una viajera que llega a toda América Latina y que nada ni nadie se escapa ante su mirada profunda e inteligente. En Uxmal encuentra golondrinas, oye los pájaros de Tulum, corre por su memoria el pisco, se topa con "*chales rojizos como los pedregales*", llega a la "*pobreza atávica*" de nuestras ciudades, en Chile se tropieza con las gitanas y con las torturadas, en Argentina se une a las madres de la Plaza de Mayo, en el Rivera Hotel acampa un rato para ha-

cer el "amor como un hilo trastocado", en Atilán descubre que "como mujer no tengo país tan sólo piedras y ríos, una ilusión sin citadelas".

También viaja Marjorie por la historia y se encuentra con Ariadna, Diana, Penélope, las víctimas de Salem en 1692, Gabriela Mistral, Virginia Woolf aquella tarde en que la sedujo el río, y con las "judías desnudas, indefinidas en silencio. Judías dando gritos de fe a hurtadillas cerrando las piernas, labios con la dignidad milenaria de los ilusos, estatuas de humo apresuradas hacia las duchas de gas azul, duchas oscuras con sabor a viñedos enfermizos".

Ya ha aprendido mucho Marjorie, por eso puede aconsejar:

*"Penélope,
esposa del insomnio
no tejas regresos
porque hoy nadie
vuelve de
Itaca".*

O ese recoger la experiencia de siglos que se da en el verso final de "Salem":

*"Mi cuerpo
era un abanico,
una fragancia de rosas y estrellas.
Supieron que no era una
bruja
era
una mujer invisible - visible
tras las rendijas
del humo".*

Asimismo cuando en "La ahorcada" reconoce que:

*"y su cuerpo se une a la espuma
de las sin voces,
de las que obedecen,
a unas manos ajenas"*

En "La suicida", escrito pensando en Gabriela Mistral y su poema "Tú me miras y me vuelvo hermosa", hay una metafísica estética sobre el derecho a la vida y el derecho a la muerte:

*"Ella la suicida
ardiendo entre las piedras.
Sumergida entre las aguas
haciendo de la noche
un secreto
y de la vida
nada
más
que
una mujer extendida entre las piedras
ardiendo
oyéndose
en nuestra
ausencia.
Yo la miro
y es cada visión más hermosa".*

La viajera Marjorie nos da una imagen de la realidad y de la utopía en el mundo de las mujeres, en el poema "Primer parto":

*"Le insistían que debía
que tenía que abrir esas piernas,
abrir las hasta extraer locuras
y pequeñas presas ensangrentadas
moretones triturados
rajando sus cavidades.
Le obligaban a abrirse de piernas
para que pasara la vida por sus extremidades.
Delirantes, adormecidas de tanto dolor y
tanto espanto,
amarradas a ese dolor imborrable de la vida
Y ella obedecía para después nunca más
obedecer".*

Viajera es Marjorie, viajera con mirada profunda y sensible. Viajero es también su poemario *"Mujeres de humo"*, que ahora se publica en una edición bilingüe. Llegará a muchos lectores y cada uno se hará vocero de sus aciertos. Como en los viejos tiempos cada quien descubrirá que los mejores perfiles y las más acertadas voces surgen desde el humo.

JOSEFINA MANRESA

Seguramente muy pocos saben quién fue Josefina Manresa, una señora de 71 años de edad que falleció el 18 de febrero de 1987 en Elche (Alicante). Esta mujer nació el 2 de enero de 1916 en Quesada (Jaén) y se trasladó a Orihuela donde su padre era guardia civil. Ahí conoció a Miguel Hernández, ya poeta, ya hombre legendario, ya reconocido en España y en América Latina, ya traducido, ya sabedor del dolor - alegría. Del amor que se despierta entre ellos es testigo el poemario *"El rayo que no cesa"*, uno de los mejores libros líricos del español, y toda la poesía amorosa que escribió Miguel Hernández.

Contrajeron matrimonio civil el 9 de marzo de 1937, en plena guerra civil. El 4 de marzo de 1942 se casan por la iglesia. Más que por convicción el poeta quiso asegurar a Josefina sus libros y papeles. Ella dedicó toda su vida al recuerdo y difusión de su obra. En reconocimiento a esa labor fue condecorada con la Banda de Isabel La Católica.

Murió Josefina rodeada de su nuera Lucía Izquierdo García y de sus tres hermanos Manuel, Carmen y Gertrudis. *"Su muerte ha sido dulce"*, declaró Lucía. Se encontraba inconsciente desde hacía once días como consecuencia de su avanzado cáncer de mama que sufría desde 1985.

Esa fue también la razón de que no acudiera meses atrás a la presentación del último libro editado de su marido, *"27 sonetos inéditos de Miguel Hernández"*.

Fue con mucha labor de convencimiento, que acordó antes de su muerte, ceder los manuscritos de su marido al Ayuntamiento de Elche, que guardaba con gran cuidado y amor. Además condicionó que fueran devueltos a su nieto mayor, Miguel Hernández, cuando cumpla 25 años.

Ese Ayuntamiento le asignó el año pasado una pensión de 50.000 pesetas mensuales. En todas partes se es mezquino y tardío con los poetas y sus obras.

El primer hijo de la pareja nació el 19 de diciembre de 1937, Manuel Ramón, y murió a los diez meses de edad por dificultades de alimentación complicadas con una infección intestinal. El segundo hijo nació el 4 de enero de 1939, Manuel Miguel, y a él le dedica la llamada *"Nanas de la cebolla"*, donde aparece Josefina como *"una mujer morena, / resuelta en luna, / se derrama hilo a hilo / sobre la cuna. /"*

Es patética la historia de la prisión de Miguel Hernández. Lo detienen en Orihuela el 29 de setiembre de 1939, lo encierran en un sótano mal ventilado, lo cambian periódicamente de prisión, después de esperar la muerte todos los días, le conmutan la pena capital por 30 años de

cárcel, incluso le ofrecen el indulto y la libertad si se adhiere al movimiento oficial, lo que rechaza indignado.

En esa peregrinación de cárceles, sufrió neumonía en Palencia y bronquitis en Ocaña, que malcuradas terminan en tuberculosis. Su última cárcel, la de la muerte, fue el Reformatorio de Adultos de Alicante. Josefina lo visita por última vez el 27 de marzo de 1942. Así lo cuenta ella, en su declaración "Así murió mi marido": "Esta vez no me llevé al niño, y me preguntó por él. Con lágrimas que le caían por las mejillas me dijo varias veces: "Te lo tenías que haber traído". "Te lo tenías que haber traído". Tenía la ronquera de la muerte.

Volví a visitarlo al día siguiente, y al poner la bolsa de comida en la taquilla me la rechazaron mirándome a los ojos. Yo me fui sin preguntar nada. No tenía valor de que me aseguraran su muerte. Era el 28 de marzo, sábado, víspera de Domingo de Ramos".

Ese día él tenía 32 años, y ella 26 años.

Los que leemos con goce - dolor la poesía de Miguel Hernández sabemos que ese día de la ida de Josefina, le habría gritado como lo hizo con la muerte de su amigo Ramón Sijé: "Compañera del alma, compañera".

MUJERES EN EL PODER

Al hombre siempre se le ha atribuido el manejo del pensamiento en todos los campos, especialmente el pensamiento político. Por eso las figuras masculinas desde hace muchos miles de años son absorbidas por el juego del poder. Un hombre que se destaque en cualquier actividad, ya sea de orden económico, científico o social, es muy pronto un futuro candidato para un puesto sujeto a la elección popular. En la campaña se ilustra su brillo y se le convierte con la propaganda en un imán de votos. Es más, ya se da el fenómeno de hombres que no se destacan en algo especial, salvo en política, porque han hecho una carrera profesional en esa materia. Entonces se dedican a escalar posiciones en que se proyecta su figura, en busca de la gran oportunidad de ser electos para el ejercicio del poder.

A la mujer, en cambio se le ha dado la característica de ser emocional e intuitiva, por lo que su papel debía ser secundario y el mejor de todos

sería el de ama de casa, en que resguarda los valores del hogar y maneja en ciertos casos el presupuesto familiar, que es siempre fuente de infinitos conflictos en la convivencia de la pareja.

Esos papeles han ido cambiando con el tiempo. Ya se reconoce que la mujer es un ser pensante, en muchas ocasiones mejor pensante que miles de hombres. Las oportunidades se han abierto para las figuras femeninas.

Sin embargo, hay bastante confusión sobre la actuación de las mujeres en el poder.

Tenemos algunos casos. Se comenta que una vez dijo la Reina Isabel: "*Mi sexo no disminuye mi prestigio*". Eso revela que la Reina se disculpa por ser mujer.

La señora Margaret Thatcher, la señora Indira Gandhi y en su tiempo la señora Golda Meir, fueron consideradas los mejores hombres de sus respectivos Gabinetes. Eso quiere decir que las mujeres al llegar al poder, deben actuar con mentalidad masculina para destacarse y hacer algo válido.

¡Con qué medida más estrecha se mide la capacidad de la mujer!

Por otra parte, el que una mujer o varias lleguen al poder no tiene ningún significado para la situación de la mujer en un país determinado. Veámoslo con estadísticas: cuando la señora Gandhi llegó al poder en 1966, en el Parlamento había 35 mujeres miembros. Esa cifra empezó a disminuir. En 1980 el número llegó a 27 parlamentarias. En Gran Bretaña la señora Thatcher llegó con siete compañeras conservadoras, lo que significa menos de las que estuvieron en la Cámara hace 50 años. En esas mismas elecciones llega-

ron a la Cámara de los Comunes dos mujeres laboristas, lo que hace de la representación femenina la menor desde 1951.

Sobre conferencias cumbres del Siglo XX, debe recordarse la reunión que tuvieron en Delhi las señoras Indira Gandhi y Margaret Thatcher. Se esperaban grandes cosas de este encuentro. Y ¿qué pasó?: nada extraordinario, intercambiaron cumplidos y hablaron de problemas. Entre ellos estuvieron la situación de Afganistán, la seguridad en el Golfo y la política británica de migración: Y ¿la pobreza de India?

Eso no se tocó y es el punto más importante en India y en todos los países en vías de desarrollo. ¿Por qué esa reunión tan importante no abarcó ese punto, por qué no resolvieron disputas, por qué no presentaron iniciativas y sólo dieron declaraciones de orden menor? Quizá la historia algún día nos lo cuente.

Entre estas dos mujeres, hay diferencias y similitudes.

Son de carácter parecido, testarudas, arrogantes, obstinadas y ambas se sienten orgullosas de lograr que el sexo sea algo sin importancia en sus carreras políticas. La señora Gandhi siempre fue víctima de que su origen político se debiera a ser hija de su padre. La señora Thatcher sabe muy bien que es la segunda mujer en todo el mundo, después de la señora Golda Meir de Israel, que llegó al poder sin ayuda familiar. En ese mismo caso están la señora Vigdis Finnbogadottir, Presidenta de Islandia; la señora Gro Harlem Brundtland, Primera Ministra de Noruega; y la señora Simona Veil, Presidenta del Parlamento Europeo.

El ejemplo de todas ellas es importante para las mujeres, aun cuando lo más importante es el acierto de su obra político - social, su humanismo y su labor en beneficio de las otras mujeres.

En todos los países del mundo las mujeres representan la mayoría de los pobres. Son las más pobres de los pobres, como madres solteras que alcanzan el 90% de los dependientes de la ayuda social en Estados Unidos y Gran Bretaña, como viudas con pensiones exiguas en el mejor de los casos o arrimadas a la caridad de parientes pobres, como trabajadores de doble jornada y con salarios menores a la mitad del sueldo masculino en promedio. Son las mujeres los pobres menos favorecidos con la educación, lo que las vincula más al círculo vicioso de la miseria. Son las mujeres las que se explotan más y mejor se manipulan.

Además, ya los Gobiernos han descubierto la ventaja de contar con mujeres en los Gabinetes, a veces en puestos decorativos o en posiciones que maten sus técnicas represivas.

En realidad no importa a las mujeres quien llegue al poder, lo que debe importar es que su obra las beneficie, las ayude a incorporarse, a superar su pobreza, a eliminar las vallas de su realización plena y de su justa autoestimación.

El mito del poder debe embriagar a la mujer que está dispuesta realmente a trabajar por el bienestar de la población femenina, porque representa la única forma de mejorar la humanidad entera.

SUSAN SONTAG Y SU LUCHA POR LA VIDA

Susan Sontag, notable escritora norteamericana, ha escrito un ensayo titulado "*La enfermedad y sus metáforas*", en que hace un análisis de lo que fue la tuberculosis en el siglo pasado y lo que es el cáncer en el presente siglo.

El terror de los dos males lo escrudiña con una gran claridad, la tuberculosis como enfermedad romántica, en que se languidece con imágenes de extinción gradual, mientras se conserva el dominio mental; el cáncer como lo carcomido, desde el principio con la muerte en la cara, lo desagradable, lo que se combate en un lenguaje de lucha que también mata.

La escritora ha sido víctima de la enfermedad. A los cuarenta años, cuando era ya una escritora reconocida en Estados Unidos, en Europa y en Latinoamérica, por sus ensayos, novelas y cuentos, empezó su batalla contra un cáncer de mama, descubierto cuando había hecho metástasis hacia otros órganos. Recientemente estuve

con ella en Nueva York, ahora tiene 52 años, se conserva delgada, con su pelo lacio y negro, con su mechón cano sobre la frente.

Ella afirma en su libro que la sola mención de cáncer, hace que muchos pacientes se dediquen por absoluto a prepararse para la muerte, decididamente resignados y vencidos. Susan luchó con un enorme deseo de vivir. Acudió a las medicinas y tratamientos que matan y a la fe que alienta y no es fácil de vencer.

Esa enfermedad, que se da también en los países desarrollados, en donde abunda la comida y el confort, al contrario de la tuberculosis relacionada con la pobreza, ella cree que se va a vencer en el futuro.

Susan Sontag es filósofa, ensayista, novelista y cineasta. Ha sido profesora de literatura en las Universidades de Harvard y Chicago. Estuvo hace poco en Buenos Aires, con motivo de la Feria del Libro, y participó en una mesa redonda con Jorge Luis Borges, quien la inició diciendo que junto a Susan, tan alta, parecían ambos la pareja de Laurel y Hardy.

En una entrevista que le hizo la periodista Ana María Amado, dijo estos comentarios tan interesantes: *"Pienso que las mujeres debemos animarnos a pensar que nuestros rostros muestren con naturalidad, con desafío, la vida que han vivido, animarnos a cambiar ese concepto tan pequeño de belleza con que nos hicieron crecer, aterradas ante la idea de envejecer, porque nos adjudicaron un modelo de belleza que sólo encuadra con la juventud, mucho más férreo para las mujeres que para los varones. Y de una vez por todas hay que aprender a protestar activamente, a deso-*

bedecer esos mandatos y elegir otras opciones, como la eficacia, la inteligencia, la fuerza, antes que esa imagen de eternos adolescentes agraciados y serviciales que nos exigen. Y eso libera, créame, de la sensación de humillación con que las mujeres se supone, debemos vivir la madurez o el pasaje a la vejez".

Le pregunté cómo y cuándo había escrito "*La enfermedad y sus metáforas*". Me contestó que durante su convalecencia, durante una hora diaria, aterrorizada, mientras luchaba con el pesimismo médico y con el sentimiento de culpa que le producía su mal.

Rebelde es Susan Sontag, rebelde en todo sentido, rebelde también frente a la enfermedad mortal.

LA DENUNCIA DE SIMONE DE BEAUVOIR

"*El segundo sexo*" fue publicado por Simone de Beauvoir en 1949 y sigue teniendo una enorme vigencia en el esclarecimiento de esa densidad de condiciones que ha encerrado en la "otredad" a la mujer.

En la década de los sesenta empezó a circular la traducción de aquel trabajo enciclopédico de la gran escritora y pensadora francesa. El libro se convirtió en lectura obligatoria de toda persona preocupada por la condición en que nacen, viven, crecen o decrecen, y mueren las mujeres.

El libro es profundo y creo que todavía no se ha superado. Estudia la situación femenina desde diferentes ángulos: el filosófico, el cultural, el psicológico, el del placer, el de las relaciones, incluso las maternas, el de la sexualidad, el de la historia. Siempre imaginé que había tenido asistentes y colaboradores para estructurar aquella enorme obra en que nada escapa, en que cada ge-

neralidad se desmenuza y profundiza, en que están presentes los diversos matices que afronta la mujer en diferentes ámbitos culturales, aún los que no pertenecen a occidente.

"*El segundo sexo*" sólo va a ser semejante a su otra obra enciclopédica que publicara en 1970: "*La vejez*". Aquí estudia pormenorizadamente los conflictos de la tercera edad, su tratamiento de acuerdo con las diferentes culturas, los problemas de entendimiento, de soledad, de los viejos aislados en un mundo que aspira a ser joven siempre. Al final revela, como en "*El Segundo Sexo*", que el enorme problema es el de identidad, "*quién soy y quién he sido*, que en los viejos es más terrible y trágico porque la edad no es reversible, no hay oportunidad de regresión, ni de cambio ni de alternativa en el futuro. Quizás por eso los viejos cuenten interminablemente su historia, sus anécdotas y se enclaven cada vez más en los recuerdos, en la afirmación de "*yo fui*", "*yo estuve*".

Hay un pequeño ensayo de Simone de Beauvoir, llamado "*Para qué la acción*", que representa una verdadera lección sobre la vida. Ella parte de una anécdota: en una casa de apartamentos, en donde vive una pareja con su hijo pequeño, muere el del portero. El niño llora desconsolado su muerte. Los padres lo calman y le dicen que no debe llorar esa muerte porque no es familia de él, ni siquiera amigo, ni de su misma condición. Así la Beauvoir va descubriendo el egoísmo con que nos educan, el individualismo indiferente que inculca la familia, la falta de solidaridad que nos siembra en la posición de observadores siempre ajenos a las circunstancias de los otros,

la deshumanización que vincula con intereses oscuros de menospreciar a los demás.

Hay un documental de la televisión francesa, protagonizado por la propia Simone de Beauvoir, en que ella reconstruye su vida, su familia, sus estudios, su trabajo, sus amigos, sus relaciones de tantos años con Sartre, sus amantes, la forma en que escribían, discutían y pensaban en un café francés que hicieron famoso. En este documental ella revive el escrito que firmó con trescientas cuarenta y tres mujeres, en favor del aborto y confesando que lo habían practicado. Ese escrito fue motivo de escándalo y se le llamó el de trescientas cuarenta y tres inmundas, cerdas. Al recordarlo la Beauvoir comenta que nadie llamó inmundo ni cerdo a Jean Paul Sartre, quien también era corresponsable de su aborto. A la mujer es más fácil atribuirle las responsabilidades de los actos sexuales. Esto todavía se ve diariamente.

A Simone de Beauvoir se la cita en todo discurso feminista, se la estudia con cuidado para afilarse las uñas en la investigación sobre la situación de la mujer, y se la admira profundamente por su valentía, por su independencia y por su asombrosa inteligencia.

Su obra autobiográfica (*"Memorias de una joven formal"*, *"La fuerza de la edad"*, *"La fuerza de las cosas"*, *"Una muerte muy suave"* y *"Final de Cuentas"*) nos muestra que nadie es ajeno a las debilidades humanas. Sus novelas de ficción (*"La invitada"*, *"La sangre de los otros"*, *"Todos los hombres son mortales"*, *"Los mandarines"*, *"Las bellas imágenes"*, *"La mujer rota"*) nos revelan el

mundo rico y profundo en que vivió, en el que amó, pensó y sufrió.

Ya Simone de Beauvoir no tendrá la pesadilla del protagonista de su novela "*Todos los hombres son mortales*", quien vivió en distintas épocas y sitios sin alcanzar la muerte. Ha llegado a ella el descanso, el silencio, la sepultura. Nos deja un mundo convulso, lleno de peligros, espantosamente deshumanizado, rodeado de los intereses más holocáusticos que la malignidad ha podido imaginar. Nos deja cuando hace más falta su voz independiente, lúcida y honesta. Sin embargo, nos deja una obra humanista y un ejemplo de vida limpia y profunda.

No lo puedo esconder: debo confesarme fanática de esa gran mujer francesa y universal que se llamará siempre Simone de Beauvoir.

PARTE IV

FEMINISMO Y LIBERACION

EL LENGUAJE FEMENINO

Tuve la oportunidad de viajar a Roma, invitada por las representantes italianas al Parlamento Europeo, y conocer a Paola Gaiotti, Marcella Glisenti, Tullia Caretoni, Margherita Boniver, políticas muy destacadas y con una amplia experiencia, y a una mujer que es célebre por sus estudios y sus libros en el campo de la antropología, Ida Magli. Quizás la más famosa obra de ella sea *"La mujer un problema abierto"*, que se editó en 1974 y ya está traducida al español.

Ida Magli sostiene que los años más ricos y fértiles del movimiento feminista, especialmente los que parten de 1968, afrontaron el problema del lenguaje y los aspectos de la comunicación. Se empeñaron las mujeres, sobre todo las europeas, en desentrañar los secretos del lenguaje y de la comunicación, mediante los aportes de las ciencias modernas, entre ellas: lingüística, antropología, psicoanálisis, neurofisiología encefálica y pedagogía.

El trabajo lo desarrollaron con impulso, vivacidad y fuerza, por lo que parecía que iba a repercutir de modo definitivo en el comportamiento de hombres y mujeres, pues no existe una sociedad sin lenguaje y sin comunicación. Cambiar el lenguaje y la comunicación, implica cambiar la sociedad.

Sin embargo, ese esfuerzo de miles de mujeres talentosas todavía no ha logrado éxito. ¿Por qué y cuáles fueron sus errores? La Magli expresa que el movimiento feminista no tuvo en cuenta el hecho de que la cultura es un modelo total, que como forma se expresa en un sistema interconectado e independiente de factores. Las mujeres se lanzaron a una acción constante, sin detenerse a meditar y a valorar los logros reales que iban obteniendo. Olvidaron que en un modelo total, cada acción significa moverse con extrema cautela, desconfiar de cualquier aparente conquista y quedar con enormes márgenes de duda ante las cosas que parezcan más evidentes. Cita como ejemplo el caso de las amas de casa, rechazadas al principio y ahora apreciadas como una vocación de vida o como una elección de trabajo.

Recuerda Ida que la mujer ha sido excluida del poder institucional y está confinada a la subordinación. Hay algunas teorías que explican el fenómeno. Una de ellas es la del intercambio de mujeres, con el fin de formar alianzas por medio del matrimonio. La historia ofrece abundantes ejemplos de esa realidad, pero la teoría no explica la causa porque al pactar las alianzas ya se da como un hecho que la mujer es una propiedad de que se dispone para formalizar el trato.

Otra teoría es la de estructuras de la parente-

la, que tampoco define los orígenes de la subordinación, pues únicamente revela los sistemas de poder en que la mujer resulta el ser manejable.

Además está la teoría de la búsqueda del otro, similar y distinto, que basa los estudios sobre la condición de la mujer impulsados por el existencialismo y "*El Segundo Sexo*" de Simone de Beauvoir. Esta teoría logra señalar uno de los fenómenos fundamentales en la historia de las mujeres, pero la verdad es que quien busca lo otro es el hombre, la mujer no tiene esa opción, ella es siempre la escogida.

La antropología ha puesto en evidencia que existe un sistema de oposiciones, que se explica como temor a lo idéntico y en el que está implícita la búsqueda de lo otro, o sea lo diferente. En el caso del hombre, la necesidad de un espejo que le ofrezca lo opuesto: la mujer.

Pero al detenerse a señalar el valor de las oposiciones, cabe preguntarse en qué se apoya la asignación de valores, porque el problema está ahí. Es decir, cómo se selecciona entre el bien y el mal, entre lo correcto y lo errado. Los polos opuestos no son iguales, uno de ellos está cargado de negatividad, según el lado subjetivo con que se vea. Entonces masculino y femenino, derecha e izquierda, alto y bajo, día y noche, se ordenan de acuerdo con el valor positivo o negativo que generan. Como lo masculino es positivo, se asocia inmediatamente a las nociones de derecha, alto y día; como lo femenino es negativo, las referencias se inclinan hacia izquierda, bajo y noche. Por supuesto, quien define la oposición es quien tiene el poder de definición.

La necesidad de las oposiciones nace de la percepción de la trascendencia, el poner un más allá, algo después de la muerte, frente al desorden que podría significar la mezcla entre el más allá y el más acá, que es una especie de confusión entre lo sacro y lo profano. Pero afirma, Ida Magli, que mujer y lenguaje son la misma cosa porque el idioma es "objetivación" de la realidad y ese proceso de "objetivar" lo que es, ha sido instaurado por el hombre al agregar el más allá, la trascendencia, lo distinto, del que la mujer es fundamento y síntesis.

Así, la mujer se convirtió en signo y significado, por lo que no puede hablar. Cualquier ejercicio de la palabra verdadera, eficaz, potente y real parece que le está prohibido. ¿Por qué? Porque al ser ella el objeto que ha permitido hablar al hombre, nombrar la realidad y definirla, la imagen femenina resulta todo el lenguaje. Es decir, la plasticidad de la mujer es de tal fuerza, que cualquier comunicación puede reemplazarse con sólo utilizar su imagen.

Por eso el mensaje artístico, publicitario, religioso, político, encuentra con facilidad una imagen que comunica por sí misma: la mujer. El intercambio entre cerveza y mujer, entre automóvil y mujer, entre lo grato y mujer, no es producto de la creatividad publicitaria, ni siquiera de la utilidad publicitaria, porque la mujer es un alfabeto que puede sustituir todos los lenguajes, ella está en la base de los sistemas simbólicos.

En medio de la complejidad de la comunicación, es fácil y obvio que surjan los códigos femeninos. Los hombres han manejado el lenguaje de lo otro, y para eso necesitan sustituir las pala-

bras con las mujeres. Cuando esas palabras se cansan y desgastan, requieren darles fuerza con las mismas mujeres.

De esto se deriva que el intercambio comercial, alianzas, pactos, comercio, el sistema sobre el que se erige la estructura del poder, garantiza su palabra con la mujer, hasta llegar al punto en que confluyen poder y sexualidad. La función concreta y simbólica que la imagen femenina ha logrado, no puede sustituirse sin poner en crisis la comunicación, lo que significa una revolución humana, dentro del modelo total que es la cultura.

A pesar de eso, las mujeres se expresan creativamente dentro de ese concepto cultural. ¿Cómo lo logran? Al ser ellas un símbolo omnivalente, tienen una enorme dificultad para crear nombres, usar símbolos, crear símbolos sobre lo que es símbolo en sí mismo, es casi rozar con la locura. Y lo hacen las mujeres, porque son en esencia energía y fuerza.

A las mujeres la sociedad les ha dado la tarea de conservar, repetir, transmitir, lo que fue fundado, establecido y creado. De ahí su función de educar, siempre asignada a las mujeres, educar a los recién nacidos, a los niños, para transmitirles los valores, significados, usos y costumbres en que se basa la sociedad. Se podría pensar que esa misión de educar da una forma de autoridad a las mujeres, tal vez sea así, pero debe aclararse que no equivale a alguna forma de poder porque fundamentalmente representa la misión de impregnar así son las cosas, éstas son las reglas del juego y nada más.

La Magli afirma que las mujeres se encuen-

tran hoy, sobre todo en los países en vías de desarrollo, en la situación de elegir entre convertirse en creadoras de cultura, o perder el papel de conservación que han cumplido durante siglos.

La situación, compleja por sí misma, se vuelve más difícil dentro de las circunstancias políticas de orden mundial. El futuro es incierto, sin embargo si prevalece la democracia, ésta no puede ignorar la justicia que exige la mitad de su población, que es población de mujeres a punto de demandar otro orden de condiciones igualitarias, o si se quiere un término nuevo "igualantes".

Es necesario que la mujer deje de ver a la mujer a través del ojo masculino. Ante una obra teatral, un cuento, una novela, la mujer protagonista sólo adquiere valores en términos de la perspectiva masculina: es el hombre quien da la credibilidad que requiere la ficción. La heroína alcanza lo real en boca del hombre que la aplaude o la rechaza, que la elogia o la deshace, y las demás mujeres analizan y aceptan según el criterio del varón que acepta o repudia la representación de "otredad" que tiene del mundo femenino.

El modelo cultural es total. Para cambiarlo, para modificar ese mundo rígido que entrelaza valores y significados que sostienen la estructura, la mujer signo y símbolo, alfabeto de la comunicación en que es imagen, debe ir apoderándose de su propio lenguaje, aun cuando eso sea rozar la locura, para decir con voz propia lo que le pasa y siente.

Ese es el lenguaje femenino de Ana Istarú, quien invierte papeles en el elogio erótico; de Diana Avila que deletrea un abecedario de sensacio-

nes y angustias; de Janina Fernández, quien replantea con sencillez el metabolismo de los conocimientos; de Mía Gallegos, que busca su niñez desde el fondo de la orfandad; de tantas mujeres que se apoderan de un lenguaje propio o expropiado, ya sea en la escritura, en el dibujo, en la música y en la danza.

Hace poco en el Café del Teatro Nacional dos artistas plantearon en sus obras un lenguaje pictórico femenino: Ana Griselda Hine y Virginia Vargas. La primera nos mostró en sus dibujos la vida interior de la mujer, sin caer en una visión anecdótica. Nos reveló el desorden organizado, en que los objetos y muebles se hacen elementos vivos sobre la presencia de espejos. Esos espejos que doblan espacios y nos dicen quiénes somos y cómo somos. Un lenguaje silencioso sobre momentos y sobre rincones en que pensamos y soñamos. Virginia, con sus acuarelas, se detiene en los detalles, para inventar una limpieza femenina que organiza la arquitectura de las cosas más simples y más bellas, y para que imaginemos la presencia de otra mujer con sus macetas y sus flores.

Si como dice Ida Magli, la mujer es palabra, para apoderarse de esa palabra hay que hablar en voz alta y decir con valentía que nos estamos desprendiendo de los símbolos.

EL FEMINISMO

El feminismo es una toma de conciencia sobre la situación subordinada e injusta en que viven las mujeres. Esa toma de conciencia se hace actitud que busca por los medios posibles cambiar la situación y establecer la igualdad en todos los campos.

El feminismo es un humanismo que reconoce la importancia, hasta ahora desconocida o devaluada, de las contribuciones que aportan las mujeres a la sociedad, a la cultura, a la economía, a la producción y a la reproducción de un país.

Es un movimiento que no resta valores a los del otro sexo, sino que aspira sumar a ellos los valores femeninos en igualdad de condiciones y circunstancias. A pesar de los signos positivos que extiende, la discriminación tan arraigada contra las mujeres ha desvirtuado algunos de los más concisos y claros propósitos del feminismo.

Así en vez de analizar sus motivaciones y razones, se afirma que el feminismo es el refugio de

mujeres frustradas por no ser hombres, es la cueva donde se refugian las homosexuales, es el plano en que se colocan las revolucionarias, las eternas rebeldes, las locas. Al feminismo el truco de especular, rotular, inventar y a veces hasta insultar, ni siquiera le preocupa porque tiene una meta más allá de todo obstáculo: lograr justicia para la mujer, conseguir que la democracia la beneficie, valorar su aporte, apreciar una relación igualitaria, sentar las bases de nuevos términos en el intercambio que propicia la vida.

Ahora hay abuso en el uso de los nombres. Los dictadores hablan de las democracias que han logrado con sus tiranías, de las libertades de pensamiento que propician, de la paz que favorecen con la cárcel, las muertes y las desapariciones, de la seguridad y del orden que garantizan. Los privilegiados se asientan en sus poderosos grupos de presión y no están dispuestos a ceder un milímetro de sus posiciones a pesar de que no desconocen las necesidades de las grandes mayorías, y hablan en voz muy alta y constante de que ellos son los forjadores y los garantes de la libertad y de la justicia social.

La noble y humana palabra paz se usa en algunos discursos para justificar la guerra, para amparar los ejércitos y el armamento excesivo, injustificado e injusto, contra todo interés de la vida y del mundo.

Es natural, entonces, que el feminismo se haya hecho objeto de malos entendidos, de confabulaciones, de calificativos que tratan de disminuirlo y de falsearlo. Es así como se busca anularlo, avergonzarlo, disfrazarlo en su contrario: el enemigo de la verdadera mujer, la que por sus

condiciones de cero ambición de justicia y mejoramiento, sigue encerrada en esas cárceles del sacrificio y de la sumisión, de la espera y del dolor, de la invisibilidad en que la colocó la historia y la vida cotidiana.

A pesar de todo ese discurso cómodo y sin variaciones, el feminismo como movimiento humanista que agrupa a hombres y mujeres con otra visión del mundo ha venido creciendo, tiene amigos en todas partes, encuentra un lugar más amplio en las mentalidades que piensan en un verdadero progreso para la humanidad, gana un pedestal en la lucha por las mejores causas y abre los ojos a los que no quieren seguir residendo en la injusticia.

Una posición feminista honra a las mujeres porque les está confirmando sus valores y sus derechos, porque extiende nuevos caminos para ellas, porque les exige la lectura profunda de sus vidas y de sus experiencias, porque las enriquece con lo positivo que se aprendió del lado de la discriminación para no reproducirlo en el de la igualdad de derechos y de oportunidades.

Una actitud feminista orienta hacia el combate de toda desigualdad y discriminación, ya provenga de la pobreza, del color, del ser extraño en una nueva sociedad, de credo o de pensamiento. Es un movimiento reivindicativo de justicia, de incorporación igualitaria, de vocación altamente democrática y de pluralidad en la forma de pensar y de organizar.

El feminismo no significa unanimidad de enfoques ni de discursos. Dentro del movimiento hay plena libertad de expresión y de vías de convencimiento, de formas de aglutinar esfuer-

zos y de investigar a fondo esa manera injusta de atribuir papeles a unas y otros. El crecimiento del feminismo está relacionado con el aumento de teorías, de estudios, de nuevas visiones, casi siempre de autoría femenina, en que se analiza la situación de las mujeres, el por qué y el cómo superar los problemas de la discriminación, la subordinación y la devaluación.

El feminismo aboga por las mujeres y las defiende, sin dejar de tratar de vencer las dificultades que afronta para su desarrollo y su plena incorporación como protagonista indispensable del progreso.

En la vida cada avance tiene su tiempo y su lugar. En la vida de las mujeres ha llegado la hora de la justicia y el lugar del gran espacio. Quien dude de eso está atrasado en el encuentro de la historia y está desubicado en cuanto al reparto de los sitios. La duda en la capacidad y en la contribución femeninas, no responde a la realidad. No se puede borrar por el mero gusto de ignorar, el trabajo fértil y diario que está a cargo de nosotras, las mujeres que molestamos porque nos cuestionamos los absurdos ante los que nos confrontamos diariamente por no querer ser adorno temporal y pretender ser lo que somos y hemos sido: las sostenedoras de la vida, de la paz y de la justicia.

El feminismo, en cierta forma, es un basta ya al menosprecio de una acción constructiva y creadora, es la exigencia al reconocimiento de un aporte que ha sido ignorado, es la valoración de un trabajo constante que no ha merecido una buena calificación. Es una voz muchas veces callada, encarcelada, que empieza a hablar desde el

más profundo silencio, obligatoriamente silenciado, y tiene muchas cosas que reclamar y denunciar porque ha vivido una marginación de siglos, insostenible ahora en que la luz está iluminando miles de rostros que quieren abandonar las lágrimas, las esperas, y vivir una vida plena, plenamente humana.

Eso es el feminismo. ¿Quién se opone al progreso y quién se atreve contra los derechos humanos? En el fondo de la conciencia humana, hay una porción de territorio bastante grande que admite el derecho feminista.

LA LIBERACION FEMENINA

Dicen que el feminismo se ha enclaustrado en una acción de las mujeres para las mujeres del momento, es decir aquéllas que ya tenían conciencia de los problemas que afronta la población femenina. Se trató de convertirlo en una especie de válvula de escape, ésas que proporcionan las diferentes estructuras sociales para desinflar impacencias por injusticias y por discriminación, sin que el alivio del desahogo ofrezca solución alguna o siquiera inspire hacia algún camino de incorporación plena.

En mi criterio, el problema medular de la mujer reside en la servidumbre humana a que ha estado sometida a lo largo de la historia. La servidumbre no produce comunicación, ni respeto a derechos, ni consideraciones humanas, anula la creatividad y limita, más bien impide, la realización personal y también la social.

La mujer es siempre la servidora, por eso su imagen está afiliada a los niveles caseros. Si pen-

samos en la distribución arquitectónica de cualquier casa, vemos que la mujer o las mujeres se mueven en el dormitorio, en la cocina, en el comedor y en el cuarto de las demás faenas del hogar. Dificilmente se mueven hacia la sala, el estudio, hacia la biblioteca, salvo que se trate de su limpieza y de su ordenamiento. En las fábricas, las mujeres se concentran en las grandes áreas en donde se extiende la faja de montaje que cumple la elaboración del producto, en forma gradual y parcial. Es la labor casera mutilada y restringida. En las oficinas, la mujer une su trabajo a la necesidad de imprimir el trabajo creador de otro. Nuevamente se presenta la labor casera, ampliada por el manejo de instrumentos y el desarrollo de pericias, pero limitada a un aspecto, el de determinada habilidad. Lo mismo sucede en las actividades comerciales, siempre está la mujer frente a la atención de un servicio, y comercialmente se transforma su experiencia de compradora en experiencia de vendedora. En todo caso, sólo por excepción y cuando se reúnen verdaderas condiciones extraordinarias, se presenta el hecho de que la mujer supere la labor manual para ingresar al trabajo de aporte intelectual.

Por supuesto que en el trabajo manual no hay nada humillante y menos aún presenta servidumbre humana. Además, no existe trabajo manual en que no se ejerza algo de talento creador y en las mejores artes se combina lo intelectual con lo manual. El aspecto de servidumbre empieza cuando a un ser humano se le confina a un solo trabajo, se le impide o se le somete a todo tipo de sacrificio, para poder trascender la faena defi-

nida como la habitual y la característica. El trabajo en esos términos, enclaustrado por la tipología sexual, conlleva todo el peso de la servidumbre humana, que es la que sacrifica el potencial creativo mediante una serie de limitaciones o tradiciones, para reducirlo a una labor regulada por principios de encarcelamiento.

La servidumbre humana también se expresa cuando se le niega a un ser la oportunidad de adquirir experiencia por su propia cuenta, por la simple razón de que tal recurso no es un asunto permitido a determinado sexo.

Lo que se ha llamado la protección femenina, tiene como resultado la limitación de la mujer en todos los campos. Los ideales de su pureza, de su debilidad, de su incapacidad para sufrir y para vivir, son los factores que la han invalidado en la puerta misma en que debe iniciar el aprendizaje de una vida llena de posibilidades y de enriquecedores enfrentamientos. Tal es la invalidez en que se ha encerrado el mundo femenino, que no hay cuadro más desolador que el de una viuda, ser que de repente debe atender las demandas exigentes de llenar las obligaciones que exige una familia, espiritual y materialmente.

Esa protección diseñó los trabajos propios de la mujer, a imagen y semejanza de los que cumple en la órbita de la casa. Se dice que donde se necesita la cordialidad, el toque, el menester de la asistencia, la sustitución de lo que se obtiene en el hogar, debe estar la mano de obra femenina.

Como estos temas se prestan siempre a la interpretación y al deseo de confundir los términos, cabe aclarar que no se trata de menospre-

ciar la labor casera, que bien puede deparar goce, creatividad e incluso realización personal. En las sociedades muchas veces la empresa de la cocina, de la costura, del tejido, de la decoración, de la limpieza, del mejoramiento del hogar, ofrecen entretenimiento constructivo, se cumplen con gran satisfacción y son de gran utilidad para unir a la familia. El compartir obligaciones, el participar en las responsabilidades caseras, el aprender en conjunto a dividir las jornadas de trabajo y las diferentes tareas, produce armonía, reunión de esfuerzos, comunicación y amplio entendimiento. El recargo constante del quehacer hogareño en una sola persona, la que adquiere el carácter de servidora permanente e incansable, produce un agotamiento irritable, incomprendido en la mayoría de los casos, que no abona nada a la fortaleza familiar, sino que más bien la fragiliza, cuando no la agota.

He apuntado siempre que la tragedia del trabajo casero es que se reconoce por ausencia de eficiencia, es decir cuando se quema el pan, no se pega el botón, se deja de sacudir un mueble, se plancha mal una camisa, se olvida una faena. El trabajo rutinario, interminable, repetido día con día, se recibe con la gratitud y el reconocimiento silencioso de no percibirse, de no distinguirse, de no merecer aprecio. La única anotación, o para hablar en terminología administrativa, la única evaluación, es la que se hace con la crítica, con el señalamiento del defecto y con el reclamo violento por la falla o el olvido parcial o total de un encargo.

Desde varios puntos de vista, al hablar de la mujer, se tiene que hablar de liberación. No en el

sentido de romper con lo que constituye su ser íntimo, sus características individuales, con sus múltiples posibilidades de realizarse y con su libre albedrío de escoger. Para liberar no hay que fijar líneas conductistas o patrones fijos. Para liberar es necesario romper todo lo que hasta el momento ha sido limitación, dificultad, negación, y abrir un horizonte abierto para el escogimiento entre una gama amplia de posibilidades. Precisamente el término liberación, ha sido tan mal entendido que muchas mujeres hablan ahora de no liberarse, aclaman el hecho de que les gusta el papel tradicional que han desempeñado y, haciendo un balance de los privilegios y desventajas que tienen, se manifiestan enemigas de todo lo que las separe de su situación actual, consecuencia de una historia en que se les ha concebido como propiedad de la familia y como ser poco deseado por las mismas limitaciones en que se la concebía. Esas mujeres no han entendido que la liberación no afectará sus intereses y sus gustos pues no se trata de liberar a grupos o a determinadas señoras. La misión es más amplia y propicia el cambio social para que cada individuo logre de sí mismo lo mejor posible, dentro de la responsabilidad que significa vivir. Liberar es encontrar la igualdad de facilidades y de oportunidades, frente a la igualdad de deberes y de derechos.

A veces parece que la trascendencia de la papa frita, a su punto, perfectamente hecha, es más importante en el mundo actual, que el brindar a la mujer el ambiente que requiere para crecer, fortalecerse y realizarse como ser humano, en condiciones tales en que prive el respeto a las afi-

ciones y a las vocaciones, a las curiosidades y lo que se separe de las concepciones tradicionales. Cada persona tiene el derecho de desarrollar todas sus habilidades potenciales y a orientar su energía creadora en la forma en que logre los resultados más favorables para sí y para la sociedad. Las limitaciones, las discriminaciones, los prejuicios únicamente obtienen frustraciones y el imperio de una injusticia sustantiva, que debemos contribuir a desarraigar de toda comunidad.

La voz que demanda justicia viene desde muy lejos y en cualquier época ha sabido expresar muy acertadamente sus demandas. La mujer quiere salirse de esa voz y vivir en libertad y en igualdad de derechos, oportunidades y responsabilidades.

Cuando se habla de liberar a las mujeres, que es librarlas de ataduras, limitaciones y prejuicios, hay quienes malentienden deliberadamente que es acercarla al libertinaje, a los vicios sociales, a los comportamientos masculinos, casi a la barbarie. También comentan que la liberación femenina atenta contra los principios de la familia y amenaza las bases fundamentales de la sociedad. Tienen grandes prejuicios contra la mujer, en el fondo la creen débil, con honda necesidad de protección, sin fuerzas espirituales y morales, con incapacidades para medir el bien y el mal, para actuar con prudencia y balance.

Quizás la vida familiar y social ha sido más fácil para los hombres al contar con la servidumbre, la obediencia y sumisión de las mujeres. Pero los tiempos de la justicia, aunque llegan tarde, algún día tocan la puerta y se apoderan del espacio. Esos tiempos están tocando las puertas de

muchas personas, mujeres y hombres.

Por otra parte liberar a la mujer es liberarla también de las letanías necias, en que se ha pretendido encerrarla. Eso de que son reinas del hogar, las que están detrás de los poderes, que la lectura feminista muy claramente advierte: la víctima sacrificada y escondida, la eterna cargadora de todo lo rutinario y aburrido, la pasajera del último carro del tren en que lavan ropas y platos y se preparan manjares para otros, no para ellas.

Liberar a la mujer no es darle un pedestal de ser divino, excepcional, alcanzado sólo en sueños o en visiones místicas. Eso es robarle alma y cuerpo, despojarla de lo que tiene y enviarla al vacío de la nada.

Liberarla, en realidad, es afianzar su propio desarrollo, su propio devenir, su propio destino. No es hacer a la mujer la compañera, el otro distante del yo, es darle el papel de intérprete, mano a mano con los otros intérpretes. Es abrir campo a su voz, a su criterio, a su punto de vista. Es darle oportunidad de crear y de realizarse.

Liberar a la mujer es descargarla de los papeles tradicionales, de las dobles y triples jornadas de trabajo, de rutinas agobiantes, de las geografías limitadas, de las esperas, de las prohibiciones y de los miedos. Es cargarla de libertades, de esperanzas, de decisiones y de alegrías. Es enseñarle que los horizontes son amplios y en ellos hay un lugar propio para ella, desde donde crecer, ser, intercambiar y aspirar a realizar una vocación, un deseo o una misión. Es mirarse en el espejo con luz iluminada y dejar de verse como un simple complemento.

IGUALDAD REAL

Hace unos veinte años tres mujeres (Elizabeth Odio, Sonia Picado y Carmen Naranjo), planteamos a un candidato a la Presidencia de Costa Rica la necesidad de que se abriera espacio a la mujer en la vida política del país. La respuesta fue que las cuotas eran inconstitucionales, pues la Constitución otorga iguales derechos a hombres y mujeres. Además señaló el por qué nos preocupaba esa situación, si teníamos posibilidades de aspirar a posiciones políticas.

El marco de la Constitución que da iguales derechos, fue por mucho tiempo el enemigo de la incorporación de la mujer a las decisiones de la política y del gobierno. Sin quererlo la designada, el ejemplo de la persona instruida y capaz que llegó a la posición pública era utilizado como la demostración de que había apertura hacia el sexo femenino.

En el período del Gobierno que va en este país de 1986 a 1990, el Presidente electo Doctor Os-

car Arias ya desde la campaña electoral habló de que abogaría en favor de las mujeres y así lo ha cumplido en la práctica. Una mujer ocupó la Segunda Vicepresidencia y otra llegó a la Presidencia de la Asamblea Legislativa.

A pedido de la señora Margarita Penón de Arias, esposa del Presidente y ayudante inteligente en todos sus programas de gobierno, un grupo de mujeres empezó a trabajar en el proyecto de ley para alcanzar la igualdad real.

Después de dos años de pensar y reflexionar, se presentó ante la Asamblea Legislativa en donde se encuentra en estudio. Sin embargo, el proyecto produjo un gran debate a nivel nacional, en que se precipitaron opiniones negativas con desconocimiento de su contenido. Se decidió llevar el proyecto a consulta en todos los sectores del país. Se tomaron en cuenta opiniones de abogadas y abogados constitucionalistas. Se recogieron criterios de campesinas, obreras, profesionales, maestras, enfermeras, sindicalistas, universitarias, amas de casa y cooperativistas. Se fue reescribiendo y pensando en la forma más democrática que se pueda concebir. Se siguió el camino de las familias unidas y abiertas, en que para tomar una decisión se consulta el criterio de todos.

Así enriquecido el proyecto se volvió a presentar ante la Asamblea Legislativa, en donde se está estudiando.

Este proyecto de ley de igualdad real alude a los derechos políticos de la mujer y procura acrecentar aceleradamente su participación política. Habla de los derechos sociales y económicos y garantiza igualdad de acceso ante el crédito y la propiedad. Busca facilitar el trabajo de la

mujer y crea centros infantiles para cuidar a los hijos menores de los trabajadores. Protege la intimidad de la mujer en los juicios penales y prohíbe el indulto en casos de violaciones. El proyecto se refiere también a la eliminación de estereotipos discriminatorios de los papeles masculinos y femeninos en la educación, con el propósito de alentar la responsabilidad compartida en la vida familiar y nacional. Por último, crea la Defensoría de la Mujer para que lo dispuesto en las leyes en favor de la mujer no se quede sólo en letras impresas sino que se cumpla eficaz y realmente.

Hay que tener en cuenta que una ley que favorece es un buen paso, es un excelente instrumento para facilitar la igualdad. Sin embargo para hacerla realidad como se requiere y se necesita, todos debemos cambiar. El propósito de la igualdad debe entrar en todos los ámbitos, especialmente en los mentales de mujeres y hombres.

Sin embargo, el proyecto está logrando el cambio de una cultura y de una mentalidad prejuiciadas, pues cuenta con el apoyo de miles de mujeres, hombres y niños.

A. LA DESIGUALDAD REAL

En 1949 la mujer en Costa Rica obtuvo el derecho al voto, a elegir y ser elegida. Ejerció ese derecho en 1953.

Representa el 45% de los votantes. Sin embargo desde 1953 hasta ahora su participación en la Asamblea Legislativa ha sido de un 6% como promedio. En los municipios ha participado

como regidora en un 11%, pero el 64% de ese porcentaje ha sido de regidoras suplentes.

La población económicamente activa, con la injusticia que tiene de no incluir el trabajo doméstico, nos enseña que el 47% de los empleos desempeñados por mujeres requieren un bajo nivel de educación, como son trabajadoras de cocina, servicio doméstico, confección de prendas de vestir, dependientes de tiendas, conserjes y trabajadores del sector agropecuario. Estos empleos son los más mal remunerados.

Un 20% de esa población femenina se encuentra en la categoría de profesionales y técnicos. La mayoría de estas trabajadoras atienden funciones tradicionalmente femeninas, como la de maestra y enfermera, que también son muy mal pagadas.

En una comparación de salarios para un mismo tipo de trabajo, es fácil notar que al personal de servicio si es mujer se le paga como promedio un 50% menos que al hombre. La profesional devenga un 70% de lo que se le paga al varón.

Estas cifras se dan sólo en casos que se miden y pueden comprobarse. No hay tan específicos números para las miles de formas de devaluar a la mujer en la calle y en la casa, en el aula y en el servicio, en el trabajo y en la política, en la vida familiar y nacional, en la creación y el reconocimiento. La violencia sexual es noticia casi diaria, lo mismo que el caso de las mujeres golpeadas o agredidas física y mentalmente.

B. EL PROYECTO DE IGUALDAD REAL

De excelentes intenciones se pueden calificar todas las leyes que tienden a fortalecer los derechos de la mujer para defender su discriminación, pero sabemos que no se cumplen en la práctica por la costumbre de la subordinación y por los prejuicios culturales que la devalúan como persona.

Para lograr la igualdad que da el artículo 33 de la Constitución Política de Costa Rica, los derechos de la mujer de elegir y ser elegida necesitan un respaldo temporal. Para avanzar en ese sentido no hay otra alternativa que determinar medidas protectoras. Sin una norma de ese tipo, que realmente pondrá a Costa Rica en un lugar muy destacado en el mundo sobre el verdadero ejercicio democrático, lo dispuesto en el artículo 33 quedará en el plano de las buenas intenciones y según las tendencias políticas de cada periodo electoral, habrá menor o mayor presencia de mujeres en los puestos de elección popular.

La necesidad anterior está muy bien confirmada en la Ley aprobada el 2 de octubre de 1984, en que se ratificó *"La Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer"*, que fue aprobada por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) el 18 de diciembre de 1979. En ella se dice:

"Esta convención de 30 artículos promulga, en forma jurídicamente obligatoria, principios aceptados universalmente y medidas para conseguir que la mujer goce de derechos iguales en todas partes. Su aprobación

culminó una labor de consultas que se había realizado en un período de cinco años en varios grupos de trabajo, en la Comisión de Condición Social y Jurídica de la Mujer y en la Asamblea General."

"Esta Convención General se hace eco de la profunda exclusión y restricción que ha sufrido la mujer, solamente por razón de su sexo, y pide igualdad de derechos para la mujer, cualquiera que sea su estado civil, en toda esfera política, económica, social, cultural, civil, etc. Pide que se promulguen leyes nacionales para prohibir la discriminación, recomienda medidas especiales temporales para acelerar la igualdad de facto entre el hombre y la mujer, y disposiciones para modificar los patrones socio-culturales que perpetúan la discriminación."

El proyecto de ley para la igualdad real está imbuido de ese espíritu y busca desterrar la perpetuación de la discriminación, especialmente en el ejercicio político y público.

También cubre otros aspectos en que se discrimina a la mujer y sólo se favorecen los intereses masculinos, como si ella careciera de valores, derechos y fueran invisibles las contribuciones a la economía, educación y vida hogareña.

El articulado de este proyecto de ley está inspirado en lo dispuesto por la Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer.

En acato de lo anterior, en reconocimiento de una realidad injusta y en procura de hacer efec-

tiva la democracia y la paz social, se ha presentado el proyecto de ley que hará efectiva, real y verdadera la igualdad entre hombres y mujeres que establece el artículo 33 de nuestra Constitución Política.

No me es posible predecir la suerte que correrá en la Asamblea Legislativa, pero sí se sabe que el proceso emprendido es irreversible y algún día, ahora o en el futuro, será una ley de la República.

Esta forma de trabajo representó un salirse del discurso y de la denuncia, para asumir la praxis de hacer algo, señalar un camino y abrir fronteras al estatismo en el caso de la situación de las mujeres.

INDICE

Parte I

Mitos culturales de la mujer.	7
Introducción	9
El mito de Eva	13
El Mito de Penélope.	18
El mito de la virginidad.	24
El mito de Beatriz y Dulcinea	28
El mito de la maternidad.	32
El mito de Nora	34
El mito de la mujer liberada.	37
Conclusiones	40

Parte II

Mujer y circunstancia.	41
Voz de la resistencia.	43
La capacidad creativa de la mujer	49
La mujer protagonista	53
Mujer y violencia.	55
Mujer y vivienda	59
Mujer y salud	61
Mujer madre.	65
Mujer y ciencia	69

Mujer y familia	73
Mujer y trabajo	77
Concursos de belleza	85
El trabajo voluntario de la mujer	89
La inevitable vejez	93
La edad y las mujeres	101
Escritoras centroamericanas	105
Conexiones en Costa Rica	113

Parte III

Mujer personaje	117
Una mujer muchas veces pintada	119
Dinorah Bolandi un caso extraordinario	125
Chavela Vargas y el alma nacional	131
Carmen Granados y la alegría de vivir	137
Una nueva voz	147
Mujeres poetas de hispanoamérica	151
Manuela Sáenz y el silencio	155
Mujeres y humo	161
Josefina Manresa	167
Mujeres en el poder	171
Susan Sontag y su lucha por la vida	175
La denuncia de Simone de Beauvoir	179

Parte IV

Feminismo y liberación	183
El lenguaje femenino	185
El feminismo	193
La liberación femenina	199
Igualdad real	207